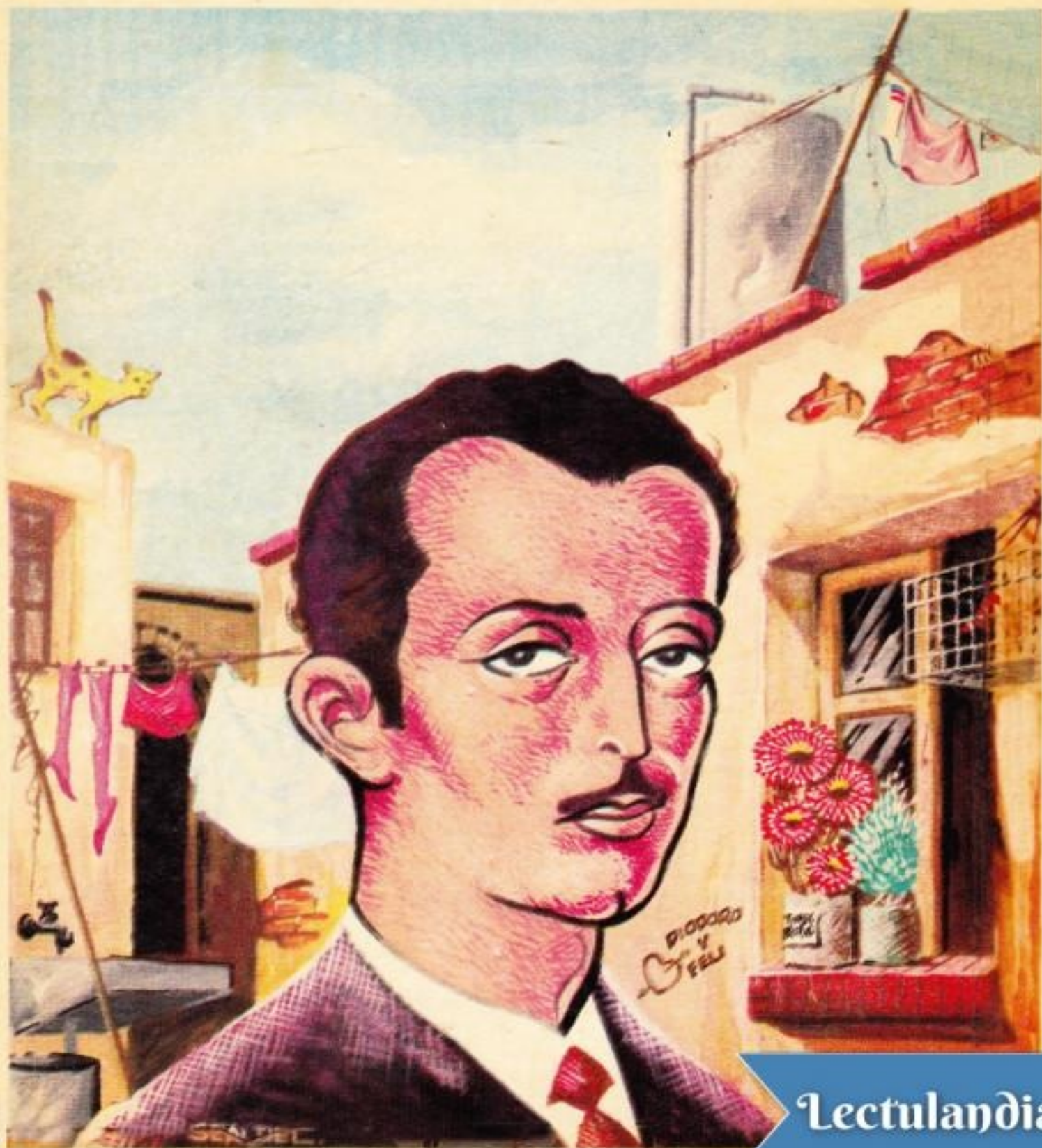


# *Por vivir en quinto patio*

de

*Sealtiel Alatryste*



Lectulandia

*Por vivir en quinto patio* nos presenta la vida de un héroe cuyas epopeyas son, por un lado, resultado de la emulación, el ejemplo, la interiorización profunda de su mundo familiar y amistoso y de los grandes elementos con que lo dota el sistema: el Cine Nacional, la canción poética y dulce, el arte de la chicuelina de terciopelo y, por otro lado, resultado de una vida trágica de divorcio, abstinencia, búsqueda y encuentro con los mejores modelos: Manolo Martínez, Emilio Tuero, Alma Curiel, Dolores del Río, Antonio Badú y hasta Julio Jaramillo ayudan a Enrique Guerra a realizar con éxito sus empresas, a las que sólo falta plasmar en celuloide. La novela nos lleva de duda en duda: ¿podrá superar el trauma del divorcio?, ¿seguirán acosando los fantasmas después de la feroz aventura erótica de Hermosillo?, ¿habrá forma de quitarse la jetatura que dictó la ouija?, ¿repondrá sus energías vitales nuestro hombre en Acapulco?, ¿será una víctima más del destino? No anticipemos: el lector acompañará en sus angustias y en sus tareas hercúleas a nuestro héroe, lo conocerá bien, a él, al mundo, y se sentirá, sin remedio, identificado: en la tragedia, en la alegría, la figura de Enrique Guerra es, desde ya, la de un inmortal clasemediero.

**Lectulandia**

Sealtiel Alatríste

# **Por vivir en quinto patio**

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Por vivir en quinto patio*

Sealtiel Alatraste, 1985

Dibujo de la cubierta: Sealtiel Alatraste

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A la memoria de mi madre,  
porque en la intimidad, su ausencia  
nunca será real*

## NOTA AL LECTOR:

Debo aclarar que en la presente novela se habla de la vieja Cineteca Nacional, antes de que el imperdonable descuido de las autoridades la hiciera perecer en un incendio. Su redacción empezó sin imaginar que cuando uno ahí asistía, se sentaba sobre un polvorín. Tal descuido ha impuesto modificaciones con las que mi proyecto original no contaba. El más importante: que de una anécdota personal —caprichosa, casi biográfica— surgieron otras que, a su manera, deseaban dar cuenta de un mundo y un proceso: el del Cine Mexicano, el de su industria, y el de sus mitos. Desde tales historias se creó esta novela, y desde ellas, también, surgió una trilogía que irá complementándose paulatinamente.

De cariño y justicia es ahora dedicar esta novela a las personas que murieron en el más lamentable suceso que registra el anecdotario de nuestro cine: la explosión ocurrida en la Cineteca Nacional.

De justicia, también, es poner de manifiesto el profundo odio y desprecio que me produce que anden sueltos, todavía, los responsables de tan siniestro suceso.

S. A.

Por vivir en quinto patio,  
desprecian mis besos.

Primeros versos de la pieza  
*Quinto Patio*, de Luis Alcaraz,  
en la voz de El Barítono de  
Argel, Emilio Tuero.

La risa y las lágrimas son los caminos de Dios. Ésa es mi estética y la  
de usted.

Dice Manolito a Don Estrafalario, en el esperpento de Los Cuernos de  
Don Friolera, de Ramón María del Valle-Inclán.

PRIMERA PARTE

*¡Ay, esta amarga pesadumbre!*



El asunto, como usted comprenderá, no era del día anterior, sino muy viejo. Me atrevería, incluso, a decirle que del día de San Juan, que se inició cuando menos con mi divorcio. Tal vez fue antes, eso ya lo juzgará usted a su debido tiempo, pero en lo que a mí respecta, ahí empezó todo. Verá.

No sé si le dije alguna vez que me casé creyendo que los años sesenta serían eternos; ni siquiera me percaté, fíjese, que mi juventud duró tan sólo del 62 al 68, de la muerte de Marilyn a Tlatelolco. Lo que siguió después, para ser exactos, fue nada más que un velorio: la carrera de administración de empresas; la gerencia de Sears Tlalpan; la idea del buen partido; la noviecita santa; la boda con damas y testigos de peso; el banquetazo para cumplir con los compromisos; y ahora sí, se llegó la hora, a demostrar que podía ser un hombre de provecho. Así, mi vida matrimonial fue una especie de tarea en la que me pasé haciendo líneas: «Hay que tener buenas costumbres, hay que tener buenas costumbres, hay que tener...» Yo creo que estábamos predestinados a creer que la cosa era así, me refiero a los que nacimos a finales de los cuarenta. Pareciera que nos educaron para actuar de garabato en las películas de Juan Bustillo Oro. Pero aunque éste era mi destino, en un punto que no sabría precisarle, mi vida cambió de rumbo y la alegría cotidiana, sin chiste, derivó en angustia. De repente comenzaron los malos humores; los fines de semana en la cama; los insomnios en que me quedaba con el ojo pelón toda la noche; las horas tratando de recordar el primer clásico Poli-Uni al que había asistido; los meses enteros recluido en la nostalgia de una vida que no sé quién me prometió, pero que a la postre no tenía siquiera los chistes del Panzón Panseco para animarla. Un día me levanté para saber que todo eso en lo que había creído estaba muerto. Fue esa malaventurada madrugada del 14 de septiembre. Cuando desperté, chinguiñoso, con una gran desazón en el pecho, una terrible e insistente voz interior, que se parecía a la de Nachito Santibáñez, me repetía: «Cambia, cambia, cambia», como si tratara de convencerme de que lo que yo necesitaba era unos sobres de sonrisal. Así que como le digo, me levanté para comprenderlo todo, y vaya usted a saber por qué, fui al clóset y saqué un viejo álbum de recortes. Me encontré con el programa de la corrida en que Manolo Martínez mató al toro Aceituno; la banda de asiduidad que me dieron al final de la primaria; la llave de la casa que tuvimos en Amores; y la foto de la palomilla de la Colonia del Valle. «¡Carajo! —pensé— Manolo Martínez se puso gordo, y León Michel es diputado por el distrito de la del Valle. Estamos jodidos.»

Me había sentado en un sillón, y miraba a mi esposa (o a su bulto, porque estaba sumida bajo las sábanas).

—Laura —susurré.

—Laura —hablé.

—Laura, ¡con un demonio! —grité.

El bulto abrió los ojos y me preguntó en qué podía servirme. Se enderezó y, haciendo bizco, me vio. En favor de esa bizqueada habla que eran poco menos de las cinco de la mañana y que Laura necesitó dormir, a lo largo de nuestros siete años de

matrimonio, nueve horas diarias.

—Estoy deprimido —le dije.

—¿Tienes calentura?

—No, estoy nomás deprimido, no puedo dormir.

Yo fui entonces el que empezó a bizquear y agregué lo que me pareció más cercano a mi realidad.

—Hace mucho que no oigo al Panzón Panseco.

Con un suspiro pasé del remilgo compungido al remilgo consternado.

—¿Quién es ése, tú? —me preguntó con mirada, más que atónita, enjuta.

—Un cómico de la W, ¿a poco nunca lo oíste?

—Ay, éstas no son horas de hacer chistes —dijo con un cierto dejo de desesperación, se resbaló sobre la cama, se cubrió la cabeza y en menos de lo que canta un gallo, estaba nuevamente dormida.

Yo me quedé azorado. ¿Era acaso que no me había entendido? ¡Extrañaba a Panseco, por San Juan Bautista! (Cuando exclamo ¡por San Juan Bautista! en la frase anterior, acudo a un recuerdo muy lícito: el de mi tío Fidencio, diciendo lo mismo, antes de sorrajarle tremendo cachetadón a una prima que se encontró fajando en el Parque Hundido.)

—¡Por San Juan Bautista! —grité (el anterior sólo había sido un pensamiento), sintiendo que la sangre me hervía.

Laura se asustó y volvió a sentarse —temblona, con el rímel corrido y la mano como visera— parecía verme muy atenta, pero sin abrir los ojos (más bien no los podía abrir, levantaba las cejas pero los párpados no se le despegaban).

Volví a la cama y me recosté a su lado. Quedé exactamente enfrente de la bendición papal que no me acuerdo quién nos había regalado. Ahí sentadote, con las manos agarradas a los mechones de mis sienes, podría haberseme confundido con un moderno Joaquín Pardavé, anhelando a su Don Porfirio perdido para siempre.

—Estoy desesperado —le dije viendo a Paulo sexto, muy sonriente él, muy comprensivo, como si la vida no fuera un valle de lágrimas—. Ya no le encuentro chiste a nada.

—Mramfuuu —comentó Laura, perspicaz, incisiva.

—Creo que me voy a volver loco, la rutina me va a matar.

—Mjumjibuuu —reafirmó más bien susurrante.

—Lo que necesito es un cambio —aseveré acompasando la voz de mi conciencia — cambiar, cambiar, cambiar...

—Subritamuum —me respondió con más ambigüedad que certeza.

—Olvídalo —le dije, temiéndome que su respuesta fuera el inicio de una vieja discusión en que ella atribuía todos mis males a la nefasta influencia de mis amigos los «intelectuales» (esos mismos amigos con los que a la noche siguiente celebraríamos la independencia nacional)—. Ya me siento más reconfortado, gracias —agregué muy serio (reconfortado sólo en apariencia, pues seguía pensando en la

cantidad de indulgencias papales que necesitaría para volver a ser el de siempre)—. Olvida todo lo que te dije esta noche, Laura, es mejor.

Pero no lo olvidó (ni yo tampoco). A la mañana siguiente se levantó — desgreñada, con los puños crispados, dando cabeceos como cornadas— de un humor de todos los demonios. Me fui sin hacer referencia a nuestro diálogo de la madrugada, pero sin poder evitar que el malestar que yo le había provocado incubara a lo largo del día sus ganas de vengarse de mí. Las consecuencias, obvias y ocultas de todo aquello, harían su aparición triunfal en la cena del 15, la noche mexicana de aquel memorable 1975.

La cena (que llamaré el episodio de *el Grito*, no por el grito que da el señor presidente en el Zócalo, sino porque en ella hubo un grito que obedeció, como verá, a motivos radicalmente opuestos a los del que, con júbilo, celebraba el pueblo) se realizó en La veranda de Italia, el restorán que está en Independencia, exactamente frente al cine Metropolitan. Laura y yo llegamos temprano. El mesero nos dijo que había un lugar reservado para nuestro grupo en el mezanine. Subimos la escalera y entre la penumbra provocada por el juego de la luz de mercurio que se filtraba por la ventana, y las sombras propias del restorán, nos encontramos bebiendo en confianza (en una mesa preparada para catorce personas) a Armando Suárez y a mi amigo Paco Taibo (también conocido como Taibo, PIT II, o simplemente como Paco Ignacio Taibo II). A sus espaldas, como metiéndolos a una escenografía, destacaban los foquitos intermitentes de la marquesina del cine, y un gran anuncio: CICLO DE LAS FIESTAS PATRIAS HOY MARIO MORENO CANTINFLAS JOSÉ MEDEL EN ÁGUILA O SOL HOY.

—Están como para foto del recuerdo, ¿no te parece?

Laura (que tenía un sentido del humor a lo Boris Karloff) me respondió con lo que parecía haberse vuelto nuestro lenguaje habitual, un mugido.

En cuanto nos vio, Paco vino directamente hacia nosotros. Con aquel porfiado desinterés que siempre ha tenido por la opinión pública, se rascaba los güevos a mansalva. A mí me dio un sonoro abrazo y a Laura un beso, como si se llevara con ella de comal y metate. Después nos presentó a Armando Suárez. La primera impresión que tuve de este personaje es la que se tiene de una dama hecha y derecha; la segunda, fue la de un hombre caído en desgracia. Según me enteré más tarde en el baño, cuando Taibo y yo fuimos a orinar, Armando era uno de los casos más notables de infortunio cinematográfico: dobló a Jorge Negrete en el baile, espectacular, de *El peñón de las ánimas*, y nunca nadie se lo creyó; actuó con Gastón Santos y Mapita Cortés, en *La edad de la tentación*, como el traficante de drogas, pero cada vez que aparecía, la gente se carcajeaba, por lo que nunca se supo si la película era una sátira moral o una comedia de equivocaciones; logró una extraña y envidiable intimidad con la Doña, María Félix, que lo hizo su confidente y siempre lo llamó, en público y privado, «Currú» (su Currú de ella, le decían al pasar). Pero su sino (fatal, porque fue lo que le dio mayor prestigio, y a su vez, por lo que se autoexpulsó del cine nacional)

fue avalar a Leticia Palma.

—Vengan acá —nos dijo Taibo, mientras me tomaba del hombro—, Armando me está contando una historia tremenda.

Lo que estaba narrando era precisamente el origen del sino al que anteriormente hice referencia. Nos sentamos enfrente de ellos. La marquesina iluminaba la espalda de Armando y lo convertía en una silueta atitireteada de contornos luminosos. HOY ÁGUILA O SOL HOY. Resulta que Miguel Zacarías estaba buscando a una mujer con muchos cojones para una de sus películas; el ya conocido Currú de la Félix, le dijo que en la academia de Seki Sano, donde él estudiaba, tenía una compañera que se ajustaba a la perfección para ese papel.

—Me refería —nos dijo, delatando con visajes desgalichados, la mayor incongruencia sexual que he presenciado— nada menos que a Leticia Palma. Era una gitana bárbara; se vestía con enaguas rojas, todas llenas de olandes; blusas de manta; y llevaba diariamente, fíjense, una cintilla de monedas de oro colgándole en la frente. ¡Leticia era un imperio de mujer!

Escuchándolo dar esa descripción me acordé de una escena de *En la palma de tu mano*, en que Leticia (esa gitana vuelta, en el film, señorona de Polanco) iluminada por la luz de una chimenea, se arrastra por el suelo como gata recelosa; gata que es mujer y demonio al propio tiempo; apabullando con su ronroneo al pobre de Arturo de Córdova, que se queda mudo, parado cerca del fuego, quemándose las nalgas.

—Pues una tarde que nos encontramos en la academia, se lo dije —continuó Suárez—: «Leticia, te traigo la oportunidad de tu vida.» Sus ojos de pantera agazapada brillaron de puras malas intenciones. «Ponte lo más elegante que tengas y te espero mañana a las nueve en la cafetería de la ANDA, para presentarte a alguien.» Cuál no sería mi sorpresa al otro día, cuando sentado con Zacarías, la vi entrar con un vestido negro escotadísimo y un pijazo que le llegaba a la altura de los calzones; se había quitado el colgajo de moneditas, pero traía el rostro enmarcado por esos rizos llamados kisses. Me quise morir y como comprenderán, ni de chiripa abrí la boca. Pero a aquel relumbrón de mujer, le bastó abrir la puerta para que el insensible de Miguel me dijera que qué bueno que no había llegado mi invitada, porque iba a contratar al torbellino que acababa de entrar. Haciendo de tripas corazón, le confesé que aquel «torbellino», que no tenía la menor idea de la elegancia, se llamaba Leticia Palma y que era precisamente la mujer que quería presentarle.

Ese episodio (me dijo Taibo en el baño, mientras se la sacudía con fiereza) fue el inicio de la buena estrella que acompañó a Armando Suárez, durante los tres años que aquel lucero refulgente llamado Leticia Palma, acaparó la atención del público y críticos del cine mexicano. La debacle vino cuando esa misma gitana fue expulsada (como criada) del seno de la ANDA, por haber difamado a Jorge Negrete, acusándolo repetidas veces de que la había golpeado. Armando por pura solidaridad, acompañó, con aquel su garbo y simpatía de comadre chulapona, a Leticia en su exilio cinematográfico. Ella se apagó y él no volvió a ser siquiera el Currú de la Félix, no

digamos el doble de un galancete de segunda.

Lo menos que pensé fue que el «torbellino» lo había arrastrado al fango. Me volví a acordar de Arturo de Córdova, totalmente perdido, condenado a cadena perpetua, porque sucumbiendo a las tentaciones de la Palma, asesina al antiguo amante de ésta y se pierde para siempre. «Qué chinga se llevó este cabrón», pensé. Sin embargo, Armando, en el inicio de aquella noche mexicana (que a la larga para mí sería tan memorable como la expulsión de Leticia Palma de la ANDA), contaba la anécdota manoteando al aire, como si estuviera siendo entrevistado por un reportero de *El Fígaro*.

Cuando Armando terminó su narración empezaron a llegar lo que Laura hubiera llamado los invitados más ramplones: El Vikingo Seligson (un psicólogo conductista) con Jennie Ostrosky (que con el tiempo llegaría a ser su mujer); Jennie traía traje de hombre, una pañoleta cubriéndole el cabello y anteojos oscuros. El Vikingo venía de jeans, playera amarilla y saco de tricot café con parches en los codos. A todos les preguntó si no les parecía que estaba elegantísimo, pero nadie le contestó. Los acompañaba el Harapos Carvajal, un filósofo muy callado, que en el movimiento del sesenta y ocho se las estuvo dando de poeta comprometido, siempre lanzando unos versos apocalípticos frente a la estatua de Miguel Alemán. También llegaron Mayán e Iker Larrauri, un matrimonio de antropólogos marxistas consumido en la duda vocacional: por un lado querían irse a vivir a París y realizar un reportaje fotográfico de las librerías de la ribera izquierda, y por otro, se morían de ganas de irse a escribir una tesis sobre el buen salvaje de la selva lacandona; Mayán llegó disfrazada de tehuana e Iker de zapatista de la película de Elia Kazan (se veía muy chistoso con sus charreteras y sus anteojos de fondo de botella que siempre lo hacían parecer como muy intelectual). Ellos fueron los que trajeron a los venezolanos, Hilario Guanipa y su hermana Elena. Esta última tenía dos características sobresalientes: tipo de mujer fatal (para mi gusto, la más fatal que he conocido), y una anatomía fuera de serie: cara mona, hombros torneados, senos firmes y levantados, talle delicado y caderas de otro planeta, monumentales. Algo más tarde llegó la Pecas, la mujer de Taibo, que era una activista sindical y andaba organizando una huelga de inquilinos en la colonia Roma.

También asistieron: Jeudiel, el Jeo Alatorre (que era un loco suelto de la guerra, al que yo le decía primo, pues una vez nos cogimos a la misma vieja cuando menstruaba y nos hicimos parientes de sangre); Fernando Curiel, sobrino del Pichirilo Curiel, en cuyo curriculum vitae (del Pichirilo, no de Fernando) se cuenta el haber tenido el descaro de escribir todas las películas de *El látigo negro*. Y al mero final, cuando la reunión estaba animadísima, arribó el único personaje que a Laura le pareció más o menos simpaticón: el inefable Sealtiel Alatríste, vestido con su traje palo de rosa y con ese aire tan suyo de empresario arrepentido. (Apenas llegó, me enteré que de él fue la idea de celebrar la noche mexicana en un restorán italiano, porque todos lo chiflaron al unísono.)

Hubo dos cosas realmente memorables en aquella cena: a) la plática, salpicada de chismes, de Armando Suárez, y b) la indiscriminada resbalada que se me dio la venezolana.

Aquí tengo que abrir unos corchetes para justificar una actitud que horas más tarde me valdría tantos vituperios: [no es que la sola presencia de la ilustre caraqueña me hubiera incitado a engañar a Laura, al menos al principio no; aunque después, debo confesarlo, me hizo perder los estribos. Lo que pasaba era que verle la hendidura de la espalda, la curva de las caderas, o la prominencia de los senos, a una mujer como la sudamericana, ha sido para mí, siempre, un reconstituyente. A la primera coqueteada, se me paró, y empecé a atisbar dibujos pornográficos en mi interior, me acordé cuando de chico, casi acostado en el pupitre, le veía los calzones a la maestra de inglés. Me entró un sentimiento de machismo incontrolable. Fue una reacción más poderosa que yo, como de acto reflejo.

Alargando los corchetes le voy a narrar mi affaire sionista, que me valió, entre el sector femenino de mi trabajo, el calificativo del Moisés Dayán. Sucedió una vez que Sears me invitó a un seminario sobre finanzas que se efectuaría en Cabo San Lucas. Asistimos los puros prospectos para las gerencias medias, entre éstos, una muchacha judía que trabajaba en el departamento de computación. Yo ya me había cruzado con ella una o dos veces y me había parecido punto menos que fenomenal, pero cuando la vi en el salón de conferencias con sus hot pants y una blusa transparente, me dio la impresión de que venía bajando directamente del monte Sinaí. La llamaré, para protegerla de inútiles murmuraciones, simplemente Raquel.

Durante la primera tanda de conferencias estuve pensando con obsesión en ella, y en vez de tomar nota sobre las diferentes incidencias de los intereses moratorios en las utilidades de la empresa, hice primero una serie de culos garabateados, y después una lista de frases con las cuales proponerle que nos fuéramos a la cama.

Esa noche, después de la cena comunitaria, la invité a bailar a la discoteque del pueblo. Ante mi sorpresa (pues estaba acompañada de un joven libidinoso) aceptó inmediatamente. Fuimos solos, ella vestida toda de blanco; yo, con mi camisa de *Haway 5-0*. Bebimos piñas coladas, criticamos a los jefes, nos quejamos de la envidia de nuestros compañeros y bailamos hasta el cansancio. Fue mientras ejecutábamos una extraña danza, cachondísima, que le confesé las bajas pasiones que su cuerpo me producía. Le estaba mordiendo una oreja y ella enterraba sus dedos en mis costillas, pero a pesar de ello, se separó y me dijo que por quién la tomaba, que ella era una mujer casada y que no pensaba faltarle a su marido. Esta aclaración moderó mis impulsos y no intenté nada más por el momento. Regresamos a la mesa y yo me tiré un cubito de hielo que se me derritió sobre la bragueta del pantalón. Ella se puso a beber su décima piña colada muy calmada, como si no hubiéramos estado untándonos los vientres por más de media hora. Algo sin embargo la traicionaba: cuando como por casualidad le tomaba la mano, se le iban los ojos y torcía las piernas como si fuera a hacerse pipí.

La dejé dos horas más tarde en la entrada de su cuarto. Atrás de la puerta nos dimos tantos besos apasionados que hubiera podido violarla en el pasillo y no en el cuarto, ya que por más que intenté empujarla hacia la cama, resistió con valentía heroica, o como un historiador hubiera dicho, al pie del cañón. Dimos por finalizada la sesión de forcejeo cuando, durante su ronda nocturna, al conserje le dio un ataque de tos. Me despedí correctamente y ella me agradeció con un beso en la frente que la hubiera respetado. Rodeado de un aura angelical me fui a la playa, y a la luz de la luna, me hice una puñeta.

Ahí no acabó el affaire sionista. Al día siguiente, en un descanso de dos horas que tomamos después de la comida, fuimos, Raquel y yo, a caminar por la playa. Ella llegó luciendo sus grandes ojos almendrados; el pelo restirado hacia atrás, que dejaba al descubierto sus orejas sin lóbulo, los pómulos levantados, la nariz ganchuda y su boca perversa, gruesa y carnuda; vestía solamente una tanga café, tan diminuta como para zumbarle el güiro a cualquiera. Le pedí que diéramos un paseo para reflexionar sobre los acontecimientos de la noche anterior. Mientras decíamos gravemente todas las pendejadas que se nos venían a la cabeza (que lo nuestro no podía ser; que el destino nos había ligado a otras personas; que no era justo herirlas; que la diferencia de nuestras religiones era un obstáculo insalvable, etc.), nos tomamos de la mano y ella (tal vez por venganza) me rascaba la palma con el dedo índice, lo que me produjo una erección tal, que el traje de baño apenas y ocultaba mi miembro (en ese momento me estaba confesando que nuestros signos no eran afines y yo asentí con la cabeza, esperando vanamente que la tumefacción se desinflara, pero ocurría todo lo contrario, el frote de la trusa con mi crecido glande, aumentaba el tamaño de mi pene hasta alcanzar dimensiones desvergonzadas). Cuando estábamos lo bastante lejos, en un paraje que creímos solitario, nos sentamos a admirar el atardecer. Ahí sobrevino lo peor: ella se colocó en posición de loto y empezó a contarme lo trabajador que era su marido; y yo, enfrente de su entrepierna, quedé hipnotizado por los vellitos güeros que se le asomaban a los lados de la tanga. Sentí el embaimiento erótico que quiero ilustrar con este episodio y supe que una reacción más poderosa que mi yo, como de acto reflejo, me haría sucumbir. Metí la mano en la trusa en un último y desesperado intento por aplacar el acto reflejo, pero fue inútil. Con los ojos desorbitados (lo imagino, pues no me los vi) me le eché encima, y ahí, sobre la arena, al ritmo de las olas del mar, la poseí a las meras cinco de la tarde. Cuando finalizamos, temía que me echara una andanada de reproches; yo había pensado alegar que el magnetismo animal era más fuerte que el rechazo de nuestros signos, pero no hizo falta, ya que Raquel se concretó a decirme, mientras volvía a ajustarse la tanga, que se había raspado un poco las nalgas. Volví a pensar en los vellos rubios que se le asomaron en el nacimiento de los muslos, y los asocié a la pasión incontrolable que tantas mujeres me habían producido.

Regresamos a la hora del crepúsculo, y por diversos rumores nos enteramos que alguien (no supimos nunca quién), nos había descubierto, y que contó que estuvo

pirateándonos mientras nos echábamos un palestino. Desde entonces fui conocido como «Moisés Dayán, el terror de los palestinos».]

Cerrados los corchetes, paso a detallar el porqué la plática de Suárez y la coqueteada de la Guanipa fueron memorables. Muy sencillo, porque cambiaron el rumbo de mi vida. Me explico:

La atracción de la fiesta fue Armando Suárez. No sé en qué momento se adueñó de la conversación y empezó a referir, uno tras otro, los mil chismes que sabía de los artistas del cine mexicano. Todavía hoy recuerdo que nos contó la forma en que María Félix se hizo de su voz de barítono.

—Cuando filmamos *El peñón de las ánimas* —empezó a contarnos a propósito de que a Mayán se le salió un gallo— la Félix tenía la voz así, como la que usted ha dejado escapar, tipluda y destemplada.

Todos, que ya estábamos medio bebidos (porque no sé a cargo de qué bolsillo, los meseros tenían orden de invadirnos con botellas de tequila y sangrita de la casa), soltamos una carcajada brutal. Armando levantó las cejas, se sonrió a medias y pasó una mano, delicadamente, a lo largo de su quijada. Le dio una parpadeada larga a Iker, que otro poco y provoca que irrumpamos en aplausos. Iker, medroso, nada más se esquivó; a Mayán se le salió otro gallo y pellizcó a su marido por abajo de la mesa. Armando continuó su relato de perfil, mirando de vez en cuando, con un dejo de coquetería a lo Ramón Gay, al pobre de Iker.

—Pues aun con esa voz de cotorrón, la maldita era tan chula que con ella se hizo la filmación, pero la mandaron con la misma mujer que le bajó la voz a Manolo Fábregas, claro que a éste se la bajó hasta los güevos y por eso cuando habla, le retumba la virilidad entera. —Pausa, parpadeo y gallo de Mayán—. A la semana, María llegó hablando muy grave, con las cejas levantadas y moviendo la boca de un lado a otro de la cara. Al principio me pareció como que tenía un tic. —Entonces imitó a la Félix, diciendo con voz pausada, profunda, un ta - te - ti - to - tu, dirigido a Iker, que provocó que Mayán saliera destapada rumbo al baño, gritando que abrieran cancha, que se orinaba, que se hacía pipí.

Yo estaba retorciéndome de la envidia, no por el amor que, a ojos vista, Iker despertaba en nuestro anfitrión, ni por ir al baño como Mayán, sino porque sentía que hubiera dado parte de mi vida por estar ligado al cine mexicano como lo había estado Armando. Con ese pensamiento empezó a torcerse el rumbo de mi vida.

Como de repente la plática se quedó en un impase en que Suárez insistía en fulminar con la mirada a su nuevo amor, se me ocurrió hacer un comentario:

—A mí lo que más me gustó del Peñón —dije— fue su extremada cursilería; miren que poner a Chaikosky y a Béquer como comparsas de una tragedia pueblerina, no tiene cuate.

—No tiene cuate, ni tiene madre —agregó Iker, que era muy sensato realmente, lo que sea de cada quien.

—Y la Félix, ¿se acuerda don Armando? Con ese nombre tan rimbombante de los



créditos: María de los Angeles Félix. ¿Quién iba a sospechar que con el tiempo, la tal de los Ángeles se convertiría en una devora hombres?

—Guapo —me dijo Armando, agotando su repertorio de sonrisas y lisonjas, medio envalentonado por el comentario de Iker—, tú deberías ser crítico del Cine Nacional, nos hacen falta tipos como tú.

Ya sé que me lo dijo para sacarme de enmedio, y que su comentario no estuvo exento de ironía, pero a mí me dejó hecho picadillo. Me acordé del susurro de «cambia, cambia, cambia», que me había estado jodiendo todo el día.

—Si pudiera estar ligado al cine —le dije a Laura, casi en secreto— no sufriría ni los insomnios, ni los excesos de ayer en la noche.

Ella se concretó a dejar escapar, hueco y espetado, un quejido más.

Fue entonces, al volver mi atención a la mesa, cuando me di cuenta que la anatomía monumental estaba babeando por mí: la Guanipa tenía la boca abierta y me hacía ojitos. Me agarró de sorpresa, es verdad, yo andaba metido en la nostalgia, recordando la última escena de *El peñón de las ánimas*, cuando René Cardona mata a Jorge Negrete, toma en sus brazos a su prima, la previamente asesinada María Félix, se sube al famoso peñón y se avienta con todo y la Doña en brazos, mientras Chaikosky alcanza los más emocionados acordes de su concierto de piano. Ta - te - ti - to - tu.

A la venezolana, en cambio (totalmente ajena a las sombrías escenas de la tragedia rural), parecía que la hubieran sentado sobre una parrilla: estaba sonrosada, lucía unos ojos chisporroteantes y una sonrisa idiota. (Esto de la sonrisa lo pienso ahora, entonces me pareció frondosa, seductora, y la supuse tan mítica como el encuentro de la Félix y Negrete, cuando uno al otro se atisban fugazmente en una cabaña abandonada, gracias al relumbrón de un rayo. Durante años sentí vértigo al recordar esta escena —la de la Guanipa incendiándose de deseo, no la del filme— pero con el tiempo me ha llegado a dar vergüenza.) Lo que más me desconcertó fue que la mujer fatal alargara su pierna y pusiera su ardiente peroné junto a mi tibia tibia. Ta - te - ti - to - tu. Lo único que se me ocurrió fue reírme como Mayán, tomarle la mano a Laura e imaginarme que me madreaba el mamón de René Cardona por inconsistente (como usted se acordará, él es el que propicia, a pesar de estar comprometidísimo en matrimonio con su prima, que ésta se fugue con Jorge Negrete. ¿A qué viene después, nada más porque el abuelo no iba a permitir esa fuga y asesina a María de un escopetazo certero, ese arranque dizque de honor? «No la toques Fernando Iturriaga o te mato», dice Cardona como si Negrete no se hubiera pasado toqueteando a la difunta toda la película. Ya, ni que fuera tan digno el cabrón).

Laura como que se dio cuenta de algo raro, me miró torcido, y yo le di un beso en la mejilla. Acto seguido me levanté y le dije que orita regresaba, que iba al baño. En la mente me llevé el rostro libidinoso de Elena Guanipa, el letrero de *Aguila o Sol* que brillaba a sus espaldas y empecé a sentir el mismo cosquilleo, que los vellos anunciados al borde de la tanga de Raquel, me habían producido hacía ya años. «¿De

veras extraño al Panzón Panseco?»), me pregunté ingenuamente, ajeno al problema en que me había metido.

En los mingitorios me encontré con Taibo y después llegó Iker.

—Ah qué cabrón tan simpático, ¿no? —me dijo Taibo refiriéndose a Suárez.

—¿De dónde te lo levantaste? —le pregunté.

Ahí me contó brevemente la historia de la debacle de Armando, y que su papá (Paco Ignacio Taibo I) cuando estuvo trabajando en Televicentro, lo llamó para que lo ayudara con la telenovela Colgate de las seis y media. Taibo se fue sin saber que la impresión que esta historia había hecho en mí era desproporcionada porque me la tomé en sentido metafórico. Con un penetrante sabor a centavo no pude sino imaginar el final de la tragedia de Suárez: Armando, tomado del brazo de Leticia Palma, abandona el teatro de la ANDA; Anita Blanch, Pedro Armendáriz, Angel Garasa, gritando como desaforados desde un palco, exigen que la arpia, la difamadora, la vedette, se largue de la asociación; Jorge Negrete, como un monarca mancillado, cubre su rostro con ambas manos, porque todavía le duele el mil veces repetido «éste me golpeó», con que la Palma trató inútilmente de justificar su acusación, sin ofrecer pruebas, sin tener un testigo siquiera.

Oriné, oriné y medité en la desgracia de Armando; en el Panzón Panseco y su compañía (Daguillón, Félix Amargo, Cuca la telefonista); en la época de oro del cine mexicano; en que mi vida en realidad era como un largo exilio de mi única pasión: la sala de un cinematógrafo. Todo esto lo pensé hasta que Iker me codeó y me hizo la revelación que torcería, aún más, el rumbo de mi vida.

—¿A que no sabes lo que me secreteó la venezolana apenas te fuiste? —me preguntó bajándose la bragueta y acomodándose las charreteras para no salpicar.

—No sé.

—Que cuando te vio, se arrepintió de no estar tomando pastillas anticonceptivas.

Fue muy molesto que se me empezara a parar porque todavía no acababa de orinar. Me quedé todo atontilado y me aferré, lo mejor que pude, a mi eréctil miembro.

Que Iker Larrauri, que fue quien llevó a los Guampa a esa celebración, me dijo las palabras que reproduje, con exactitud, más arriba, estoy dispuesto a jurárselo ante quien sea, a pesar de que las otras veces que lo he contado, me dicen que «¡ay sí, ni que fueras tan galán!». Pero ésa es la única verdad, le pese a quien le pese. A mí, como creo lo entenderá, el piropo me transformó. Así que, arrastrado por el generoso impulso de llegarle, como se dice vulgarmente, a la nalga de las tantas veces mencionada venezolana, regresé a la mesa dispuesto a acabar con mi propio exilio.

Una vez en el salón los miré a todos: estaban parados, como si fueran estatuas, viendo hacia el oriente (es decir hacia el Zócalo), con una copa de tequila cada uno, sostenida en lo alto. A algunos (los que ya estaban pedos) las lágrimas les brotaban de emoción. La anatomía monumental ocultaba una sonrisa melindrosa, y levantaba ambas cejas con malicia de monja boba. Laura murmuraba no sé qué cosa a Alatraste

con gesto de fuchi. «A esta pinche caraqueña», me dije, «me canso de ponerle un departamento. Le hago el drama de mi vida y le cuento, compungido, cuánta es la incompreensión de mi esposa cada vez que le hablo de mis amigos».

Me senté dispuesto a demostrar que el espíritu aventurero del hombre es más fuerte que cualquier atadura, aunque le aseguro que no con el descaro que después me atribuyó Laura. Si en circunstancias como éstas, es cierto, uno se excede un poquitín, no lo es que cuando estábamos cantando el himno y emití el característico ujujujuyyy, fuera a causa de un supuesto pellizco que la venezolana me diera en las nalgas, sino porque sentía la sangre mexicana corriéndome por las venas; y si el señor Hilario Guanipa, hermano de mi futura presa, insistió en que bailara el jarabe tapatío con ella, no fue porque yo se lo hubiera insinuado, pues más bien estaba tratando de esconderme. De cualquier manera, toda mi cautela, toda mi audacia, me hizo lo que el viento a Juárez, pues el melodrama que se cernía sobre mi cabeza, se me vino encima de una manera pérfida y caprichosa: Laura me cayó en el embrollo. Fue, para mi desgracia, en el momento que Armando Suárez hacía añicos el prestigio de Dolores del Río.

Estábamos, otra vuelta, todos sentados en nuestros lugares. Las frases de doble sentido iban y venían, los brindis abundaban, y solamente Laura y Alatríste platicaban muy aparte del grupo. Él le contaba lo pavoroso que es psicoanalizarse, y ella, lo doloroso que es ser mujer incomprendida. Él ponía cara de «cuánto trabajo cuesta hacerse hombre», y ella, de «qué plática tan profunda». Yo aproveché para atender el nuevo chisme de Armando, pensando al mismo tiempo, que se me presentaba una oportunidad de oro, y sin que nadie se diera cuenta, alargué mi manó por debajo de la mesa hasta toparme con las rodillas de Elena. En su rostro —encendido y perplejo, batiendo las pestañas con desgaire— noté que con aquel acto tan sencillo había logrado un efecto mucho mayor del previsto, ya que apretó mis dedos entre sus rodillas de tal modo que otro poco y me rompe los nudillos. Hizo un gesto en el que me pareció adivinar que se encontraba al borde de un abismo pasional. Yo no pude evitar una mueca y durante un minuto estuve conteniendo algo que nunca sabré si fue un grito de dolor o unas ganas incontenibles de poseerla abajo de la mesa.

Armando, por su parte, nos chismeaba extasiado:

—Dolores es la campeona de levantamiento de cejas, ¿se han fijado? Está como para inscribirla en el libro de records de la Guinness. Siempre insiste en demostrarnos, más que cualquier otra cosa, el *tour de force* que supone expresar toda una trayectoria psicológica a través de ese gesto mínimo: elevar las cejas, pelar los ojos y entreabrir la boca; como si la muy presumida estuviera más preocupada de parecerse a Dolores del Río que a los personajes que interpreta —acto seguido, la difamó—, aunque ahora debe estar sufriendo horrores, pues con la multitud de restiradas que se ha dado, cuando levanta las cejas, le aletean las orejas.

Aquí me dio tanta risa que no me fijé que Laura había dejado hablando solo a

Alatriste, y que con todo disimulo levantaba el mantel para descubrir que mi mano hurgaba en la corva izquierda de la venezolana. Laura se puso lívida, se paró, dio un puñetazo en la mesa, le tiró a Alatriste un vaso de sangrita y lanzó el famoso grito que da nombre a este episodio. Eran las once y veinticinco de la noche. Alatriste tuvo que tragarse la última parte de una sesuda explicación sobre la naturaleza de su complejo de Edipo; Armando Suárez la continuación de su ensayo sobre Dolores del Río; y el resto de la concurrencia, la carcajada que les provocó que esquivara una cachetada de Laura. Mi esposa, como no queriendo dar un espectáculo, se fue corriendo hacia los baños; yo la seguí diciéndole que no era lo que se estaba imaginando (esto lo dije sin saber a ciencia cierta lo que ella se estaba imaginando), que me permitiera explicarle.

Esta actitud no fue derrotista, sino de precaución, a pesar de que las personas que lo presenciaron, siempre me dicen que por qué me asusté tanto en ese momento, sin darme cuenta que quien se mete a casquivano debe traer bien amarrados los calzones.

Lo que ocurrió minutos después demuestra que mi comportamiento estaba perfectamente justificado: alcancé a Laura antes de que se metiera al baño; le volví a pedir que me dejara explicarle; no me dejó; me sonó una sonora cachetada que no fui capaz de evitar, y me encajó, con rabia, las uñas en el brazo. En eso salió una señora del baño, se nos quedó viendo, nos pidió perdón y yo le contesté que no tenía por qué. Laura empezó a llorar y a repetirme, con una impudicia verdaderamente irritante, que era yo un canalla. No se metió al baño que era lo que estaba esperando (ya me imaginaba a mí mismo tocándole a la puerta y pidiéndole que saliera, que enfrentáramos la situación como dos adultos). Regresó, en cambio, al salón, y cruzó con un chillido en medio de la valla que mis amigos habían hecho, desde la puerta de entrada al hall de los baños hasta la escalera. Yo la seguí diciéndole a los de la valla que un momentito, que oritita regresábamos; y a ella, que no fuera así, que enfrentáramos los hechos como dos adultos (yo no sé por qué tenía tantas ganas de decirle esta última frase, ¿la creí capaz de enfrentar los hechos?, ¿me sentía yo capaz de ser adulto?, ¿le atribuía algún efecto mágico a la frase que pudiera calmar a Laura para siempre? ¡Oh, craso error!). En la escalera otro poco y me ruedo.

Alcancé a Laura en Reforma. Tuvo tanta suerte, que nada más se paró en la calle consiguió taxi.

—No te vayas así, Laurita, espérate —le dije aferrado al auto—. No es lo que estabas...

—¡No te quiero volver a ver! —aulló ella por la ventanilla—. ¡No se te ocurra aparecerte por la casa! ¡Te odio!

El taxista, muy posesionado de su papel, arrancó rayando llanta. Yo me quedé parado en la calle, midiendo el tamaño de mi inconciencia. Miré el piso creyendo que ahí podría encontrar una estúpida solución. Volví a imaginar a Armando Suárez saliendo del brazo de Leticia Palma, para que su carrera cinematográfica se fuera a la mierda. Pensé que yo, por acariciarle la rodilla a una desconocida, mandaba mi

matrimonio a la ídem.

Ahí me di cuenta que estaba rodeado por un bolero, tres tipos llenos de confeti (seguro venían, como Laura, de dar el grito), ¿y de quién más cree? Del pendejo de Sealtiel Alatraste.

—¿Qué pasó? —me preguntó éste, con gesto entre amurriado y contrito, como si no se hubiera dado cuenta de nada.

Me dieron ganas de romperle toda la madre para acabar de una vez por todas con lo que él llamaba su complejo de Edipo, pero me contuve. No le contesté nada.

—Vamos al restorán y de ahí le hablas. Ya vas a ver que al rato se calma y se arreglan las cosas —me aconsejó Alatraste.

Se equivocó. Es cierto que Laura se calmó (no al rato, sino varios días después), pero las cosas no se arreglaron nunca más.

—No —contesté—, dile a los muchachos que sigan la celebración sin mí; cuéntales todo, pero agrega que me fui corriendo tras el taxi, que me dejaste de ver cuando di la vuelta en López. No les vayas a decir que hablamos.

No tuvo tiempo de contestarme, le di la espalda a él, al bolero, a los enconfitados, y crucé el Paseo de la Reforma con mucha solemnidad.

Me senté en una banca de la Alameda a meditar y a ver a unos niños que se enfrascaban en una guerra de globazos llenos de agua. Lo primero que vino a mi cabeza (tal vez al igual que a usted), fue una serie interminable de preguntas. Si yo era tan mujeriego, si mis bajas pasiones obnubilaban mi voluntad, ¿por qué me había casado con Laura, jurándole fidelidad eterna? Misterio. Si tanto le molestaban a ella mis amigotes, y creía firmemente que eran la fuente de mi desconcierto, ¿por qué la última navidad me dijo que si yo creía necesario enfrentar una torva vocación (la que se me alebrestaba con ellos), que lo hiciera sin culpas, que ella me apoyaría gustosa? Misterio. Si yo pensaba que Laura nunca aceptaría un cambio que pusiera en riesgo el estatus adquirido en Sears, ¿por qué la abracé y le dije que era la mujer más maravillosa del mundo? Misterio. Y si, en fin, éramos tan diferentes, ¿por qué fingíamos tanto; por qué duramos seis años de novios; por qué llevábamos esa vida que mitigaba, sin solucionar, tantas contradicciones? También misterio.

Como la contestación a estas preguntas tenía tantos misterios como para llenar un rosario, empecé a hablar solo y a repasar algunos hechos relevantes de mi vida de soltero que será mejor le cuente también aquí:

A pesar de que yo deseaba casarme con Laura, salía con una muchacha, Alejandra, con la que me daba unos sobetones tremendos. (Alejandra era una fajadora menuda, prietona, de pelo chino; lengua de tarabilla y poses que afectaban una falsa truculencia. Pero sobre todo, estaba muy buena y yo no podía resistir sus provocaciones.) Esto no hubiera tenido nada malo, de no haber sido porque yo mezclaba ambos hechos (el cariño por la una, el enculamiento por la otra), con una torpeza ejemplar. Un día típico de aquel tiempo transcurría de la siguiente manera: por las mañanas trabajaba en el departamento de Crédito y Cobranzas de Sears;

saliendo del trabajo, comía con Laura en el Shirley's Court; después la iba a dejar a su casa y yo le preguntaba cosas como que cuánto teníamos ya ahorrado para la boda; después me iba con un apuro del carajo, pues, a pesar de que estaba en el último año de la carrera, no era más que llegar a la facultad para proponerle a Alejandra que fuéramos a platicar a otro lado; ella aceptaba, y en mi coche nos íbamos a los alrededores del jardín botánico; conversábamos de cualquier tontería y en seguida empezábamos el cachondeo; yo le suplicaba que me dejara culminar, llevármela hasta el éxtasis, pero ella se negaba porque no éramos novios; terminábamos jadeantes, con los ojos irritados y diciéndonos que qué bonita estaba la noche; regresábamos a la clase de finanzas de la que yo no entendía ni madres; antes de llegar a mi casa, para solapar mis culpas, le hablaba a Laura desde un teléfono público y le decía que estaba metidazo en mi carrera y hacíamos planes para nuestra inminente boda. Sin haberlo planeado me vi liado en un dilema. Terriblemente liado y dividido, no sólo entre dos mujeres, sino entre dos sentimientos: las ganas de cogerme a una, y el deseo de formar una familia con la otra. Y aún más, dividido entre el placer y la obligación, pues no era nada más que yo tuviera cinco años de novio con Laura, sino que hacía dos meses había ido con mis padres a pedir su mano y no le había dicho nada a la fajadora. La mera noche de la pedida me di cuenta que todo iba a tener un final trágico. Estaba a punto de retractarme, de decir que suspendieran la ejecución, pero ya nos habíamos levantado; mi padre le había dado un abrazo al papá de Laura; mi mamá se había abrazado con su consuegra (se congratulaban de que no habían perdido un hijo o una hija, según el caso, sino que habían salido ganando con uno o con otra); y hasta yo, fanfarrioso, le había dado un abrazo a todo mundo (le estaba diciendo al abuelito de Laura que ése era el día más feliz de mi vida, y la verdad es que estaba pensando que después de aquello, ya me la había pelado con Alejandra).

Salí de casa de mis suegros medio borracho, abrazado de mi papá que no cesaba de repetirme que así era la vida y de acordarse de lo gracioso que yo era de chiquito. Recuerdo que había luna llena y que el aire se había tornado sediento y calmo, como si presintiera revelaciones.

Frente al conflicto que se me vino encima intenté autodestruirme. No llegué precisamente al suicidio, pero sí a una variada gama de actos contra mi salud: me madrié con un ruletero; me tomé diez alkalaseltzers seguidos; quise que un amigo, que estaba haciendo su servicio social en el hospital de La Raza, me contagiara de hepatitis inyectándome sangre de un enfermo desahuciado, pero el muy mamón se negó; me propuse contraer neumonía cuata bañándome en la fuente de un parque solitario, casi desnudo, la madrugada de un día de invierno. Ninguna de estas alternativas dio resultado, lo único que pesqué fue una sinusitis crónica que me hizo contestarle al juez un sí gangoso el día que me casé por lo civil. Alejandra, por su lado, cuando se enteró de la boda, dijo que yo era un canalla, un degenerado que había querido abusar de que ella era una mujer arrebatada, y le pidió a todos en la universidad que no fueran a mi boda.

Mi vida matrimonial empezó con una maldición. El resultado fue un matrimonio insípido, y sobre el que siempre pesó, como espada de Damocles, las ganas que tuve de cogerme a otras viejas.

«¿Por qué me casé, carajo?», me dije al momento que un niño lanzó un berrido de oreja a oreja, pues otro más grande le había sorrajado un globazo en plena cara. «¿Qué culpa tiene Laura de que yo haya salido tan cogelón? Tiene razón, soy un canalla. Tuvo razón también Alejandra, soy bien degenerado. ¿Por qué les he hecho todo este mal? He dejado a Rasputín como un niño de pañales.» Una idea me estaba rondando por la cabeza: Laura y yo nos íbamos a separar muy pronto. No fue más que pensar en la idea de la separación, para que me dieran ganas de vomitar, se me nubló la vista, y en algo así como un murmullo lejano escuché a un tipo desgañitarse: estaba parado arriba del monumento a Benito Juárez.

—¡Viva México, hijos de la chingada!

Abajo, es decir al pie del monumento, tres policías le hacían señas obscenas y le mentaban la madre a silbatazos; un grupo, más o menos numeroso, se había reunido a espaldas de los genizaros y aplaudían, no sé si al borrachín que se tambaleaba en lo alto del hemiciclo, o a las fuerzas del orden.

Dos horas después de esto que le estoy relatando, me encontraba, sin saber cómo había llegado hasta ahí, en la puerta de mi casa. Cuando traté de entrar me percaté de que el enojo de Laura era más serio de lo que había pensado, pues atrás de la puerta estaba el sofá de la sala y me costó mucho trabajo abrirla. Una vez adentro, después de llamarla, me di cuenta que Laura se había encerrado a piedra y lodo en nuestra alcoba. Toqué con ternura, con desesperación, en tono de súplica, con ira; le dije cuanto hay, pero ella ni siquiera me contestaba. Cuando decidí quedarme callado y actuar con más energía, las cosas cambiaron: abrió después del primer caballazo.

—Eres un bruto —me dijo asomando la cara— eres un degenerado eres un infame eres de lo peor que he conocido no me mereces... —no me dijo nada más porque se le fue el aire.

Yo aproveché esa oportunidad para abrazarla y pedirle mil veces que me disculpara. Ella se defendió, me gritó; yo la apretaba y le pedía perdón por los hijos que alguna vez procrearíamos —insultos, rasguños, pierna al aire, almohadazos, volantines—. La fortuna estuvo de mi lado y caímos en la cama. Entonces, la violé. (Si duda que aquello fue una violación, le puedo enseñar las huellas, que todavía conservo, de sus dientes en mi hombro.) No obstante (me está muy mal decirlo pero así fue), tuvimos un orgasmo bárbaro, con gritos, rugidos, manotazos y todo. Ahí sí, Laura no pudo más, me abrazó y se puso a llorar. Yo la acaricié y le dije que no lo había hecho adrede, pero ella se levantó de la cama. Prendí la luz y contemplé los estragos de la batalla: le había roto el camisón a la altura del seno derecho y le puse el cabello como crepé.

Laura se cubrió la boca con un puño, y sin dejar de sollozar se recargó en la pared abajito de la bendición papal. Me estaba dando la espalda y a mí, desolado, me

conmovió mucho cómo se estremecían sus nalgas con los sollozos. Con voz moquienta me dijo algo críptico.

—Nunca te creí capaz de esto —me volteó a ver poniendo cara de que en realidad nunca me había creído capaz de nada.

Pero, como estará suponiendo, las cosas entre ella y yo nunca se arreglaron. El final de ese matrimonio de costumbres clasemedieras tuvo dos momentos culminantes. El primero se inició el día en que me desperté a las seis de la mañana y me fui a desayunar al merendero de Tlacoquemécatl.

Entré al galerón junto a un par de electricistas que comentaban la última faena de Manolo Martínez. Nos sentamos en la misma, larga mesa; ellos, uno al lado del otro, de cara a la pared; y yo, en la cabecera sobre una caja de refrescos, viendo el color mandarina que tenía la iglesia de enfrente a causa del sol naciente. Yo traía otra vez la nostalgia colgada de los párpados; ellos, en cambio —chamagosos, chimuelos, porte de garañón usado— no dejaban de reírse. Uno de los dos, que traía una gorrita de Sherwin Williams, hablaba de una chicuelina que lo cautivó.

—Me cae, compadre, sólo por eso valió la pinche corrida.

Me volví a acordar de la faena a Aceituno, de aquellas tres chicuelinas de terciopelo con que Manolo hizo el quite, y que me hicieron llorar; de aquellos oles y torero torero, tirados a cubetazos desde los tendidos; de los gritos destemplados de un amigo mío que decía que así sería bueno, que toros de regalo eran de culeros.

En eso, en la puerta se paró un hombre entre asustado y cómicamente valiente. Tendría unos cincuenta años, llevaba traje beige con chaleco, leontina de oro colgada del bolsillo, sombrero, y un bigotito, finamente cortado sobre el labio, sombreándole una sonrisa temerosa. Es imposible, ya lo sé, pero le juro que era Emilio Tuero; no alguien que se le parecía, sino el mismísimo Tuero. Creí ver veinte años de historia hechos carne. Era lo imposible: avances de una película entrevista a duermevela.

El hombre miró para todos lados, sacó un reloj de su chaleco, lo observó nervioso, vio nuevamente a su alrededor. Caprichosamente el merendero quedó en silencio. Fue tan sólo un segundo, pero ello bastó para que el catrín de lotería diera la media vuelta y se largara. Yo lo estaba viendo con grandes ojos interrogantes y la boca apretada.

El ruideral volvió como un suspiro. Se gritaron órdenes de frijoles, costillas y guisados; el electricista insistió en que Manolo era un chingón, dijeran lo que dijeran. Yo me bebí de un trago medio jarrito de tamarindo, pensando que lo que había sentido era una chicuelina del destino. Ahí me dije que tenía que hacer algo con mi vida, «ya no soy tan joven y antes de que sea demasiado tarde quiero vivir las emociones fuertes de la vida, quiero tener una aventura en Mazatlán, conocer Nueva York, ver todas las películas de Tin Tan...». Escuché la voz de mi Nachito Santibáñez y por eso decidí seguir a Tuero.

Salí a la calle y lo vi, apenas una sombra fugaz, subirse a un auto. Era un Oldsmobile 48, negro. Corrí hacia mi coche y empecé a seguirlo de lejos. «Como en



las películas policiacas», pensé. Su coche, aunque descomunal, se movía con más facilidad que el mío en el tráfico infernal de cada mañana. En avenida Coyoacán y Félix Cuevas, me pareció perderlo. Un camión me bañó de humo y un chorro de gente, cruzando la calle, me tapó la visión. Abrí la portezuela, me paré en el borde del auto y vi al mastodonte negro avanzar, todavía, media cuadra adelante. El corazón me latía aceleradamente; alcanzar a Tuero era mi deber, una oportunidad que no volvería a tener, y que de escaparse, me mataría o algo así (no sé que quiere decir «algo así» en la frase anterior, pero es lo más fiel a los sentimientos que me arrebatan ahí, persiguiendo como detective de segunda a un difunto, a un aparecido, al ídolo de mi infancia). Aceleré sobresaltado y la verdad que aquel sobresalto estaba justificado: siempre había reaccionado igual, sin quererlo siquiera. «Porque así soy yo, carajo. Enrique Guerra, el fanático del cine.» La frase, como un apodo que ni mandado a hacer, me hizo reír y recordar una escena de mi infancia. Estaba yo muy pequeño, papá me había llevado al departamento de mi abuela, en un edificio viejísimo de la colonia Roma. Por ese entonces mi padre trabajaba como negro, pero le iba muy bien. Al ver el lugar en que vivía su madre, prometió que ya pronto la sacaría de ese cuchitril y le compraría un apartamento de los multifamiliares que se acababan de estrenar cerca del cine Estadio. Mi abuela, inclinó la cabeza, piadosa y lánguida; le contestó que ni pensarlo, que ella estaba muy bien en su casita, que vivía muy ligada a la vecindad y a todo lo que pasaba en ella. Después, los dos se quedaron viendo, no sé cuánto tiempo, a los ojos, como entendiendo algo a lo que yo era ajeno. ¿Ternura, arrebató, fatalidad? Este espectáculo, que se me quedó grabado, indeleble, lo volví a encontrar tiempo después en el cine Opera, cuando fui a ver *Quinto patio*, la película de Emilio Tuero. El cine mexicano se convirtió desde entonces en mi pasión más intensa; lo hallé en mí como si me hubiera esperado, seguro que tendría que encontrarlo.

¿Cómo podría, dígame, haber visto con otros ojos a aquel catrín? ¿Cómo no ser fanático del cine si ahí lo he descubierto todo? ¿Si la vida, siempre, se me ha revelado en la pantalla?

Lo que me pasó después es una de las experiencias más alucinantes por las que he pasado. Seguí al Oldsmobile de Emilio por avenida Coyoacán hasta que dio vuelta en Río Churubusco. Al final, lo perdí cuando se metió al estacionamiento de la Cineteca Nacional. Hasta allá lo persiguió mi obsesión. Entré, sin metáforas, fuera de mí. Vi incluso el auto estacionado y me fui corriendo a las oficinas. Durante todo ese tiempo estuve pensando que esa escena de *Quinto patio* era un poco un espectáculo aparte, un filme dentro de otro. «Lo único importante es creer que se puede hacer una película», me decía, «lanzarse a dar una chicuelina de terciopelo, tan sólo una, aunque fuera con un toro de regalo. Jugarse la vida y el destino en una partida de carambola, sí señor».

Una vez dentro, me di de narices con el Jeo Alatorre.

—Quiúbole pinche primo —me dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a pedir trabajo.

Mi respuesta fue tan inesperada, tan sorprendente, que se me olvidó que venía siguiendo a Tuero. Jeo y yo nos quedamos viendo a los ojos, y al cabo de un minuto de suspense, soltamos una carcajada. Me pareció entrever en este gesto algo de la complicidad con que nos miramos cuando Armando Suárez difamó la autenticidad de la piel de Dolores del Río.

Dos semanas después, el día que mi suegro hizo la comida para inaugurar su cabaña del Ajusco, le dije a Laura que ya no trabajaba en Sears, y que no sabía por qué, pero que me habían aceptado como investigador de cine mexicano en la Cineteca Nacional. (No le dije que Jeo me había presentado con García Riera, que habló muy bien de mí, que le exigió una chamba porque había que sacarme del fango; y tampoco le dije lo otro, lo de Tuero. De todas maneras no hizo falta.) Estábamos dando un paseo para bajar la comida. El sol anunciaba el crepúsculo formando una tarde suave, con una sábana ocre cubriendo el pinar.

Contemplé boquiabierto el efecto que había provocado con mis palabras. Laura me estaba viendo fijamente, sin hablar, tenía los puños cerrados y se había puesto tiesa. Creí que se iba a ir de espaldas. Al cabo de unos segundos, alguna idea debió llegar a su cabeza porque bajó los párpados y me dijo con las mandíbulas apretadas:

—No te puedo creer.

—Te lo juro.

Nos quedamos mudos. Laura sabía de mi vieja afición por el cine nacional, pero seguro que ni por aquí le pasaba que yo fuera a llegar a tanto, me refiero a querer vivir de lo que para ella debía ser no más que un hobby. En esta posición fija, de retrato, estábamos cuando varias de sus primas nos invitaron a jugar dígalos con mímica (se trataba, curiosamente, de adivinar películas), que no fuéramos aguados y nos uniéramos al grupo. Ya no hablamos del asunto de mi chamba ni ese día ni en los siguientes meses. Por otro lado, el bando en el que yo jugué aquella vez ganó ampliamente, pues ninguno de nuestros contrincantes pudo adivinar ni *Dicen que soy comunista*, ni *El suavecito*, ni *El charro del arrabal*.

Yo, por mi parte, me la pasé pensando en la longitud de aquel día sepia que entonces acababa. Laura estaba sentada sobre una piedra, sonriendo a medias, moviendo la cabeza al verme, como queriendo decir que su desilusión y susto ya no tenían remedio. No sé qué capricho de la memoria me llevó a pensar que había transcurrido mucho tiempo en un solo día; tantas horas, incluso, como si hubiera amanecido en el pasado, en mi juventud, cuando conocí a Laura y la empecé a engañar diciéndole que yo era otro; y que la noche que estaba cayendo como guadaña, cortaba esas imágenes como si fueran muñecos de plomo viejo.

Desde entonces, mi trabajo consiste en ver dos o tres cintas de cine mexicano por las mañanas; en clasificar parte del material que está arrumbado en las bodegas de la Cineteca; y en escribir por las tardes fichas o reseñas para cualquier periódico.

En un principio el trabajo me revitalizó y creí que con ese cambio era suficiente,

que mi vida volvería al cauce normal, que retomaría la cachondería, las bromas, el gusto —ya casi añejo— de alegrarme por el transcurrir de cada día. Pero no fue así. El cine de las mañanas, es verdad, era un bálsamo, una especie de refugio al que mi nostalgia de no sé qué recurría como buscando golosinas; pero en lo demás, se me presentó un obstáculo insalvable: la relación con Laura fue deteriorándose paulatinamente. La voz del «cambia, cambia», fue entremezclando sus «sepárate», sus «divórciate», sus «esta mujer no te conviene», y yo, indefenso frente a mí, me iba sugestionando con el poder de su tono de locutor sabelotodo.

Cuando salía con Laura estos pensamientos se adueñaban de mí. Todo, claro, era un monólogo interior del que nunca la hice partícipe; al contrario, ahí iba yo muy seriecito a donde fuera, saludando con mi cara de chico mono a sus papás, a sus tías las solteronas, a sus amigas de la primaria; les decía que encantado de conocerlas; que qué bonita su casa; que sí, que estábamos planeando un viaje a Europa de veintiún días. Todo con mucha risa y atenciones, pero pensando, siempre pensando, que la vida con Laura se había vuelto un vacío que rezumaba ocio; un hueco donde no cabía mi nostalgia. Con mucha risa, eso sí, y con muchas atenciones, también, al volver nos decíamos que qué gente tan a todo dar. Pero nunca comentamos el incidente de la Guanipa; nunca si ella o yo habíamos tenido otros amores: el sexo extramarital con clasificación C. Tampoco hicimos ninguna mención a mi trabajo, a si era padre ir al cine todos los días, o a si extrañaba mi oficina en Sears; nada: la vocación, la oscuridad del cine, como falta flagrante al débito conyugal.

En el fondo era yo el que andaba hasta las patas con mi sensibilidad a flor de piel, mi sentimentalismo de pronto agraviado por un silencio tan natural como el que Laura guardaba con respecto a mi trabajo. Hasta que me enfrenté de verdad y quise saber lo que pasaba por su cabeza.

—¿Te parece que me equivoqué? —le pregunté un día que fuimos a tomar tacos al pastor.

—En lo más mínimo —me contestó.

Laura siempre parecía adivinar la intención de mis preguntas aunque éstas fueran de lo más vago. Hasta la fecha siempre he creído que esa vez supo que me refería a mi cambio de trabajo, pues me contestó sin dudar un momento, con una seguridad pasmosa que se llevó de frente tres tacos con todo y su piña, su cilantro y su salsita.

—¿Crees que fui injusto?

—En lo más mínimo.

«¿Entonces qué crees de mí?», me pregunté, sin darme cuenta que en un rincón del alma, como dice la canción, guardaba ya la pena que me dejó su amor.

Al cabo de un tiempo, obstinado en conocer sus pensamientos más íntimos, me di cuenta que se sentía víctima de un neurasténico. Esta revelación se la debo a que ella repitió, con harta frecuencia, una conducta desconcertante: cada vez que yo trataba de halagarla (llevándole el desayuno a la cama; ayudándola a cruzar la calle como si estuviera coja; abriéndole la portezuela del auto, etc.), se me quedaba viendo en

silencio, sacaba un Vanidades y anotaba algo en una de sus páginas. Llevó estas anotaciones a lo largo de un mes, al cabo del cual me dijo que según el test «¿Hasta dónde soportar sus galanterías?», yo había sacado 18 síes, y 12 nóes, o sea que era el típico hombre cuya bondad está motivada por la culpa. Soltó una carcajada que todavía me retumba en las entrañas.

La clasificación (y la carcajada), estuvieron a punto de provocarme un trauma, y si bien es cierto que me encontraba ileso físicamente, fui adquiriendo el tipo de estabilidad emocional cuyo mejor exponente es Chachita en *Nosotros los pobres*.

Así andaban las cosas cuando reinicié el penoso recorrido por los males nocturnos: volvieron los insomnios; la melancolía cuando en la madrugada escuchaba un disco; y aun los excesos: si acaso lograba conciliar el sueño, me le declaraba a los gritos a una sirvienta a la que perseguía alocadamente por una azotea. Todo iba de mal en peor y no hallaba cómo dar fin a la insatisfacción que me consumía. Entonces me dio por volverme sonámbulo y sobrevino la escena de El Último Reproche, que no sólo iba a ser el segundo momento culminante del final de mi matrimonio, sino que se convertiría en el Waterloo de nuestros amores:

Una madrugada, Laura me despertó cuando estaba abrazado a una columna del pasillo. Nada más dijo mi nombre y me rozó una mano; yo la vi, incrédulo, parada frente a mí, más allá de la columna a la que murmuraba frases obscenas. Parpadeé y sentí ganas de pellizcarme. Casi al instante, mis ojos recuperaron la vitalidad perdida, y con la manga de la pijama, me sequé una gota de saliva que me escurría por la comisura de los labios. Sin decirnos una palabra nos fuimos a la sala, prendimos la luz, nos sentamos y nos quedamos viendo sin saber cómo empezar. Laura tenía puesto su camisón de dubetina rosa; y el cabello, alborotado, se le paraba en la nuca. Su mirada estaba cargada de intención; la mía, por otro lado, debió parecerle muy ingenua.

—¿Qué te trais? —me dijo, con ojos papujos, clavados en mi corazón—. ¿No te das cuenta de que existo? Hace semanas que no hacemos el amor y de repente te encuentro desahogándote con una columna... eso no está bien, pero nada bien.

Conforme hablaba adquiría un abrumador tono sentencioso. Sus brazos, como aspas, parecían invocar una deidad desconocida.

—Estás jugando con fuego, Enrique, y ya te imaginarás lo que va a pasar, estás acabando con nuestro amor.

No cerró la boca, la dejó entreabierta y dengueó una mueca, como para insinuarme que la cosa no terminaba ahí y que estaba dispuesta a seguir con la retahíla de los males que nos acosaban. Yo seguía sin saber qué decir, nomás ponía mi cara de tarugo y aceptaba todo con respingo de perro faldero, sin chistar siquiera. Laura se levantó, se agitó la cabellera, y antes de volver a la recámara me lanzó una mirada fulminante y agregó con voz entrecortada:

—Allá tú con lo que haces. Lo único que quiero es abrirte los ojos a lo que está pasando.

Y me los abrió, porque hasta entonces yo había estado dándole vueltas a la nopalera, duro que dale con quién sabe qué me pasaba, escondiéndole el bulto a la verdad de mi existencia: me había vuelto el ponchinbag de la vida.

El peso de esta revelación me dejó anonadado, sumido en mi sillón. Desde el juguetero, la triste figura de un pierrot de lladró, con almibarado quiebre de caderas, se compadecía de mí. Me levanté y fui a servirme un whisky; puse un disco, apagué la luz y me acosté en el suelo. La cola de la noche se agarraba al suelo con tenazas oscuras, resolana de la luz mercurial de la calle, e ilusión de fuego eléctrico. A veces me llegaba el pitido de algún claxon. Con su voz de aquí donde me ven yo me las sé de todas todas, Lupita Palomera empezó a deshilvanar mis sentimientos más íntimos, «¡Ay cómo es cruel la incertidumbre! si ella merece mi dolor o yo la tengo que olvidar. ¡Ay esta amarga pesadumbre!». Cuando llegué a lo de «si la vas a juzgar corazón, nunca pienses que ella es mala, si es valiente y te comprende, da tu vida, corazón», yo ya me sentía invadido de una mezcla de esquizofrenia con intuición de desgracia venidera. «El amor y el dolor corazón, valen poco junto a ella, si merece más que eso, da tu vida corazón.» La voz de la Palomera caló, una vez más, hondo dentro de mi alma, pero ahora en sentido contrario. Tuve un pensamiento que estoy seguro me hubiera envidiado Libertad Lamarque: iba a sacar fuerza de mi flaqueza y no me sacrificaría un momento más, el día siguiente iba a ser el del encontronazo con la verdad. Me limpié los mocos cuando la Palomera decía que incertidumbre es el dolor de amar.

Me quedé dormido sobre la alfombra. Me despertó el impacto de mi frente sobre la pata del sofá, y me percaté que en aquellas pocas horas había tenido un sueño, que usted llamaría profético: soñé que yo era el asesino que encarnó Arturo de Córdova en *El esqueleto de la señora Morales*. Todo sucedía como en la película pero con los personajes cambiados: yo era Pablo Morales; Laura era la occisa; el sacerdote a quien confesaba el crimen estaba representado nada menos que por el pendejo de Alatríste; los amigos del asesino eran mis propios amigos.

Me fui de casa sin haberme bañado y sin rasurar. Llegué a la Cineteca con las escenas del sueño profético jugueteando en mi cerebro. Cuando iba hacia mi cubículo, escuché a Jorge Ayala Blanco dictarle a una secretaria la nota que iba a publicar, precisamente sobre la película con la que yo había soñado. Sus palabras me impactaron por realistas: «La vida de Pablo con Gloria es insostenible —decía Jorge, con voluble y casquivano gorgojeo, mirando al techo— porque todo se opone entre los cónyuges, viven en dos mundos diferentes; la coexistencia de su “soledad entre dos” los mantiene como extraños y ambos tratan de invadir el mundo ajeno.» El teclear de la máquina caía como un sonoro mazazo en mi, ya de por sí madreada, conciencia pequeñoburguesa. «Con todo, la crítica más acerba de *El esqueleto de la señora Morales* es la que se refiere al matrimonio. Como institución, como sacramento y como forma de convivencia, el matrimonio sólo puede compararse con una lepra o con una cadena perpetua.» Yo estaba escuchando a través de la puerta

entreabierta, mirando con chicos ojotes por el vidrio. Lo que Ayala Blanco había dicho me tocaba en lo más vivo, y por eso seguía ahí, absolutamente inmóvil, con los brazos colgados a los lados, sintiendo a un tiempo dolor y agradecimiento. Jorge se dio cuenta de mi presencia. Se me quedó viendo desconcertado. Llamó la atención de su secretaria tocándola en el brazo. Los dos voltearon a verme, y Ayala preguntó que qué le pasaba a ese cabrón (yo). No contesté nada, me fui a mi cubículo con cara de zombie, haciendo el vano propósito de ahuyentar la imagen del crimen proteico, que un marido desesperado comete porque ya no aguanta más. «¿Seré capaz de enfrentarme a Laura, o en vez de ir al grano voy a acabar, como siempre, echándole discursos pendejos?» Me acordé que mi abuela decía que oyendo relatos de calamidades se le templa a uno el espíritu. Descolgué el teléfono y pedí a proyecciones que me pusieran *El esqueleto de la señora Morales*. Dije que necesitaba una catarsis, pero no me entendieron.

Esa misma noche, en un arranque de sinceridad le pedí a Laura que se sentara frente a mí, y sin decirle agua va, le sugerí que nos divorciáramos:

—Esto no puede seguir, hace meses que tú y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro. Yo creo que mejor nos separamos.

Aquella terrible e insistente voz que me había ordenado que cambiara, por la cual dejé mi trabajo, que hizo que surgiera en mí una nueva personalidad, que me murmuraba al oído que el cine mexicano contenía mi verdadera vida; aquella voz, finalmente, me llevaba a hacer astillas mi vida sentimental.

Durante un instante horrible Laura me miró con odio, pero no estuvo de acuerdo. Me propuso que tratáramos de rehacer nuestras vidas.

—No, Laura, es inútil, lo que yo quiero es deshacer nuestras vidas.

¿Por qué no le dije que ya no la amaba? ¿Por qué no le aclaré que era mejor el divorcio que el asesinato? Son dos las preguntas que ya no tiene ningún sentido formularse, pero que en todo caso, el no haberlas esgrimido como causales de divorcio, quedará como una de las grandes pendejadas de mi vida.

—Yo tengo un carácter muy disparejo, Laura. Nomás te estoy haciendo daño. No es justo —dije impunemente, con plena conciencia de estarle diciendo puras mentiras—. Ya no soy el de antes, te lo juro.

Entonces nos pusimos a llorar. Yo me acordé de la vez que le regalé mi anillo de graduación del CUM, y de que cuando me recibí le dije que ahora sí iba a ver lo que era un ejecutivo, que nos íbamos a comer al mundo a bocados y no sé cuántas cosas más.

—Eres un canalla —me dijo, juntando las manos, como en una visita de pésame.

Me fui de la casa en la madrugada. Recuerdo la violencia con que Laura abrió la puerta y la intensidad casi epiléptica de su cuerpo, cuando me dijo que si daba un paso fuera no volvería a poner la planta de mis pies dentro de aquel hogar.

Entonces yo estaba llorando; ahora estoy en mi cubículo de la Cineteca, contándole todo esto, y vuelvo a esa escena como si fuera parte de una película de

Roberto Gavaldón. Es un medium shot, voy abandonando mi casa; el papá de Laura, su mamá, sus hermanas, gritando como desahogados desde una ventana, exigen que el canalla, el poco hombre, el ruin, se largue del seno de aquella familia que nunca mereció; Laura, en la puerta, como una virgen mancillada, cubre su rostro con ambas manos, todavía le duele el mil veces repetido «ya no soy el de antes», con que yo, el bribón, traté de justificar inútilmente mi conducta.

A Laura no la volví a ver más que para las audiencias del divorcio. Hablé por teléfono con ella varias veces para ultimar los detalles del convenio y convencerla que era lo mejor que nos podía pasar. Todas las llamadas acabaron en forma siniestra: o me lanzaba amenazas («algún día algo, alguien, vengará este dolor que me provocas»), o colgaba dando un alarido estremecedor.

Un día, tiempo después, me encontré en una fiesta con una amiga común, que durante los últimos años de nuestro matrimonio, frecuentaba la casa para jugar canasta. Esta amiga es una mujer pizpireta, con la expresión ansiosa de quien se ha dedicado a conocer los secretos de la vida, para servir de confidente incondicional a quien lo solicite. Según la versión que Laura le dio (y que ella tuvo la gentileza de reproducir frente a mí), lo ocurrido fue lo siguiente: nadie sabe qué me pasó, pero un día me puse como loco; todo lo que me gustaba, me dejó de gustar; todo lo que no me gustaba, empezó a gustarme. En síntesis, me entró el telele. Dice que el papá de Laura dijo que yo no había tenido los tamaños para imponerme a su hija y que después le hice una trastada. Dice que la mamá, en cambio, afirmaba que saqué las uñas, me volví un déspota y que su hija no lo iba a permitir. Laura por su parte, en tardes interminables en las que no quería hablar mal de mí, con voz transida por la emoción, no me bajó de zoquete y le contó todo. «Todo es todo», me dijo nuestra amiga.

¿Le es posible imaginar a las dos amigas sentadas en el Duca D'Este?

Una taza de té de manzanilla se enfría frente a Laura; una charola de pastitas a medio consumir las acecha al centro de la mesa; una taza de chocolate, varias veces repetida, viaja en la mano de la amiga; el murmullo callado del ambiente le da sabor a la confesión. Laura llora. Nuestra amiga común la consuela. Se oyen frases como «me burló»; «no lo veas así»; «todos los hombres son iguales»; «no, no todos, no puedes perder la confianza en la humanidad por esto»; «no vale la pena. Fue un abusón»; «pus por eso mismo, te digo»; «me ofreció el sol, la luna y las estrellas. ¿Viste tú algo que se les pareciera? Ni yo tampoco». Concluyen que Laura vaya a ver a una psicóloga que es muy amiga de nuestra amiga común. Es la hora del crepúsculo, el cielo está cubierto de nubes, corre el viento y empieza a chispear. En la esquina, a través de la ventana, un par de hombres (traen sus gabardinas puestas y llevan, cada uno, un portafolio en la mano), las ven atentos. «Los hombres me dan asco», dice nuestra amiga que le dijo Laura.

A los tres meses, después de que firmamos el divorcio en segunda audiencia, nuestra amiga y Laura se fueron a Acapulco. Iban a reponerse. Una de las partes

oscuras de esta historia es que cómo dos personas tan diferentes (Laura me había dicho un día que no soportaba a esta mujer, por chismosa), se hicieron tan amigas, hasta íntimas diría ahora. Más oscura todavía es la conducta que adoptaron en esas vacaciones; en menos de dos horas consiguieron que las invitaran a cenar, a bailar, al yate Fiesta y hasta a dar un paseo por la Roqueta en lancha con fondo de cristal.

Éstas fueron, mutatis mutandi, las palabras con que nuestra amiga común me dio la noticia de la recuperación de Laura. Yo la escuché atento, pero no hice ningún comentario. Me estaba dando cuenta de la realidad: yo imaginaba a Laura calaqueándose, pero le habían bastado tan sólo tres meses para curarse del asco que los hombres le producían.

Aquí debió haber terminado, técnicamente, la historia de mi separación, pero no fue así. En esos mismos tres meses en que Laura, a punta de tazas de té y bucos en la Roqueta, se olvidaba de mí, yo me enredaba con mis culpas y conocía la otra cara del divorcio. Sabe a qué me refiero, ¿no?



SEGUNDA PARTE

*Una noche sin ver lo que exponía*

Mi madre tiene una concepción más bien particular de los ideales de sus hijos. Por un lado presume de ellos, pero por otro es capaz de censurarlos a más no poder. Les andaba contando, por ejemplo, a sus amigas, que me habían admitido en la Cineteca sin chistar, que yo era punto menos que un genio; pero apenas me veía, no me bajaba de incapaz y me gritaba que nada más a un loco se le podría ocurrir cambiar un empleo por un futuro incierto. «Vas a ver», me decía señalándome con el dedo, sacando fuego de sus entrañas, «el dinero no perdona y se va a vengar del desprecio que le has hecho». Sufriendo horrores, me quedaba en ascuas cuando a propósito de lo mismo decía que a su hijo el dinero le hacía los mandados. ¿Se imagina usted cómo estaba nomás de pensar en darle la noticia de mi divorcio? Me sentía algo así como Fredy Fernández, el *Pichi*, en trance de suplir al Huracán Ramírez en la pelea por el campeonato mundial de lucha libre, categoría de los pesados.

La tarde que comuniqué a mis padres la decisión de divorciarme, ha permanecido en mí, como uno de los momentos más amargos por los que he pasado. Fue un sábado de la cuaresma del 76. Llegué a su casa a la hora del café, con una charola de pastelitos y unos nervios de todos los diablos. Estuve un rato en la cocina antes de atreverme a entrar.

—¿Qué le pasa joven? —me dijo Amanda, la sirvienta, que estaba lavando unos trastes—. Está más pálido que qué.

No la pelé. En el comedor mis padres y mis hermanos discutían acaloradamente acerca de dos temas que iban alternando según les conviniera. El primero era que si mi hermano Nacho era tan buen ingeniero, por qué la casa que le construyó a Magali, mi hermana mayor, se había inundado al menos una vez a la semana si se sacaba el promedio de las veces que había tenido que desaguar la sala a cubetadas en los últimos tres meses; el otro tema se refería a la imposibilidad de hacer cero puntos en un juego de chinazo.

—No se puede —escuché que decía mamá—, francamente es imposible. Nunca he visto que nadie se quede en cero y miren que he jugado ¿eh?

—Pero tú te refieres —le decía mi papá— a que en la práctica no ha sucedido, pero yo digo que en teoría si es posible, difficult bot not imposibl.

—Nada, nada, la teoría no existe. Hechos, m'hijito, hechos es de lo que estoy hablando.

—No seas necia mamá —intervenía Aurora, mi otra hermana—, la posibilidad existe, acéptalo por favor.

—Nones.

Fue en ese momento en que, sin medir las consecuencias de mis impulsos, yo hice mi aparición intempestiva con la charola de los pastelitos en la mano, y todos se me quedaron viendo como si yo fuera a aventársela a mi mamá para ver si así entendía.

—¿Y ora tú? —dijo Magali sin disimular el susto que le había dado—. ¿Dónde dejaste a tu mujer?

Fue una pregunta a bocajarro, ¿verdad? Otro poco y hace que tire la charolita

sobre el tapete. La puse en la mesa, y sin dar las buenas tardes siquiera, me dispuse a hacer uso de toda mi habilidad. Dije:

—Será mejor que de hoy en adelante se refieran a Laura como mi exmujer. Nos hemos separado.

Nunca como esa vez había sido lo que se suele llamar el blanco de las miradas. Me senté como si nada. Advertí que Amanda me había seguido y que ya había recogido y dejado sobre la mesa dos veces los mismos platos sucios. Nacho, Aurora, mi papá y Magali —chasqueo, susurro y ronroneo— tenían cara de estar viendo el final de la telenovela Colgate. Simplemente agregué que mi exmujer y yo ya no nos queríamos y que por eso habíamos decidido divorciarnos.

Mi madre fue la primera en salir del estupor en que los había sumido y dijo que y qué.

—¿Y que qué? —le respondí desconcertado, acariciándome el gaznate.

—Que no la quieras.

—Pues simplemente porque para mí el amor es muy importante y la sola idea de compartir mi vida con una mujer a la que ya no amo, me da basca.

—No veo por qué —dijo mamá, sonriendo en un rincón de la boca.

—Será porque soy muy asqueroso, ya sabes.

—No seas baboso, me refiero a que no la quieras —petrificó, entonces, un gesto magro.

—Bueno mamá, ¿no ves que quiero ser feliz? Ya te dije, no puedo serlo con una mujer a la que ya no amo.

Ante la fortaleza de mi carácter, mamá inició el contrataque: primero entornó, desdeñosa, los párpados; volteó a ver a mis hermanos, y después, a mi papá que buscaba inútilmente unos cerillos para encender un cigarrillo. Aunque el labio inferior le temblaba, mamá pudo preguntarme en falsete que si había decidido divorciarme así nomás.

—No mamá, así nomás no, nos vamos a divorciar de común acuerdo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Es que los padres ya no contamos? —dramatizó sobre su silla, un responso de dolor—. ¡Acabas de echar un borrón sobre tu sangre! ¡Incomprensible! ¡Sin explicación!

Apenas tuve tiempo de intercambiar una mirada breve con mis hermanos, que significaba que todos estábamos de acuerdo en que lo que acababa de decir mi madre era una soberana tarugada, pero que ni modo. Opté por guardar silencio en señal de respeto por aquel lamento, en vez de echarle un vaso de agua que es en serio lo que se me estaba antojando. Hice el primer esfuerzo de esa tarde y dije pelando los ojos con alelamiento:

—No cuentan en qué, mamá.

En ese momento, por la ventana entró un rayo de sol color viejo, y se dibujó en la pared un recuadro de crepúsculo amalvado.

—¿No ves? —respondió mamá, mientras abría desmesuradamente los ojos y

hacía caso omiso del paisaje de luz que aquella tarde grababa en su comedor—, ¿o tú crees que puedes tomar una decisión de ese calibre sin consultarnos?

Respondí engolando la voz que sí, sin poder apartar la mirada del sol ficticio que se movía con ternura. Pensé, no sé por qué, en los albañiles que dejan su trabajo al hundirse la tarde y en la chicuelina de terciopelo que hay que dar en la vida. El remedo de sol se extinguió.

—A mí me engañaron —gritó mamá—, me dijeron que éstos eran *mis* hijos, y *ahora resulta que hacen lo que quieren*. (El subrayado es mío.)

Mamá tenía el rostro compungido y se le rodó una lágrima. Yo no dije nada más, me concreté a comerme una tartaleta de fresa. Y entonces ocurrió una de esas escenas que la vida nunca ha tratado de evitarme: haciendo acopio de toda su entereza, el rostro compungido se levantó de la silla, apoyó las manos en la mesa, con gesto encapotado, abarcándonos a todos con la mirada, dijo su última frase de la tarde:

—El divorcio es una cosa prohibida, y de una vez te lo advierto, Enrique, yo nada más voy a aceptar a Laura como tu única y legítima esposa, no voy a permitir que otra mujer ponga sus pies en esta casa.

Se fue en silencio.

El recuerdo de Laura, desde un rincón de mi memoria, hizo un agrio ruido de lamento y platos rotos. Con la firmeza que sólo puede tener un hombre que lucha por salvar su vida, yo apreté los músculos de la mandíbula y sentí que la tartaleta ya me empezaba a caer mal.

Al salir me fui a ver al Vikingo Seligson. Me sentía deshecho, parecía que la vida me tendía un cerco del cual me sería imposible salir. No era simplemente el divorcio, sino que ahora el rechazo de mi madre venía a darle a todo el asunto un estridente tono de tragedia griega. Era una de esas veces en que uno necesita de una voz amiga, y como era mi costumbre, intenté buscarla en la de uno de mis tres compañeros de toda la vida.

Me encontré al Vikingo como siempre, feliz de la vida y armando un avioncito de plástico, que es su pasatiempo favorito. Le dije que necesitaba su apoyo y que esperaba que él comprendiera mi situación. Le narré escuetamente lo que había sucedido en casa de mis padres, y él, mientras se mesaba la pelirroja barba, me preguntó, llana y cínicamente, que por qué no la había mandado a la chingada.

—¿A quién? —pregunté.

—A tu mamá, carajo —agregó con tono incomprensivo, atónito.

—¿Cómo?

—Así nada más. La ves fijamente a los ojos en el momento que ella cree que le vas a pedir perdón, y sin que se lo espere, le dices, «mamá, ve y chinga a tu madre». ¡Si es refácil!

—¿Cómo crees, pinche Vikingo?

—Claro que sí hombre, yo que tú me regresaba.

Ésas eran las cosas que me jodían de él. Estaba tan metido en vivir, era tan alegre

y desparpajado, que no aceptaba que alguien se azotara por algo; o que como yo, fuera un tipo por naturaleza conciliador. Es más, creo que las rupturas bruscas traen daños paulatinos y que hay que evitarlas. Ésa es mi filosofía.

Salí de la casa de Seligson decidido a no contar nada acerca del proceso de mi divorcio, ni a él, ni a mis padres, ni a ninguno de mis amigos. Iba a aguantar yo solo mi calvario.

Cumplí mi propósito por los siguientes seis meses. No les dije ni cuando lo firmé, y menos conté cuando mi madre antes de salir hacia Medio Oriente, me dijo que iba a rezar frente al muro de los lamentos para que yo recapacitara y volviera a la cordura. Yo, en mi ostracismo, no le había dicho que la reconciliación era imposible pues el divorcio prohibido ya se había consumado. Me arrepentí, pues me quedé yo solo con el peso del engaño mientras mi madre se las estaba dando de Florence Nightingale por todo Israel. Me pasé unos meses muy preocupado, exactamente los tres que duró el viaje de mis padres, y si bien es cierto que al principio no pensaba en nada porque las peleas con Laura estaban a la orden del día, también lo es que la relación con ella se fue diluyendo hasta casi extinguirse.

Fue en ese lapso, gracias a una comisión que recibí de la Cineteca, que entré en contacto pleno con las fuerzas que todo el drama del divorcio había desatado en mí. Sucedió en Hermosillo, a propósito del ridículo festival «El cine mexicano y sus estrellas», que no sé a quién le dio por organizar a todo lo largo y ancho del país. Fui en calidad de reportero (o reportante, sería mejor) para hacer un informe a la dirección de la Cineteca sobre los hipotéticos beneficios que aquellos espectáculos le traerían al Cine Nacional.

Llegué en el avión de la mañana. La ciudad estaba cuajada de sol y hacía un calor insoportable. Pensé que solamente a un sádico se le podía haber ocurrido fundar una ciudad en sitio tan caluroso. (Después me enteré que había sido un fraile y lo entendí todo, «es una ciudad para hacer penitencia».) Me hospedé en el hotel San Alberto que tiene la enorme ventaja, sobre otros de por ahí, de poseer uno de los primeros equipos de aire acondicionado que llegaron a México: hace un ruido ensordecedor y provoca una leve, levísima brisa.

A la media hora de estar en mi cuarto (la memorable habitación 215), sentía que la piel me iba a estallar (por el calor), y que los tímpanos me servirían, en adelante, como suela de zapato (por el ruideral). Bajé al lobby y le pregunté al encargado que qué se podía hacer a esas horas que no fuera proponer un suicido colectivo.

—Váyase a tomar unos tacos de caguama, bato —garabateó una dirección en una tarjeta y me la entregó—. Aquí va a saber lo que es bueno, ya verá.

Me envió a una lonchería ubicada a unas cinco cuadras del hotel. Era un galerón rústico, medio oculto y medio oscuro a causa de las cortinas bajadas. A esas horas, las doce treinta, estaba casi lleno. Me tuve que sentar en una mesa del rincón, al que casi no le llegaba el aire de los cuatro ventiladores que giraban lentamente en el techo. Pedí estofado de caguama y dos cervezas. La primera me la bebí de un trago, y la

segunda casi, pues cuando lo iba a hacer, después de la primera mordida al taco que me había preparado, empecé a tener alucinaciones: en la entrada, con el sol rielándole en la espalda, se apareció el cuerpo de Alma Curiel. Traía un vestido amarillo, ajustado en el talle hasta la altura de los senos; sin tirantes, sin mangas, sus hombros relumbraban por la luz del sol; la falda era amplia y le llegaba poco arriba de las rodillas, dejando ver el nacimiento apenas de sus muslos curvos, y la forma arqueada, perfecta, de toda la pantorrilla. No traía medias. Caminó lentamente hasta una mesa, se sentó y agitó la cabellera en un arabesco fatuo, de un lado a otro; el pelo le surcó la cara, la cubrió y la descubrió en segundos. Parecía que estuviera ensayando un anuncio de champú Vanart. A su lado se sentó un hombre alto, moreno, con un algo de pachuco; vestía un traje blanco y una camisa roja fosforescente. Me tomó media hora saber que se trataba de Mauricio Farcés.

El caminar de Almita, tomado con cámara lenta, moviendo sus caderas al compás, con un vaivén que invitaba a los piropos, mostrando su reducido gran cuerpo, su demora placentera en sí misma, en mi mirada, me provocaron y bebí, otra vez, de un solo sorbo, la segunda cerveza. Entonces estalló su risa zalamera, como un gran eco que se extendió hasta abarcar todo el merendero. Si antes ni siquiera me había visto, sentada de media espalda, ahora me miró de medio lado, al sesgo, al estilo de las vampiresas del cine silente; ella, Lupita Tovar, yo Ramón Novarro. Me hechizó, a mí tan fácil presa de los hechizos femeninos, sumido como estaba en el blue feeling post divorcio. No tuve más remedio que concentrarme en la señorita Curiel (aunque esto, obviamente, es una exageración, lo único que yo atendía era el movimiento de sus hombros blancos, llenos de unas minúsculas pecas; hombros al estilo Diego Rivera, si Diego Rivera en vez de muralista hubiera sido un pintor pornográfico). Recordé que ella y no otra, sería coronada esa noche Reina del Cine Nacional en el cine Hermosillo 70. Interrumpiendo mi reflexión, me miró de nuevo y luego, con aspaviento de pestañas, bajó los párpados; sonrió en secreto, provocante, pero sin dirigirse a nadie. Por supuesto que yo sentí que me lanzaba una franca invitación, no a sentarme a su lado, sino, tímido que soy, a dejar volar mi fantasía: empecé a imaginar a la futura Reina, Alma I, en las variadas posiciones sexuales que me sabía: armas al hombro, el sesenta y nueve, dándome el beso polaco o beso negro, la nueva postura cubana (o sea, los dos tirados hacia la izquierda); y todas resultaron de una lascivia y una obscenidad inimaginables (aunque lo estuviera imaginando y nada más). Sus labios rosa, deslumbrantes (divina rosa que encendió mi amor), ofreciéndome su risa lúbrica y sus hombros lujuriosos. Fragüé sus corvas en mis hombros, sus muslos pegados a mi pecho, sus nalgas apretándome el ombligo, y su sexo (sus otros labios, también rosa: la primorosa flor que perfumó mi ser) abriéndose a mis ojos libidinosos. ¿Por qué a mis ojos se preguntará usted? Porque yo seguía sentado en el merendero viendo sus movimientos, el ritmo, sordo para mí, de sus labios nítidos, confundiendo el arrumaco de sus manos en el aire con el palpar de sus dedos en mi miembro, para iniciar una cópula de fantasía. Me llegó un cierto olor

a incienso mezclado con aroma de garnachas. En algún lugar de aquella lonchería, pensé, debía haber un santuario del sexo; un altarcillo con un bidé succulento, grabado con margaritas deshojadas. Estaría escondido por ahí, tal vez atrás de la cocina (lo iba sintiendo en el vientre, con el culo que se me acercaba rítmicamente, que acariciaba, golpeaba mi miembro erecto), un altar para la reina, lleno de pantaletas celestes, de sostenes rojos tendidos al sol, de ligueros negros regados por el suelo. Un lugar rasgado por uñas clavadas y pintajos de carmín entre los muslos. Fue en algún momento de mi inventado orgasmo, que me di cuenta que mi dama platicaba y se derretía en miradas por Mauricio Farcés. Mi imaginación, que se regía según sus caprichos, grabó una boca enorme como casi único atributo y me llevó de aquel lecho succulento (en que yo ya acariciaba los muslos de Almita, sentía sus pantorrillas enredadas en mi nuca y sus manos abrazadas a mi pene, metiéndolo y sacándolo en su vulva), al baile de graduación de mi exmujer. Mi ficción, la salaz fantasía de un trastornado coito, se diluyó. Lo sentí como una patada en los güevos que me doblaba, para dejarme con él, con el rostro de Farcés muchos años atrás, apadrinando la generación de Laura y sirviendo de maestro de ceremonias en el baile de gala. Laura y yo abrazados (en el baile, en mi recuerdo atizado por el rostro intruso), manita sudada, mejilla con mejilla, vientres en escuadra que no se atrevían a juntarse. Al fondo, la orquesta del millonario Pablo Beltrán Ruiz, nos arrullaba con *Extraños en la noche*.

—Nuestra canción —me dijo Laura entonces y yo la evoqué, nuevamente, en la lonchería. Su mirada pegada a mi rostro con acné; sus ojos apenas pintados; mi barba mal rasurada; el fin de nuestra adolescencia haciéndonos mosca; la colonia del Valle, la clase media royéndonos los intestinos; los dos aletargados en un amor al estilo «Enrique Guzmán se apapacha con Angélica María».

—Guapas amigas —dijo Farcés entonces, en el baile, no entonces en la lonchería, aunque también lo recordé entonces—, quisiera ahora agradecer el alto honor que me han conferido, bailando con todas ustedes unos cuantos compases de esta melodía. Chambelanes, novios galantes, no se me ofendan, chingüengüenchones, que será sólo un momento.

Se bajó del estrado de la orquesta y empezó con su empaque de fantoche, a bailar con Epifanía (una morena turgente que alguna vez había amenazado con recluirse en un convento para olvidar las tentaciones de la carne, que en su caso se debían contabilizar a granel); después siguió con Ángeles, con Minerva Alicia, y así sucesivamente con las diez y nueve graduadas. Todavía no le tocaba su turno, cuando Laura dejó de bailar conmigo; estuvimos esperando al señor Farcés, novios ansiosos, mientras éste danzaba con Emilia y Maricarmen; Laura pensando en no sé qué, moviéndose como tembeleque; yo, guiado por mi natural inclinación a la salacidad, suponiendo lo que Farcés murmuraba a las graduadas: «Mi misión es hacer que ustedes se vengan como locas.» (¿Habría tenido alguna de ellas un orgasmo mientras bailaba con él?) Una vez que tomó a Laura por el talle (sin haberse molestado

siquiera en limpiarle el hilillo de baba que se le escurría al centro de los labios), me fui, como el resto de los chambelanes en su oportunidad, a esperar junto a la mesa de nuestros acompañantes. Mi futuro suegro se me quedó viendo muy serio, como si no entendiera cómo permitía yo aquella escena (esa mirada, dicho sea de paso, fue la forma usual de nuestra comunicación).

Por mi parte, estaba ofendido, aunque bien a bien no sabía por qué; una de tres: o era por la recriminatoria mirada del papá de Laura; o por el embobamiento de ella, junto con su orgasmo potencial; o porque me habían llamado, alevosamente, chingüengüenchón.

Cuando volví a los brazos de Laura, temblaba (ella, yo no; al contrario, mi actitud era la de un témpano); me veía (ella, yo no) a los ojos, pero en realidad sin mirarme, como atravesándome con el extravío de sus pupilas. Solamente me dijo (importándole un comino que los acordes de nuestra canción continuaran arrullándonos), que qué hombre, que si me había fijado en su boca tan sensual.

Concebí unos celos furiosos contra Farcés, celos que solamente fueron desplazados por la envidia que sentí por ese mismo hombre (y su boca), aquella mañana en la lonchería de Hermosillo. Esa boca trompuda, ancha, labiuda, recalcada por el fino bigote, fue la misma que provocó que los muslazos de la señorita Curiel se derritieran a los lados de los cachetes de mi imaginación procaz.

En este punto preciso arribo al momento crucial de este capítulo. No sé cómo explicarlo, pero todavía no se diluía la posición «armas al hombro» en mi cabeza cuando a mi lado escuché un «inténtalo, yo te ayudo», que me dejó helado. Le juro por lo que más quiera que la voz no provenía de la zona de mi imaginación en la que me estaba echando a Alma, sino de la silla de junto. Me volví, como se dice, *ipso facto* y me encontré cara a cara con el Barítono de Argel, con el mismito Emilio Tuero, bebiendo de mi cerveza.

Yo estaba totalmente borracho, pero recuerdo muy bien, sin temor a equivocarme, que tuve un diálogo memorable con Tuero.

—Y ora usted —le dije.

—Háblame de tú —me contestó.

—Y ora tú —le volví a decir.

—Quieres seducir a la señorita Curiel, ¿no es así? Quieres ser el dueño de sus favores y para eso necesitas audacia, galantería, arrebató —mientras me hablaba cerraba los ojos y agitaba las manos con vehemencia, sin exagerar, como si quisiera que sus ademanes fueran al mismo tiempo elegantes y cachondos—, hazme caso, levántate con lentitud, camina con parsimonia y cuando estés a su lado, susúrrale algo bonito al oído.

—¿Cómo crees, pinche Tuero? Viene acompañada, ¿no estás viendo?

Emilio miró su reloj y le dio cuerda, se pasó la mano por la cara como para borrarse una sonrisa y me lanzó una mirada rencorosa con un solo ojo.

—No me digas pinche Tuero, te lo suplico.



—Perdóname Emilio, no fue adrede, me dejé llevar por la emoción.

No había duda, estaba lidiando con un aparecido, la memoria de una forma de ser, el fantasma de una conciencia. Era él, con su cara triangular, su bigotito fino, su traje beige, el cuerpo delgado, delgadísimo, y su voz sacada siempre de una gruta milagrosa. Pensé en la persecución que de él mismo había hecho, que mi ingreso a la Cineteca era una forma, un intento de adueñarme de su estilo de vida.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sintiendo el pulso acelerado, y el miedo haciéndome arañita en el estómago—. ¿Por qué te me apareces?

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—Naranjas agrias.

—Vengo a ayudarte.

—¿A qué?

—¿Cómo que a qué?

Se calló un momento, fue tan sólo un segundo, pero bastó para que yo tuviera mil pensamientos: ¿para volverse mi conciencia?, ¿para servirme como muestra de la sensibilidad que yo buscaba?, ¿para amedrentarme?, ¿para mostrarme mi incurable locura?

—Vine para enseñarte a caerle a la rorra ésa. ¿No ves que en eso yo me las sé de todas todas?

Me acordé de la escena de *En tiempos de don Porfirio*, en que Tuero, con la misma cara con que me estaba mirando a mí, le dice a Joaquín Pardavé: «Conozco algo de los métodos más modernos para hacer el amor y los pongo a su disposición». Me bebí de un trago la media cerveza que nos quedaba, pensando que la presencia de Tuero ahí, en esa lonchería del fin del mundo, era la invitación a dar una carambola de fantasía, una chicuelina de terciopelo, arriesgarlo todo en una partida de billar. «Debo hacerle caso», pensé, como Pardavé. «Antes de que sea demasiado tarde quiero vivir las emociones fuertes de la vida, tener una aventura con una artista de cine, ¿por qué no?, ¿qué me lo impide ahora?»

—A lo macho que me vas a echar una mano —le dije casi gritando de entusiasmo.

—Te lo juro —puso la otra cara, esa tan su cara de *Quinto patio*, cuando le enternece que su novia prometa esperarlo hasta que purgue la condena que el juez le ha impuesto.

Miré hacia donde mi futura presa, Alma Curiel, despachaba sus respectivos tacos de caguama, y para mi dolor, no encontré a nadie. Farcés, se había llevado los hombros de mi adorada (y el resto de su cuerpo también). Su lugar, su mesa, su altar, nuestro lecho, estaba vacío. Me volví de nuevo hacia el lugar de Emilio con ganas de reclamarle, pero, ¡vaya sorpresa!, tampoco estaba.

¿Habrá sido todo una ilusión, una alusión, una alucinación? ¿Había estado ahí Alma Curiel? ¿Me la había cogido? ¿Estaría fornicando (palabra que seguramente hubiera empleado Tuero), con Mauricio Farcés? ¿Me había acompañado él, el

Barítono de Argel? ¿Usted qué piensa? Soñando no estaba, pues tocaba y creía en mí tal cual, como era y como he sido. ¿Habría sido un loco, otro loco, parecidísimo a Tuero, creyéndose que era él, el que se había bebido parte de mi cheve? Pensando en esta infinita cadena de preguntas me acabé, taco a taco, mi estofado; me bebí otras cinco cervezas diciéndome que el cine era un frenesí, una ilusión, una sombra, una ficción; ¿o es eso la vida?

Llegué al hotel San Alberto a las cuatro de la tarde, para dormir una siesta antes de arreglarme para ir al cine Hermosillo 70. En el elevador me topé con un gringo, lo dejé de a cuatro cuando le dije que todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entienda.

Esa noche, mientras Almita era coronada por Farcés, me di cuenta que durante la siesta había soñado que Laura se casaba con el tal Mauricio, y que yo, siguiendo los consejos de Emilio Tuero, traía cacheteando las banquetas a la señorita Curiel; interpreté el sueño (mientras Almita decía unas sentidas palabras y sus hombros de pavo real eran opacados por unos senos altos, firmes, que luchaban a muerte por salirse de las pinzas de su pronunciado escote) como una orden de mi conciencia: si me quería liberar totalmente de Laura, tendría que hacerle caso a Tuero, guiarme por mi espíritu aventurero y jugármelo todo a una partida de billar. Farcés tenía tomada de la cintura a la reina y Rogerio Guerra (que no es en absoluto familiar mío) hacía una introducción ramplona a la película que íbamos a ver: *Las Poquianchis*. Yo, hilvanando mi voz con el sentido de mi sueño, me dije inspirado: «Esto también es un sueño, y puesto que lo es, a soñar en puras dichas, que después pueden ser pesares.» La imprudencia, contenida cabalmente en la anterior frase, me orilló a cometer esa misma noche uno de los actos más vergonzosos de mi vida.

Resulta que cuando salí del cine me fui a cenar solo a un restorán llamado Los Colorines; ahí acepté que por más entusiasmo, por más ingenio que pusiera en conquistarla, Alma Curiel estaba fuera de mis alcances (había abandonado el cine, la vi, acompañada no sólo por el maricón de Farcés, sino por el también dudoso galán, Hernando Allende. Los puros mamones la rodeaban, ni modo. Atrasito la seguía July Culong con ganas de meterle el pie, la muy envidiosa), pero que las gemas de hembra, aun mi claridad con respecto a Almita, no se me quitaban. De ir a buscar una prostituta ni hablar, después de presenciar las madrizas que tales mujeres se llevan en la película que acababa de ver, ponía en tela de juicio el que con ellas pudiera alcanzar un placer embriagador, bueno, ni siquiera un placer de a «poquianchis». Esas reflexiones me llevaron (a lo largo del asado de tira y otras cinco cervezas Superior) a darme cuenta de que durante los últimos meses o peleaba con Laura; o me preguntaba cómo había sido capaz de casarme con una mujer tan gritona; o desconfiaba de mis amigos; o me liaba en discusiones bizantinas con mi madre, pero que de sexo, nada. Era lo que se llama un divorciado continente; lo que se dice, un hombre nada de nada. Mi última aventura erótica la había vivido, infructuosamente, con la bendita venezolana, y desde entonces estaba como pasmado, privado de un

sentimiento de impotencia paralizante; no más vellos al borde de la tanga de nadie, no más embaimientos por una nalga portentosa; no más triunfo de la carne, apoteosis de la sensualidad, curvas desquiciantes o culos de ensoñación. ¿Cómo no me iban a asaltar las imágenes de la lonchería? ¿Cómo no iba a entregarme, febril, a imaginar tales excesos, si se me aparecía un prodigio curvilíneo como el de Alma Curiel? Todo estaba clarísimo. Para decírselo cruda y llanamente, lo que necesitaba era coger, coger, y seguir cogiendo. Al pan pan, y al vino vino. Pensé, por otro lado, que si mi sueño decía la verdad, Emilio Tuero vendría con un consejo salvador, y que un azar fortuito traería una mujer (una hembra salvaje me hubiera gustado más) a mi lecho, esa noche o la siguiente. «Toda la dicha humana», pensé, «pasa como un sueño y ya que estoy de buenas, quiero aprovecharla hasta que me dure».

Volví, guiado por el mismo instinto que me hizo perseguir a Tuero hasta la Cineteca, al hotel San Alberto. Pedí que me subieran unas cheves bien helodias y me dispuse a esperar al mensajero del destino que traería a la sílfide, qué digo la sílfide, el hada, a Afrodita misma.

No sé cuánto tiempo pasó (sé solamente que fue el necesario para empinarme cuatro cervezas más, y para planear la historia que contaría a mis amigos de cómo le había hecho para salir del hoyazo, para abandonar la depresión en que últimamente me habían visto), cuando de pronto se fue la luz y el cuarto quedó sumido en la oscuridad. Hasta mí llegaron los acordes de un radio (debía ser radio pues María Luisa Landín cantaba *Amor perdido*, y dudaba que en los alrededores estuviera la puertorriqueña). Si antes no lo había escuchado, fue porque el estruendo del aire acondicionado me lo prohibía, pero ahora, a oscuras, el silencio me dejaba deleitarme: «Junto contigo le doy un aplauso al placer y al amor. ¡Que viva el placer, que viva el amor! Ahora soy libre, quiero a quien me quiera. ¡Que viva el amor!». Me di cuenta, también, que el radio estaba en el cuarto de al lado y que ¡oh maravilla! aquél se comunicaba con el mío a través de una indiscreta puerta. «¡Que viva el placer, que viva el amor!» Una ráfaga iluminó súbitamente mi cerebro y me lancé sobre el teléfono. So pretexto de inquirir por unas velas (el encargado me dijo que buscara unas veladoras que había en el clóset, que frecuentemente al hotel se le iba la luz en las madrugadas), pregunté que quién ocupaba la habitación contigua a la mía.

—Déjeme ver —me contestó con su voz somnolienta. Después de unos segundos largos como minutos, la misma voz agregó—: Elvira Acevedo.

—¿Está sola? —pregunté con toda discreción.

—¡Ah! eso sí quién sabe, no hay nadie más registrado, pero de ahí a que esté sola, yo no lo podría asegurar.

—Comuníqueme con ella —le ordené a la escéptica voz, diciéndome que si la razón era turbia, la intuición era clara. Me repetí el corolario que había obtenido del sueño de mi siesta: «Soñemos dichas ahora, que después serán pesares». ¡Oh, verdad ingrata!

Un titipuchal de segundos transcurrieron antes que una voz femenina, que sonó

como una cascada de arpegios, contestara a mi llamado.

—Aló —me dijo provocándome una inesperada parálisis verbal—. Aló —repitió, sin que yo supiera cómo responder a esa manera curiosa, gálica. ¿Quién era aquella mujer que se insinuaba desde ese primer momento tan francesa? Estaba sumido en el azoro (y hay que agregar que Emilio Tuero todavía no aparecía por ningún lado)—. Aló, aló, aló.

—Hola —le dije con voz más bien grave para cortar su desesperación—, tú no me conoces... soy tu vecino.

—¿Qué tal? Pensé que era uno de éstos que dicen obscenidades por teléfono.

Cómo fue que tan rápido supo que yo no era uno de éstos que hablan para decir obscenidades por teléfono, es uno de los acertijos más grandes a los que me he enfrentado. Sin embargo lo supo, y en mí ese hecho produjo una mezcla de devaloración y valentía, que me impulsó a continuar con la conquista.

—Mira —le dije—, al escuchar tu radio se me ocurrió que si tú estabas despierta, que si yo estaba despierto... que si tú tienes la música, que si yo tengo unas cervezas frías... bien podríamos compartir nuestros tesoros...

A pesar de que había actuado de maravilla (como le hubiera gustado a Tuero: audaz, galante, arrebatado), mi interlocutora me contestó que no entendía.

—Te invito un trago en mi cuarto —agregué seguro, jugándome el todo por el todo—, tú te traes el radio y vas a ver qué bien la vamos a pasar...

—¡Ay! ¿Cómo tú crees? Si está todo reoscuro y ni siquiera te conozco.

—No importa, aquí tengo unas veladoras y en un ratito nos conocemos, soy bien campechanote ya vas a ver.

—Además, estoy toda entubada.

Me imaginé el cabello de Vanart de Almita Curiel, contenido, detenido con pasadores a esos anillos espantosos llamados tubos. No me importó.

—No le hace —le dije intrépidamente—, vente así.

—¿Eres de fiar?

—Simón.

Pausa, suspense, incertidumbre.

—Pérame tantito, bato. Me quito los tubos y voy.

—Usa la puerta que nos comunica —le dije susurrante antes de colgar.

Fui hasta el clóset, tentaleé y encontré las veladoras. Las encendí sobre una mesa. Me puse rápidamente mi pijama de rayas grises, que tiene la peculiaridad de que en vez de pantalones, lo provee a uno de unos calzoncillos cortos que llegan a medio muslo. Me fui a sentar a un lado de la mesita, en el sillón que estaba exactamente enfrente de la indiscreta puerta.

La noche estaba muy oscura. Tenía la ventana abierta y por ella me llegaba el resplandor de un anuncio de cerveza Superior. No se veían las estrellas, no había luna, nada más el rostro sonriente de la rubia de categoría, y fugaz intermitente, la luz roja de una frase: «La rubia que todos quieren es cerveza Superior». La habitación,

entre los ires y venires de la luz exterior, quedaba abandonada al humor pajizo de las menguadas veladoras. Del otro lado, en el cuarto contiguo, solamente se escuchaba el radio (ahora un locutor decía con voz trémula: «Su programa favorito, Serenaataaa. Su estación, la B grande de México»), Me quedé mirando la puerta esperando expectante que se abriera. A un lado, en la penumbra, pude distinguir que el Barítono de Argel había llegado; en la comisura de los labios se acurrucaba un punto de cigarro rojo; cuando absorbía el humo, la cara se le iluminaba tenuemente y me enseñaba un gesto entre mofa y agonía; parecía recién salido de *La dama del alba*; me recordó las calaveras de dulce; seguía vestido de beige y no se había quitado el sombrero; seguramente meditaba en mi intrépida conducta. De repente, la música, el radio, su volumen, se intensificó; se escuchó claramente el clic del picaporte y la puerta se abrió dejando entrar una leve corriente de aire que hizo titilar las llamas y le dio a la aparición de Elvira Acevedo un carácter macabro. Al instante la vi, ahí estaba, por fin, vestida con un conjunto (camisón y bata) de nylon azul celeste, con el pelo rizado, luciendo su figura más bien baja, a la que sus ochenta kilos (calculados a ojo de buen cubero) no le iban nada bien; tenía un radio monumental, agarrado con la mano derecha y para mi desconcierto, Emilio Tuero empezaba a cantar un tango de Luis Alcaraz: «En la casa de juego de la vida, en la loca ruleta del amor, una noche sin ver lo que exponía, contra el tuyo jugué mi corazón.» Elvira cerró la puerta y caminó hacia el sillón.

—Es de onda corta —fue lo que me dijo, levantando el radiote a la altura de sus enormes senos.

No supe qué contestar; mi sílfide, mi Afrodita, se había convertido en una matrona yaqui. Elvira Acevedo era todo menos bella. Su nariz, era un gancho alevoso que se ensanchaba en las fosas nasales. Tenía los ojos rasgados y pequeños. Por su cabello, el champú Vanart, los enjuagues de Wella, todos los menjurjes que podían haberlo tomado sedoso, nunca habían pasado. Destacaban en su figura, sus senos, sus tetotas; mi matrona era chichona, chihoncísima y entre la vaporosa bata, se le notaban varios anillos de grasa, venciendo lo que yo había supuesto una cinturita como la de Mapita Cortés.

Tuero, desde su rincón, soltó una carcajada sonora, que hizo que me levantara como impulsado por un resorte, pensando que ella, Elvira Acevedo, se sentiría ofendida. Pero no, siguió ahí parada, sonriéndome ahora. Su sonrisa, curiosamente, era de una belleza magistral. Reparé en que tenía una boca frondosa: su labio superior era delgado, el inferior, grueso, discretamente carnudo, y en medio, los dientes se alineaban perfectamente. «A lo mejor», pensé, «su papá es dentista y sólo le cuidó la boca». Cautivado (¿si no por qué otra cosa?) por ese oasis que era su sonrisa en medio de tanta imperfección (carne descuidada, patas de gallo y restos de una crema amarillenta), cometí el primero de mis actos exóticos: adoptando una pose de galante melancolía, le tomé la mano libre y se la besé como dando lección de donjuanismo. Ella no pudo contener un suspiro, ni Tuero otra carcajada.

—Siéntate aquí, a mi lado —la invité sin soltarle la mano.

Tuero (en el radio, que no en su rincón), culminaba, ahuecando la voz, su tango: «No me quejo, son cosas de la vida, si en la loca ruleta del amor, el corazón jugué en una partida y un golpe del azar se lo llevo.»

¿Para qué voy a entrar en detalles de lo que sucedió esa noche si se lo debe estar imaginando? Primero averiguamos si estudiábamos o trabajábamos; nuestro lugar de origen; nuestros nombres; le tupimos, claro está, a las cervezas que yo había puesto en hilera sobre la mesita, custodiando a las veladoras. Elvira, que al principio se mostró un poco cohibida, empezó a tomar confianza y cuando se estaba acabando su tercera cerveza (en el lapso de veinte minutos solamente), me contó una historia truculenta; era huérfana de madre; su papá, un hombre maravilloso, respondía al nombre de Eulogio Acevedo (ella lo nombraba con una seguridad jactanciosa, como si todos supiéramos quién era Eulogio Acevedo. Yo por supuesto, no tenía ni idea, pero no dije nada para no herir la susceptibilidad de mi invitada) él era dueño de una tlapalería en Navojoa; ella, hija única, fue educada en la virtud por aquel noble trabajador; un día maléfico, un costal de cemento cayó sobre la espalda del desdichado padre, imposibilitándolo para continuar con la faena, quedando desde entonces atado a una silla de ruedas; eso obligó a Elvira a atender la tlapalería; ella que había sido formada para ser una damisela (así me dijo), no dio pie con bola y pronto las deudas, los acreedores, se la comieron (por un momento creí que había dicho «cogieron»; dudé, primero porque era muy remoto que alguno de los acreedores quisiera cobrarse con sus carnes magras; y segundo, porque las deudas, por sí mismas, que yo sepa, nunca se han cogido a nadie. Para salir del posible mal entendido le dije «te devoraron», y me contestó, «sí, me devoraron». «¡Ah!»).

Hasta aquí había ya suficientes elementos de melodrama como para componer una verdadera tragedia familiar, sin embargo, no era todo. Cuando Elvira entregó la tlapalería a la canallada, le asaltó un profundo, enorme, abismal, sentimiento de culpa: por su culpa había muerto su madre, por su culpa su padre estaba inválido, por su culpa se había perdido el patrimonio familiar. Azotada por remordimientos brutales, se prometió hacerse cargo del lisiado, se iba a ofrendar (así me dijo) a él y no lo defraudaría; entró, ella una damisela, a trabajar como contable en una fábrica. De esto hacía doce años (Elvira estaría rozando, por abajo, los cuarenta); tuvo en estos años que enfrentarse a muchas tentaciones: hombres que le ofrecían riqueza; aventureros que le suplicaron que se fugara con ellos; amigas ligeras; pensamientos mal habidos; pero la memoria de su padre (todavía no estaba muerto y sin embargo ella lo hacía todo en su memoria), la ayudó siempre a salir airoso; desgraciadamente el viejo, ora sí, falleció de lo que para ella era una inexplicable cirrosis hepática, y Elvira, nuevamente, fue presa de los sentimientos de culpa, sentimientos aún más espantosos que la vez anterior: se decía que era una mala hija, que no había podido apartar a su noble padre del vicio (el lisiado se chupaba dos y hasta tres botellas diarias de ron Rico, ron de altura); ella, no le cabía la menor duda, era una mala

mujer.

—Hasta a un médico de esos de locos tuve que ir a ver —me dijo—, me encontraba deshecha. Si me hubieras conocido entonces, tú no hubieras dado crédito.

Elvira me narró todo el episodio fúnebre, cuidándose de mostrar su perfil, pero hasta en ese ángulo era posible notar su frente estrecha, los arcos superciliares botados, la nariz con punta de bola y su boca perfecta.

—¿Hace cuánto murió tu papá? —le pregunté.

Ahora, entonces, esa noche, habían transcurrido ya ocho meses y su doctor le había recomendado distracción. Ella, decidida a olvidar los infortunios del pasado, se había venido en «bus» hasta Hermosillo, y al otro día tomaría un avión a la ciudad de México, para unirse a un «tur» a Europa.

Esta última parte, verdadero desenlace de su historia, me la contó llorando a torrentes, mientras yo le acariciaba una mano, enternecido. En ese momento, ante mi asombro más absoluto, pude ver sus piernas: eran gruesas, firmes, pero varicosas y de color amarillento. A pesar de esta visión sobrecogedora (las várices, no el llanto), me acerqué para darle un beso en la mejilla; volteó la cara, poseída, y me entregó su boca, dándome un beso de chupetón, lengüetazo y mordidita. Yo quedé enfebrecido.

—Es lo más a lo que puedes aspirar —me dijo desprevenidamente al terminar. Con voz grave, modulada, marcando todas las sílabas—, no insistas, que yo sólo seré del caballero que sepa apreciar mi pureza.

Se levantó, se alejó unos pasos con ritmo de mambo, y me dio la espalda viendo hacia donde, cruel testigo, seguía observándome Emilio Tuero. La luz roja del anuncio iluminaba alternativamente el culo monumental de Elvira Acevedo.

Me quedé completamente pasmado, no sólo por su declaración, hecha con una afectación falsa, sino por la misma enunciación, clara, precisa. Ella, que hasta hacía muy poco usaba todas las muletillas del hablar norteño, ahora se expresaba como siguiendo un dictado. Casi le iba a decir «¿cómo?», cuando ella volvió a hablar.

—Tienes que jurarme que me respetarás o solamente conseguirás que abandone este recinto.

Sin quererlo me fui a mi infancia. De chico había sido testigo de muchos paroxismos públicos, donde ese lenguaje afectado, radionoveler, hizo su aparición; como cuando mi hermana Magali, en un cumpleaños de mi abuela, le dijo a mi madrina Marichu que no fuera cuento, que ella no había querido a nadie en la vida; Marichu fue por mi papá, que estaba seguramente en otro cuarto, para exigirle una disculpa; «Dile a tu hija que se hinque y me ofrezca una reparación. Estoy transida de dolor. ¡Me insultó, Felipe, me insultó!» Todos los que la escuchamos nos quedamos de a seis. «Que se hinque o me sentiré mancillada... ¿Cómo es la palabra pa'decir loco?... ¡Ah, sí! ¡Es vesánica, Felipe!». No vaya usted a creer que esta forma de hablar avergonzó, amedrentó o divirtió a mi papá (tampoco a Marichu), pues él, con un gesto soberbio, le respondió en los mismos términos: «Lo siento Maruchita, Magali es mayor y dueña de su libre albedrío, que se hinque si le place. Y no te

preocupes, en nuestro mundo, afortunadamente, todos saben lo que son nervios.» Para mí, que tenía ocho años, aquella lucha verbal era una de las formas en que asaltaban mi vida los personajes del cine o del radio (Carlos Lacroix; Dalia Iñiguez, los niños catedráticos; El Dr. I. Q.; Fernando Soto «Mantequilla», Nelly Montiel). Entre ellos (los personajes y mis familiares) se batían a duelo, sin que se supiera a ciencia cierta cuáles eran más reales, si los de la vida o los del radio o los del cine. Pero esa noche, en Hermosillo, lo que menos esperaba era que aquellos fantasmas regresaran e irrumpieran tan inesperadamente en el discurso de Elvira.

Entonces caminó dos pasos más hacia adelante (dándome todavía la espalda y la cara a Tuero), conteniéndose, de una manera que la hacía aparecer como una versión rolliza de María Félix. (Elvira, cosa rara, imitaba a la Félix, cuando le hubiera sido más fácil Lucha Villa o Chabela Vargas; pero no, María era su modelo de modales.)

—¡Ah! Tal como me lo sospechaba. No puedes pronunciar palabra. Eres un falso y un vil. Sí, un vil —dijo, zumbona, haciendo el ademán displicente de espantarse el humo de las veladoras.

¿Cómo demonios me había descubierto? Ella tan simple, tan vulgar, con sus frases aprendidas en el abrevadero del radio. Recordé las palabras que Laura usó cuando me echó de la casa; las de Alejandra cuando les pidió a mis amigos que no fueran a mi boda. Aunque tenía que reconocer que ninguna de las dos había empleado aquel epítome: vil. Ya había sido canalla, degenerado, pero vil no; ése era un tanto en el haber de Elvira Acevedo.

Nadie hablaba. Ni Tuero ni Elvira ni yo. Solamente se escuchaba la voz del locutor de la B grande de México: «Aquí tenemos una carta, queridos amigos. Proviene de las Choapas, Veracruz, ese maravilloso lugar nacido de la fiebre petrolera, lugar de genuina gente trabajadora. Veamos qué dice... Ah sí... su programa Serenataaaa...» En esos momentos pareció como si la misiva nos distrajera y pasamos de ser, yo un vil, y Elvira un adefesio, a meros radioescuchas. «Nos la envía Rosa Aurora Corrales. ¡Qué bonito nombre! Rosa Aurora, combinación de nacimientos, de la flor más bella, del astro rey... Está dirigida a Roberto, así nada más, y dice: “Roberto, sé que te has ido. No te culpo. Te llevas lo mejor de mí pero no importa. Quiero que sepas, que sepa todo el mundo, que no tengo coraje. Siempre tuya, Rosa Aurora.”» ¡Sabor! El locutor hizo una pausa y suspiró. Suspiró Elvira, suspiré yo, y Emilio Tuero salió de su escondite para mirarme bien a los ojos. También suspiró.

—¿Qué esperas? —me dijo.

No supe, tampoco a él, qué contestarle. Elvira, abriendo el compás de las zancas, se había vuelto hacia mí y me miraba con cierta seriedad. Tuero a su vez acentuó el gesto duro de sus ojos. «Ésta es una mujer de valor», continuó el locutor, «toda una mujer. Rosa Aurora, sepa que nosotros somos de los que valoramos sus actitudes... y la vamos a complacer, ¡claro que la vamos a complacer! Esta gentil damita nos pide que pongamos en la tornamesa *Tenía que ser así*, el bolero de Bobby Collazo, en la



voz del hombre de la eterna cachucha, Rolando La'serie. Esta pieza, mi querida Rosa Aurora, es un homenaje de su programa Serenaataaa... un homenaje a las mujeres como usted. ¡Arriba corazones!» Rolando La'serie, el guapo de la canción, se arrancó con su bolero, contradiciendo con su aire guapachoso, la solemnidad de la letra: «Tenía que ser así, mi alma lo presintió, que cuando más te adoraba, te vas de mí. Te vas, yo no sé por qué, la vida, la vida lo quiso así; sabiendo cuánto te quiero, te quieres ir.»

Por mi mente pasó la idea de levantarme y con el mismo tono radionovelerero que ella había usado, decirle: «Elvira, yo no soy como Roberto. Si me das una oportunidad, te demuestro que soy un hombre a carta cabal.» Inmediatamente después, pensé que se acercaba el momento de ver saciados mis más bajos instintos, no importaba que el vehículo satisfactor fuera la chungona y jamona, matrona yaqui. «Tengo que hacer algo que la conmueva», me dije, y en vez de continuar con la actitud caballerosa con que la había recibido, decidí utilizar un estilo un poco más agresivo, pero no menos exótico: me levanté, fui hasta Elvira (se le habían enrojecido los ojos por las lágrimas, pero ya no lloraba), tomé su mano derecha, la besé y chupeteé su palma. Se contorsionó, dando unos pasitos dignos de un berrinche, y me dijo «ay, ay, ay», así, tres veces seguidas. Al verme Tuero se cubrió los ojos y movió lentamente la cabeza.

—Despáchala ya de una vez, hombre —fue lo único que me dijo mientras regresaba a su rincón. (La verdad que su lenguaje, y el tono de su voz, eran más bien sospechosos en un hombre tan fino, al menos tan fino como lo había visto en sus películas.)

Entendí despachar en el sentido de escabechármela, fornicar con ella; no en el de echarla, correrla de mi habitación. Por eso cuando la vi (con la bata abierta, que dejaba libre a mi mirada su camión casi transparente), sentí la turgencia de mi bajo vientre, y una pasión incontrolable que me obligó a literalmente aventármele encima. Ella había vuelto al sillón, y estaba ahí, medio tendida (una pierna a lo largo del sofá), medio erguida (la cabeza sostenida por el brazo que descansaba en el mismo sillón), expectante, misteriosa, retumbante en curvas. Me lancé y caí cuan largo soy, sobre su mullido cuerpo. El sofá hizo un crac insignificante. Inmediatamente, ella empezó a soltar una interminable secuencia de nóes, pero no le hice caso. Con mucha lucha, forcejeos, negativas hipócritas, logré quitarle la bata. En el fragor de la batalla, se le salió un seno. Era el más grande que había visto en mi vida (tal vez, a la fecha lo siga siendo); su pezón, duro, negro, estaba henchido y formaba una depresión a su alrededor; la aureola, que empezaba negra y acababa pardusca, cubría tres cuartas partes de su chichi. Caímos al suelo. Elvira continuaba con sus nóes, pero movía el vientre de arriba a abajo, con un frenetismo que contradecía la vehemencia de su negativa. Besé sus labios carnosos para enmudecerla (su boca, lo confirmo, era un oasis), de entre ellos salió su lengua y chorros, alternados, delicados, de saliva. Cuando traté de arrancarle la pantaleta, se revolcó furiosa. Mi mano notó que su

monte de Venus, peludo más allá de los calzones, se continuaba sin solución en la bola de su barriga: cordillera de Venus, olimpo total. Separó su boca de la mía, y sus nóes se hicieron como el mar picado: intensos, graves, amedrentadores, con altibajos y con eco. Yo no iba a cejar, me había convertido en un violador, en Rodolfo Acosta al finalizar *Salón México*, que quiere a como dé lugar que Marga López le entregue su cuchita. Elvira, con su violencia, había pasado de ser la casta Félix, a una versión norteña de Isela Vega: entre sus negativas empezaron a mezclarse exclamaciones almibaradas, pero soeces: «No me vayas a meter tu picha, cabroncete, no me la dejes ir que me muero, no, no, no, puteque». Apreté entonces sus muslos con tal fuerza, que mi mano quedó prensada entre ellos. Fue ahí que se desencadenó el final. Mi miembro, que no supe a qué hora se había salido, empezó a escupir fuego. Me vine sobre los muslos inmensos y mi mano encadenada. Ella calló y gimió en el torrente espasmódico que mojaba su piel y su pantaleta virgen; su vientre se agitó y retumbaron sus nalgas contra el suelo, mientras con voz leve repetía: «Noo», y después, «nooó, noooooó», por un momento temí que continuara con la canción de Manzanero que tan bien interpretaba Carlos Lico: «Nooó, porque tus errores me tienen cansado, porque en nuestras vidas ya todo ha pasaaado, porque no sentimos lo mismo que ayer. Noooooó». Pero no dijo nada más, ni un sí, ni un no, como pasa con los buenos matrimonios. Acosté mi cabeza en su seno desnudo. Nos quedamos quietos y la voz del locutor surgió de las tinieblas: «... fue el amor, esa fuerza que contra todo arremete, el amor que nos hace hombres». Yo pensé: «¡Que viva el placer, que viva el amor! Ahora soy libre, quiero a quien me quiera. ¡Que viva el amor!».

Bruscamente, Elvira me echó abajo. Rodé sobre su cuerpo y caí de espaldas. Ella se hincó y me conectó un doloroso gancho al hígado.

—Vil —me gritó—, me dijiste que eras de fiar y mira cómo me dejaste las piernas, ¡todas embarradas de mecos! ¡Vil y mil veces vil! ¡Berengo!

Se levantó y se fue.

En el radio, que se le olvidó llevar consigo, el locutor seguía analizando lo que seguramente era otra carta: «¿O hay otra lección en todo esto? Díganme amigos, ¿no creen que el embrujo del amor, este amor que a raudales nuestro amigo Juango ha vertido en sus sentidas letras, es lo que lleva a la humanidad a congraciarse con su destino? ¿Qué es el amor? ¿Es una pasión, es un sentimiento, es un algo sin nombre que apasiona al hombre por una mujer? Díganme amigos, ¿qué experiencias tienen ustedes con el amor? ¿Creen que el sentimiento obnubilador del que nos ha platicado Juango, es amor? ¿Y si no, qué puede ser? Yo pienso...» No pude seguir escuchando porque Elvira, nuevamente al ataque, gritó desde su cuarto.

—¡Ay, mi radio! ¡Ratero!

Regresó, tomó el radiote y volvió a su habitación. Estaba medio desnuda y con un par de tubos en la cabeza. Fue cuando regresó la luz, y nuevamente el aire acondicionado produjo su ruido ensordecedor.

No me había levantado, trataba de tomar aire y me sobaba bajo las costillas. Miré hacia el rincón de Tuero. Se había ido. Estábamos, nada más, mi vergüenza y yo.

Las siguientes horas fueron un monólogo constante, ya estuviera revoleándome en la cama, ya golpeando el aparato de aire acondicionado. Empecé diciéndome: «No entiendo, yo soy guapo, ella es fea, ¿por qué se negó acoger?». Y acabé diciéndome: «¿Vil yo? ¿Ratero yo? ¿Berengo yo? (¿qué quiso decir, a propósito, con ese insulto desconocido?). ¡Vil, maldita, berenga su chingada madre! ¡Que se vayan a la mierda todas las putas viejas!». Frase con la cual, en realidad, finalizaba mi depresión postdivorcio. Me fui a bañar, apagué el aire acondicionado y salí a ver el amanecer a la calle.

Al día siguiente regresé al D. F., a la Cineteca, a mis amigos, a mi departamento, a mi nueva y confiada libertad. El reporte que hice sobre el festival «El cine mexicano y sus estrellas», fue totalmente negativo; dije que no servía para nada, que era un mero pretexto para enviar a actores y actrices de paseo; situación que ellos empleaban para cometer todo tipo de desmanes, menos interesar a la gente en el Cine Mexicano; y que para la mente y moral provinciana, esto era un mal ejemplo que podría llevar a sus habitantes a entregarse a mil desvarios. Afortunadamente el informe fue confidencial y nadie lo leyó.

Lo que me pasó no se lo conté a nadie, menos a mis amigos a los que vi el viernes en La Provi, la cantina de avenida Revolución. ¿Cómo decirles que una gorda abominable me había despreciado? Peor aún, me había provocado, excitado, obligado a eyacular, y al final golpeado. ¿Cómo les contaría mis dos fugaces encuentros con Tuero, al que nunca más he vuelto a ver, de no ser en las películas que ficho cada mañana en la Cineteca? Del rechazo se desternillarían de risa; de lo segundo, o no lo tomaban en cuenta, o empezarían a psicoanalizarme. ¿Cómo decirles además que la solución a todo el problema de mi divorcio se había resuelto con una mentada de madre? Me imaginaba al Vikingo diciéndome que ya me lo había aconsejado, que lo único que faltaba ahora es que hiciera lo mismo con mi mamá. No, como si no los conociera, no les contaba nada, al menos nada de la verdad verdadera. Les hice en cambio una narración metafórica: les dije que me había encontrado una beldad (pensando en Alma Curiel), que tuvimos una relación emocional muy intensa (pensando en el coito fantástico del merendero), y que al final, sus consejos (el gancho al hígado de Elvira) fueron como un ajuste de cuentas con mi pasado, que ahora de verdad me había divorciado. Salimos de la cantina abrazados, cantando que el que pierde una mujer no sabe lo que gana, pues si se nos va un querer, otro vendrá mañana.

Volví, como ya le dije, a mi vida cotidiana, expectante del próximo regreso de mi madre. De no haber sido por eso, todo hubiera andado (como anduvo después) sobre ruedas. Mis amigos se dieron cuenta de que a pesar de mi contundente afirmación de que estaba divorciado del todo; de que «el que no quiera sufrir que se mire en este espejo..., pues no sabe lo que gana, el que pierde una mujer», andaba otra vez medio

jodido; pero me mantuve en lo dicho: ni una palabra de mis problemas.

Desgraciadamente, al cabo del tiempo fui débil y les confesé cómo había sido el reencuentro con mis papás y el desenlace de toda esta historia. Sucedió de la siguiente manera:

Fui, como es mi costumbre, a recibir a mis padres al aeropuerto, y también, como es mi costumbre, llegué tarde. Me los encontré en la puerta de la salida internacional, llenos de maletas, rodeados por sus nietos y mis hermanos, felices de haber vuelto y respondiendo que como México no hay dos a cualquier pregunta que se les hiciera. Apenas me vieron, mi madre se adelantó y me dio un abrazote. Como es una tipa que sabe interpretar los signos, rápidamente me dijo:

—Todo sigue igual, ¿verdad?

Se refería sin duda a que continuaba separado, lo cual descubrió porque iba yo solo, y yo nunca me presentaba solo a ninguna parte. Siempre he dicho que es muy astuta y que no se calla nada. Agregó:

—Eres un baboso.

Mamá fue prima en la vida real de Blanca Estela Pavón, y cuando decía una de estas frases, levantaba una ceja y ponía cara de yo no me trago ninguna de tus astucias. Era como *La Chorreada*, pero al revés.

Nos fuimos directamente del aeropuerto a casa de mis papás. Allá todo mundo hizo bromas, mamá se emocionó mucho con los arreglos de flores que llevaron los hijos de Aurora; nos entregaron los regalos que nos habían traído: los suéteres chicos, las telas hindúes para hacer caftanes y turbantes; tierra del santo sepulcro, etcétera; mi papá contó cómo eran sus compañeros de tour, sobre todo el tipo ése que cuando le cobraron una cuenta reclamó que él no se había bebido ningún cover charge; y que frente al mar Rojo se puso a especular si para separar sus aguas, Moisés había utilizado su fuerza mental, o si habría tirado un bombazo.

Después de como dos horas nos fuimos yendo de a poco. Cuando al final ya estaba en la puerta despidiéndome, papá me pidió que me quedara. Eran las diez de la noche. Le dije que lo sentía mucho pero que no podía porque tenía cosas importantes que hacer.

—Yo también —dijo papá.

—Me alegro que también lo sientas, eso habla de tus sentimientos.

—N'hombre, yo también tengo cosas importantes que hacer.

No entendí qué relación podía haber entre sus cosas importantes y las mías. Me quedé mirando a sus ojos escrutadoramente. Los pocos pelos de su copete bailaban una danza fatua. ¿Qué pretendía el viejo poniendo la cara de don Fernando Soler en *La oveja negra*? ¿Se atrevería a cachetearme? Y si fuera así, ¿por qué carajos?

—Si no le aclaras a tu madre tu situación, no me dejará dormir, y mañana mismo tengo que ir al despacho a resolver unos pendientes muy importantes.

Volvimos a la casa y encontramos a mi mamá en la sala. Estaba sentada en su sillón favorito —desgarrado el gesto, suelto el zíper de la falda, con los pies

recogidos bajo las nalgas—. Cuando nos vio, con ademán confidencial, prendió una lámpara de pie que la bañó de luz. Si me hubiera dejado llevar por mis impulsos, le hubiera pedido su autógrafo.

Antes de que pensara en nada, mi madre, sesgando la boca, dijo:

—¿Y bien? —o algo tan perentorio como esa frase.

—Papá y yo hemos decidido aclararte algunas cosas —respondí.

Lo que estaba diciendo era una soberana mentira pues no existía tal decisión conjunta, sin embargo en el silencio expresivo de un cambio de miradas, dimos este preámbulo como aceptable.

Me preguntaba cómo le iba a hacer para decirle que todo había concluido. Primero pensé en contarle que en el juzgado no había pasado nada extraordinario entre nosotros, antes al contrario, que con la pareja que nos precedió —remolino de gritos, brazos aspadados, carreritas por doquier— hubo un papelón de miedo. El marido gritaba que le quitaran de enfrente a esa mujer (su esposa) o la mataba, que no la quería volver a ver en todos los días de su pinche vida; su abogado le repetía que se calmara, que recordara que era un divorcio de común acuerdo, y entre más se lo decía, el marido más se encabronaba, y gritaba que esa vieja era una arpía, que había destrozado su vida, y ya nosotros estábamos medio angustiados, y tal vez por eso, cuando entramos a la sala nos comportamos de lo mejor... pero ya casi cuando iba a hablar, deseché la idea y decidí abandonarme a la habilidad de mi ingenio. Empecé diciendo:

—Yo era muy infeliz, mamá.

La frase cayó como un balde de agua fría. Mi padre —temblona y rebotada el anca— se levantó de un brinco, y con gesto recio y voz sonora me preguntó que si quería tomar algo. Me repuse inmediatamente del susto que me había dado con su salto. No era el momento para dudas existenciales, así que, imitando su voz, pedí un mezcal, y mi papá sonrió pues entendió que yo me refería al mezcal que todos los años manda mi tío Fidencio desde Oaxaca, y que en mi familia se bebe sólo en las grandes ocasiones (como cuando mi hermano le dijo a mi papá que quería irse a estudiar a los Estados Unidos, y él le dijo que hablaran de hombre a hombre, sacó el garrafón de mezcal y se pusieron un pedo de ordago que los dejó afónicos por tres días). Pensé, «voy a cortarme el cordón umbilical de un chingadazo», y repetí:

—Un mezcal, por favorcito.

Mi padre fue a la cantina, sirvió dos copas y dijo algo así como que un poco de música no nos haría mal. Puso un disco y regresó cuando, con ese tono entre murmullo y chisme de vecindad, Antonio Badú empezaba a cantar «Sortilegio de un amor, magia negra en tu mirar, un hechizo has de tener para embrujar».

—Yo era muy infeliz, mamá —repetí cuando Badú ya iba en la magia roja que debe haber en tus labios de listón, que al besar saben prender mi corazón, y yo me estaba animando por su filosofía y por el calor oaxaqueño en las entrañas. Esta segunda vez dije el «mamá» con un dejo de añoranza y proseguí inmediatamente—:

mi vida ya no era vida; me sentía frustrado, encarcelado por mí mismo, desgarrándome y traicionando mis ideales. Lo nuestro era un infierno para los dos. Yo no le daba lo que ella necesitaba, me había vuelto una especie de canalla, y ella por su lado ya no me pelaba. No fuimos hechos el uno para el otro; éramos como dos hojas en la tormenta que no pueden unirse; éramos dos seres ajenos que el derrotero de la vida ha llevado a puntos opuestos, ni modo... Por eso lo nuestro se había ido desgastando...

Aquí hice una pausa y los miré tiernamente. Papá, que seguía teniendo el rostro de don Fernando Soler, alzando y bajando una ceja, se cambió de película (ahora estaba en su papel de *Azahares para tu boda*, en la escena ésa en que se entera que el novio de su hija predilecta, Marga López, no es católico) se me quedó mirando ceñudo, y aprovechando mi silencio dijo:

—Con eso de que no te pelaba, ¿quisiste darnos a entender que te engañaba con otro?

Aunque aquella era una oportunidad de oro para salir del problema, con la honestidad que me caracteriza respondí que no. Muy tranquilizado con mi respuesta, papá tomó nuestras copas y se fue haciéndole segunda a Badú: «Sortilegio de un amor que se muere al comenzar, en mi vida fuiste tú, misterio a la mar.» Mamá, cuya conducta es de lo más imprevisible, y que se hallaba en quién sabe qué película, me dijo:

—Creo que no hay nada más que hablar. Estoy rendida, para mí son ya las seis de la mañana. Me voy a dormir.

No me pidió ninguna explicación, es más, no hubo ni necesidad de informarle que el divorcio ya estaba firmado. «Quién puede con las contradicciones de las mujeres», pensé.

Mi papá, que se encontraba de regreso con las copas llenas, bostezó satisfecho y las dejó en la mesa. Me guiñó un ojo y dijo que él también se iría a dormir. Yo, que quería seguir oyendo a Badú y tomar más mezcal, les dije que me iba a quedar otro rato. No pusieron objeción, sólo me pidieron que cerrara cuando me fuera.

Me quedé pensando que mis padres eran una multitud de imágenes sueltas; un cierto olor soñado presente día a día. Pero que sobre todo, eran esa fotografía que está en la sala: papá al centro, muy jovial, con sombrero; de un lado, seriecísima y con la timidez vistiéndole los huesos, mi mamá como de diez y ocho años; al otro lado, oronda, mi rolliza abuela, sonriendo a mandíbula batiente.

Cuando salí, era la una y media de la madrugada. La calle estaba desierta y la luz de mercurio acentuaba el frío. El velador pasó pedaleando lentamente en su bicicleta, dio un pitazo largo y me saludó con una mano. Me emocionó que todavía se acordara de mí. Caminé hasta mi coche y recordé que a las nueve tenía una cita en la cineseca para ver *Una familia de tantas*, la película de Alejandro Galindo.

Al día siguiente me reuní a comer con Taibo, Jeo, y el Vikingo. Les conté cómo había estado la reunión con mis padres, y que en la mañana, cuando vi el filme de

Galindo, me identifiqué con Martha Roth.

—Lo único que me faltó anoche —les dije— fue que mi padre, haciéndole de Eugenia Galindo, me hubiera dicho «contigo va la esperanza de muchos jóvenes».

De esa ocasión no puedo quejarme, pues los tres me escucharon con mucho respeto, pero posteriormente, lo de cortarme el cordón umbilical de un chingadazo, lo sacaban por cualquier cosa. Inclusive, cuando para celebrar en serio mi divorcio nos llevamos a unas viejas al departamento de solteros que teníamos en avenida Cuauhtémoc, el pinche Jeudiel le dijo a una gringa buenísima que estaba a punto de llevarme a la cama, que no permitiera que yo le dijera mamacita porque había tomado la costumbre de romper mis relaciones edípicas a los meros chingadazos. Mamón. Después, la tipa en su medio español, no dejaba de joderme con que qué había querido decir Jeo, que si yo era uno de esos «machous» mexicanos que había visto en las películas.

Me volví a prometer por enésima vez no contarles nada de mi vida privada, y aunque en aquella comida, el entusiasmo me había hecho flaquear, es cierto, todavía era tiempo de rectificar la senda.

¿Quién me iba a decir que a pesar de mis buenos propósitos, con mis amigos, precisamente con ellos, me iba a liar en aquella apuesta que me llevaría directamente al asunto que usted, tan detalladamente, quiere conocer?

TERCERA PARTE

*Las penas que nos dio la misma adversidad*



No le voy a hacer el cuento más largo de lo debido, pues ya sé que usted se ha enterado de cosas que no se atreve a confesarme. No viene al caso contarle como, pero sí, que al poco tiempo me enamoré como un loco de Marina Campollo, y mi vida cambió. (Como dice la canción, ¿qué de raro tiene que me haya perdido por una mujer?) Por ella volví a ser el de antes, el que disfrutaba con la familia Burrón; el fanático de Tres Patines; el que sabía, además, que se estaba jugando el todo por el todo en una partida de carambola a tres bandas. El cine entonces, de más está que se lo repita, tomó su significado verdadero: formamos, Taibo, su sobrino el Jeo, el Vikingo y yo, el colectivo Indio Fernández; juntos participamos en un concurso de Super 8; y gracias a eso, lo conocí a usted y empecé a escribir los guiones de sus cortometrajes.

Todo esto provocó que sin pensarlo, empezara a hacer cosas inesperadas: cambié de anteojos, me dejé la barba, escribí un artículo sobre Woody Allen, redecoré mi cubículo, empecé a vestirme con jeans y sacos de tweed, y me ondulé el cabello. Cambié tanto de aspecto que aún a la gente que me conocía de años le costaba trabajo reconocerme. Y yo fascinado. Tenía la sensación de haber dejado a los aficionados prácticos para convertirme en novillero de pueblo. Quería que todos me vieran y conocieran mi nuevo amor, mi nueva personalidad. Sólo me faltaba dar la buena nueva a mi gente: la familia y los amigos; y claro, ahí le voy de brutote con mis amigos.

Un viernes me cité con Taibo, Jeudiel y el Vikingo, en el Mirador. Llegué hora y media antes de la cita para agarrar mesa, pero me quedé platicando con Villa, el cantinero, en la barra. Los espejos multiplicadores del fondo estaban llenos de un interés folletinesco, y con una geometría absurda, me ponían frente a mi otro yo.

—A que no me reconoces, Villita.

—Ni madres.

El compás de un tonecillo proveniente del exterior, las luces en el fondo de los espejos, el humo penetrado del temblor de los cigarrillos en los labios, cifraban en su diversidad una sola expresión: mi desparpajo.

—Soy Enrique Guerra, cabrón.

—¡Ah chingaos! ¿Pus qué te hiciste güey?

Cuando los cuates llegaron, ya me traía una guarapeta más o menos simpática y le dije a Villa que no se hiciera pendejo y nos preparara unos Mint-Juleps y unos cocteles campechanos.

—¿Desde qué hora llegaste? —me preguntó el Vikingo.

—Ya hace rato.

—Y andas pedo bien contento ¿no? —dijo Jeo.

—Más o menos. Y agárrense bien que tengo algo que contarles.

Yo los había citado ex profeso para decirles lo de Marina, o sea que tenía ya tres meses viviendo con ella y que ya no me aguantaba ni un minuto más para contárselos. Con una arenga embarullada les resumí la historia de mi tórrido romance

y los dejé boquiabiertos —espanto, aspaviento y petición de nuevos Mint-Juleps para un brindis.

—Eres otro, cabrón —me dijo el Jeo, que aunque yo sabía que su frase contenía una suerte de ambigüedad entre irónica y ofensiva, a mí me hizo sentir bien.

—Ya ves. Es más, aquí tengo unas fotos de ella.

Ya le dije que no estaba en mis cinco y por eso no me fijé que les enseñé una fotografía que le había tomado a Marina cuando la llevé a Mandinga y lucía sus variadas turgencias bajo un bikinito de mezclilla. El Jeo, sentado a horcajadas en una silla, abría los ojos con descarada morbosidad.

—¡Está buenísima pinche primo! ¿Dónde te la levantaste?

—Yo creí que eras bien tarugo, pero esta vieja está de primera, te felicito —agregó el Vikingo.

—En lo dicho, eres otro, cabrón.

—Lo único que me falta —les dije en el colmo de la imprudencia y la borrachera — es presentarla con mis padres, pero cualquier día de éstos, me atrevo.

—¡Carajo! Ésa sí que es noticia —dijo Taibo, bizqueando un ojo sobre la foto de Marina—, ya me puedo imaginar los titulares de los diarios al día siguiente: «Suegra desquiciada asesina a tubazos a su despampanante nuera.»

—Ora sí te lo fregaste, gordo —dijo el Jeo.

—No me digas, pinche Enrique, que te vas a atrever —me incitó el Vikingo—, no te creo ni tantito.

—Claro que me voy a atrever, güey, ¿pues quién te crees que soy?

Desde afuera nos llegó el sonido de un clarinete desafinado. Cuando terminó, un viejo arrugado, moreno, de traje café, y sombrero de fieltro gris, entró a la cantina para que le diéramos lo que fuera nuestra voluntad. Saqué unas cuantas monedas y se las entregué. A mi lado, un negro, que fumaba Gitanes, le dio cincuenta pesos a condición de que lo acompañara en una canción.

—¿Se sabe *La puerta*, maestro?

—Claro.

—Pues acompáñeme.

—Momentito —gritó Villa (los pelos en punta, los brazos levantados)—, que está prohibido que toquen dentro.

—Órale, Villita —intervino uno de los parroquianos que, traje rosa, anteojos oscuros, su «Casos de Alarma» en el bolsillo, parecía coyote—, ¿no ves que el compañero está que se lo lleva la chinampina? Déjalo que se desahogue, no seas ojete.

Todos aplaudimos, y el negro de los Gitanes —aire distraído, los ojos tristes, gesto y visaje de perdición— se paró. El clarinetista esbozó unas notas, todos nos callamos, y el morenazo empezó a destrozar el bolero: «La puerta se cerró detrás de ti y nunca más volviste a aparecer, dejaste abandonada la ilusión que había en mi corazón por ti...»

Taibo se rascó la cabeza, se mordió el bigote y me preguntó en voz baja:

—¿Y cuándo lo vas a hacer?

—Cállate, carajo —le dijo el Vikingo—, ¡qué falta de respeto!

Cantante y clarinetista atacaron un aire de tragedia mientras los comensales llevaban el compás con las cucharillas en los vasos. «Pero es que no pudiste soportar las penas que nos dio la misma adversidad, que así como también nos dio felicidad, nos vino a castigar con el dolor.»

Ese intervalo me dio la oportunidad de pensar en dos cosas: primero, que si el negro estaba solo, fumaba Gitanes e imitaba la voz de Lucho Gatica, era un intelectual prófugo del P. M. T. En segundo lugar, la respuesta rápida y brillante que le iba a dar a Taibo.

Después de un solo de clarinete en que el viejo entrecerró los ojos y se inclinó hacia atrás, el negro dio por terminada la canción. Estaba llorando a mares. Todos aplaudimos y el coyote lo fue a abrazar, también estaba llorando.

—Ora sí, cuéntanos compadre.

—Dentro de un mes me voy a Acapulco con Marina —dije muy seguro—, allá van a estar mis padres inaugurando su condominio.

No sé en qué maldita hora se me ocurrió lo de Acapulco, pero ya estaba dicho. Ahí sí que me apendejé. Mejor no les hubiera contado nada, al fin qué, pero iba a quedar como un cobarde; y por otro lado, cuando lo dije me pareció una idea genial: en la playa, al ritmo de las olas, con uno que otro daikirí y confiado en que el amor pasa sobre cualquier obstáculo, nos íbamos todos a relajar.

—¡Ay jijo!, a mí se me hace que te la vas a pelar sabroso —dijo el Jeo carcajeándose.

Todos celebraron la chungada y yo me envalentoné.

—Te apuesto lo que quieras, güey.

—Pos lo que quieras, órale.

Ahí mismo, no me lo va a usted a creer, aposté un mes de sueldo a que presentaba a Marina con mis padres en Acapulco. ¿Qué más le puedo decir? El destino empezó a entretejer la trama que haría de mí una más de sus incontables víctimas. Yo, sin embargo, salí de aquella reunión creyendo que muy pronto me haría millonario, que la suerte no podía jugarme una mala pasada, no señor. Mientras caminaba hacia mi auto, la sensación de que era el rey del universo me invadió y veía el mundo de modo que la gente a mi lado pudiera decir: «¿Ve a aquel hombre de barba? Sí, el greñudote, a ese mero. Pus mírenlo, ahora es el mejor crítico de cine mexicano, y se trae una vieja que se cae de buena.» Me detuve y vi el castillo de Chapultepec iluminado, el cielo capitalino sin ninguna estrella y me dije que era un pendejo, que cómo nunca antes me había dado cuenta que tenía a otro hombre escondido dentro de mí. «Soy diferente, el otro ya murió, este que soy ahora, a lo mero macho, sí me gusta.»

Si como se dice, uno es el arquitecto de su propio destino, yo nomás alcancé el puesto de albañil de mi propio destino, porque al día siguiente, todavía medio crudo,

recibí el telefonazo de mi madrina Marichu, en que me anunciaba la muerte de mi tío Doroteo, primer signo de que la apuesta ésa sería mi perdición.

—Enriquito, Enriquito —me dijo mi madrina llorando, lo cual, así de golpe, no me impresionó mucho.

—¿Qué pasa madrina?

—¿No sabes lo que ha sucedido? ¿No te han hablado ya de la desgracia?

—No, nadie.

—¡Qué barbaridad!, ¡qué barbaridad! —gritó, sin disimular que era presa de sus famosos espeluznos.

—Qué barbaridad qué, madrina. Explícate por favor.

—Que tu tío Doroteo se petateó, ¿tú crees?

—¿Que qué? —ora si grité.

Eran las ocho de la noche, yo estaba solo en mi cubículo, y enfrente tenía el cartel de *El rey del barrio*. Tin Tan, luciendo su trompota, el tacuche a rayas, el perfil aguzado, los ojos encendidos y redondos, rasguea una guitarra pintarrajeada y canta con voz de clueca: «Tatatita tiratau, tatatita tiratau». Me acordé que esa escena desternillaba a mi difunto tío. Sentí que los ojos se me anegaban y se me aflojaban los calzones.

—Se nos murió en un taxi —agregó mi madrina con voz estrambótica—. Godonche se lo trajo al Gayosso de Félix Cuevas. Vente para acá, ¿sí? Rápido m'hijito. ¿Te imaginas?, tu tío, tu tío que era poeta, muerto; ¿cómo pudo ser, Dios mío?, ¿por qué él y no yo?, ¿por qué él que era tan útil y no yo que soy una buena para nada?

—Ya cálmate madrina, te veo al rato en Gayosso.

Camino de la funeraria quise hablarle a Marina para que me acompañara. Ese pensamiento provocó que sintiera una punzada en el culo. Sí, se me frunció. Fue el primer aviso del inminente arribo del cobrador de impuestos del destino. «¿Cómo le voy a hablar a Marina, si ni mis papás, ni nadie en mi familia, saben algo de ella?» Si llegaba con la Quirrirrus (así le he dicho siempre de cariño), el velorio podría tornarse violento. Una figura que durante muchos días en el futuro volvería a mi cabeza, apareció por primera vez: mamá estrangulando a Marina; mi papá, llorando, abrazado al ataúd de mi tío; y todos los demás, señalándome con el dedo, me decían que no tenía respeto por los difuntos. La punzada se hizo más intensa y me lastimó la hemorroide que de vez en cuando, en las situaciones difíciles, se me recrudece. «¡Qué bruto soy!, si llego a presentarme con Marina en una situación como ésta, la matan a ella, y de paso a mí me descuartizan. Todos deben estar redescontrolados.» Lo que pasó en el velorio vino a confirmar que yo tenía razón.

Llegué a Gayosso e inmediatamente me fui a la capilla cinco donde estaban velando a mi tío. No había nadie en la puerta; en el interior me encontré con el siguiente cuadro: sentadas al frente, en un sillón y una hilera de sillas, mis tías y todas mis primas, vestidas de negro y con mantillas sobre la cabeza; cerca del ataúd, mi

madrina Marichu, mi tía Concepción y mi abuela, Esperanza Aramburu Vda. de Guerra, abrazadas en círculo (parecían terceto de conspiradoras en número de zarzuela), venían vestidas de negro y también traían mantilla; en un rincón estaban los hijos de Doroteo: Godonche, Paco y el Peneque (así le decimos por coloradote y porque siempre anda chorreando aceite), sufriendo horrores; los rodeaban mis otros primos, mi papá y mi tío Raúl; entre el comité de las viejas y el grupo de mis primos, se encontraba lo más sorprendente del cuadro: una señora de vestido sastre color crema, sentada, con el rostro entre las manos, y mi tío Fidencio a su lado, tomándola del hombro. Hasta ese momento reparé que los únicos que no estábamos de negro éramos la señora desconocida y yo, que traía un saco de gabardina beige, un chaleco de rombos café y mis jeans color tabaco.

Papá se desprendió de su grupo y fue a recibirme, despacio, frío, correcto, con un pliegue obsesivo entre las cejas. Me abrazó y le dije que quería darle el pésame a mis primos.

—No, primero acompáñame afuera —me replicó—, tengo que decirte algo.

Salimos muy compungidos al pasillo. Ahí, papá encendió uno de sus delicados y me dijo que a qué no sabía lo que había pasado.

—Claro que sé, murió mi tío, ¿no? ¿Fue un accidente o qué?

—No, parece que fue de un ataque al corazón, pero fíjate —dio una chupada a su cigarrillo y mientras expelía el humo no pudo contener una sonrisa—. ¿Viste a la de crema?

—Sí.

—Pues ésa es la esposa, hoy viuda, de tu tío Doroteo.

—No te puedo creer.

—En serio.

Me aparté un poco y por la apertura de la puerta, al fondo del salón, vi a aquella mujer. Estaba, ahora, mirando al cielo raso; tenía el rostro surcado por el rímel, pero aun así se veía guapa: era delgada, tendría unos cincuenta años y se pintaba el pelo de rojo; me llamó la atención el escote de su blusa, pronunciado en V, donde destacaba el inicio de dos grandes y poderosas tetas. Me recordó a Santa Elena, que de vieja se puso buena. Mi tío Fidencio la tenía, todavía, tomada del hombro. Él llevaba anteojos oscuros, su traje negro con chaleco y una leontina de oro (que se dice fue de un abuelo nuestro, diputado en tiempo de don Porfirio y liberal rabioso) que le atravesaba de lado a lado su cintura; en una mano sostenía un sombrero panamá blanco. ¿Sería ese sombrero que llevaba Fidencio el último recuerdo de su hermano Doroteo? Se me volvió a fruncir el culo, no sabría decirle si por esa sensación de vacío que producen ciertos recuerdos, los imperecederos, los que están destinados a ocupar el lugar de las personas. Vi a mi padre, poniendo mi cara de no creerle nada. Él, en cambio, cerró lentamente los ojos y me dijo que sí con la cabeza. Su gesto tenía algo de nota roja. Miré nuevamente hacia la sala, los movimientos de mi tío y la desconocida eran lentos, casi acompasados, como si efectuaran un ballet ridículo.

—¿Y tú sabías que Doroteo estaba casado? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—N’hombre, ni de chiripa —me contestó entre bocanadas de humo.

—¿Entonces?

—Nos lo dijo hoy tu tío Fidencio cuando llegamos —el gesto de nota roja se acentuó notablemente, aunque yo creo que se percató de que la morbosidad se le saltaba por la mirada, porque después habló con los ojos cerrados y con la voz sospechosamente circunspecta—. Parece que eran amantes desde hace mucho y hoy, ¡qué tragedia! hoy en la mañana se casaron. Qué horrible, ¿no?

La historia me pareció en verdad fantástica. Mi tío Doroteo había estado casado en primeras nupcias con una mujer que se llamaba Rosario Campero que, al decir de todos, era una castañuela, la alegría de todas las fiestas. Parece que Doroteo estaba enamorado de ella, bueno, eso decía Marichu, y agregaba que Rosarito lo había hecho sentar cabeza, pues antes su hermano era un calavera bien hecho. Quiso el destino que Rosarito fuera presa de un extraño mal, cáncer parece, y se nos fue en cuatro días, así como se lo cuento. Esto sucedió hace unos diez y seis años.

En el entierro de su esposa, mientras el ataúd descendía a la fosa, Doroteo recitó el *Nocturno a Rosario*. «¡Pues bien! yo necesito decirte que te adoro, decirte que te quiero con todo el corazón; que es mucho lo que sufro, que es mucho lo que lloro, que ya no puedo tanto, y al grito que te imploro, te imploro y te hablo en nombre de mi última ilusión.» Aquí se le cortó la voz y las lágrimas no lo dejaron hablar. Una ráfaga de viento, lo recuerdo claramente, me hizo sentir un escalofrío. Volver a empezar le costó a mi tío lo que se dice un güevo. «Yo quiero que tú sepas... yo quiero... snif... que tú sepas, snif... yo quiero que tú sepas que hace ya muchos días que estoy enfermo.» Guardo en la memoria pocas escenas tan emotivas como aquel entierro. Al lado de mi tío (que vestía un tacuche blanco, pues él, pachuco a rabiar, decía que ese era su luto) mis primos se aguantaban como los meros machos. Marichu, pálida y ojerosa, esperaba no sé qué, con las manos cruzadas sobre su libro de misa y su rosario. Concepción, la Conchona, del otro lado de la tumba, arrugaba la boca con un puchero. «¿Por qué nos tenemos que morir?» pensaba yo, «¿qué hemos hecho? ¿Quién nos pidió permiso para este viaje al túnel sin final?». La voz de Doroteo nos hizo llorar a todos. (Todos no es una metáfora, hasta los sepultureros lloraron; uno de ellos lo hacía con mucha sorbedera y gritos ahogados.) «¡Adiós por la vez última, amor de mis amores, la luz de mis tinieblas, la esencia de mis flores, mi lira de poeta, mi juventud, adiós!» Y todo el flácido sentimiento de mi tío, se desbarató en una fuga de patas de gallo, se arrancó el panamá de la cabeza y lo aventó a la tumba. No sé por qué no se largó a llover.

Ya casi nos íbamos, cuando el Peneque rompió a llorar y sin aguantar más gritó:

—Que todo sea como antes, papá. ¡Que todo sea como antes, por favor!

A mí se me hizo un nudo en la garganta, ¿qué o quién, nos volvería a hacer creer que todo seguía intacto? Fidencio se acercó hasta el Peneque, lo abrazó y mirando

hacia la tumba, dijo que siempre guardaríamos en la memoria la felicidad contagiosa de la que hoy se nos iba, y que Doroteo, declamador oficial de la familia, desde entonces recitaría solamente por ella. «Adiós Rosario, te quedas en nuestro corazón», dijo sacando del fondo tenebrario de sus entrañas, una voz quimérica y lamentosa.

Salimos del cementerio muy compungidos, ¿qué tal si a Doroteo le daba por suicidarse como a Acuña? ¿Y si no aguantaba la vida sin Rosario? Afortunadamente ninguno de estos negros pensamientos cruzó por su cabeza, antes al contrario, estaba preocupado por la vida. Yo me le acerqué y me dijo: «El alma es el lugar de nuestra semejanza, sobrino. Eso lo sabe Rosario; eso, lo sé yo ahora.» No sé qué quiso decir. Cuando tiempo después le pregunté lo que significaban aquellas crípticas palabras, me dijo que tampoco sabía, que el dolor, tal vez, lo había inspirado. Me quedé en las mismas. Igual que en el cementerio, donde todos creían que pensaba en la muerte, y sólo yo lo sabía tocado por la inspiración. Al abrigo del cuchicheo general, murmurábamos que la muerte de su esposa dejaba un vacío que Doroteo no llenaría jamás, sería, decíamos, un viudo empedernido.

En lo sucesivo, la vida de mi tío, fuera de una que otra borrachera, fue ejemplar, un modelo de discreción. ¿Cómo entonces ajustar esta imagen, casi obsesiva diría yo, con la del viejo (murió a los sesenta y ocho años), que en un arrebató se casaba? ¿Usted cree que tendría ya *in mentis*, cuando me dijo lo de la semejanza del alma, que en él coexistían el pachuco y el galán; que él era parte de una generación dueña de un destino pundonoroso y proclive al mismo tiempo?

—¿Es en serio papá? —dije, con los asombrados triples de mi voz.

—Te lo juro. Mira no se lo vayas a decir a nadie, pero llevaba ya muchos años con esta señora, le tenía puesto un departamento por la Colonia de los doctores. También me lo dijo tu tío Fidencio, pero es muy secreto, ¿eh?

—¿Y por qué se casó?

—Parece que estaba mal del corazón. Hace una semana fue a ver al doctor y le dijeron que tenía un soplo. Le dio miedo y lo primero que hizo fue ir a pedirle a la vieja que se casara con él.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pus por el mismo que se ha ido encargando de aclarar todo el misterio, ¿no te digo? Por tu tío Fide. Dice que la mujer se puso feliz y le hablaron a Oaxaca. Fidencio ya sabía de la existencia de la concubina (ya sabes, él y Doroteo eran uña y mugre), pero no la conocía en persona, prefería saberlo y callarlo, como secreto de confesión. Al enterarse de la enfermedad de su hermano aceptó que se la presentaran, pensó que a lo mejor era el último deseo de Doroteo, y mira nomás, la corazonada le salió cierta: la muerte no tardó en hacer su agosto.

—Es increíble, me lo cuentas y no lo creo.

—Déjame seguir. Fijaron la fecha de la boda para hoy y le pidieron a Fidencio que viniera para que fuera testigo. Esta mañana fueron los tres juntos al juzgado. Después de la boda, tu tío Fide los dejó en la puerta, dice que felices de la vida.

¡Carajo, lo que es el destino!

—¿Cómo se llama la susodicha?

—Estelita Martínez.

—Estelita Martínez viuda de Guerra, desde hoy está en la familia, ¿no?

La voz de mi tío Fidencio, desde el interior de la capilla, interrumpió nuestra conversación. Papá me pasó el brazo por los hombros y entramos, Fidencio tenía las manos alzadas como pidiendo atención. Pensé que se había vestido de esa manera para ir a la boda de su hermano y que sí, ahí le había pedido que le regalara el panamá. ¿Qué sería de él sin Doroteo?

—Muerte maldita —dijo mi tío con voz sonora—, muerte que arrugas las carnes, te llevas el cabello, engarrotas los remos, dejas las tetas colgando y los culos sin curva. Ésa es, familia, la triste herencia de la parca: la tiesura sin límite. Y con dolor hay que reconocer que mi... que nuestro querido hermano, ha abandonado este valle de lágrimas —cuando acabó esta frase de su sentida oración, tenía la mano derecha, con el panamá, sobre el pecho, y la izquierda al aire, como si quisiera ocupar el lugar de declamador oficial que había dejado vacante Doroteo. Luego se rascó la sien como si no supiera por dónde continuar y agregó—: Esta mujer que está aquí es la legítima esposa de Doroteo. Ya no le estemos haciendo al tango y démosle el pésame.

Estelita miraba al frente, ya no lloraba y tenía el cuello muy erguido. Entre las manos estaba haciendo tiritas un klínex. La Conchona (que se hacía pasar por arrogante, pero que en la práctica resultaba una mezcla de Sofía Loren con el Cavernario Galindo) se quedó mirando a Fidencio con avinagrado refunfuño y dijo:

—Yo no le doy nada. Para mí, Doroteo no estuvo casado más que con Rosario.

El estropicio estaba hecho. La paz del velorio había sido destruida. Podríamos haber seguido en calma, después hubiéramos contado chismes y chistes de muertos; pero no, se armó el merequetengue.

—Y tú Fide —dijo Marichu, como cualquier fanática del sexto mandamiento—, deberías de ser más respetuoso, ¿cómo traes a esa mujerzuela?

—Mujerzuela su abuela —dijo muy seria Estelita, sin levantarse, sin parpadear siquiera. La concurrencia hizo shlll.

—No me ayude tanto, señora —murmuró Fidencio, con gesto de desabrida misericordia, a su nueva cuñada. Respiró y se pasó una mano, rapidísimamente, por los ojos.

—Ya ves lo que dice, ya ves. No la defiendas Fidencio —aulló nuevamente la Conchona. Sostuvo la mirada fanfarrona, mientras Estelita marcó unos sollozos de apicarado importamadrismo.

La escena era dramática. Se parecía mucho a la que había imaginado que sucedería si hubiera traído a Marina.

El Peneque, desde el rincón de los primos, gritó que si no veíamos que su padre se había muerto; que se callaran, que eran chingaderas, que qué más daba que se hubiera casado o no, que estaba muerto, bien muerto, muertísimo y que eso era lo



único que importaba. Después siguió llorando desconsoladamente. En eso, mi tía María Luisa Mateos fue con parsimonia, desde donde estaba sentada con mis primos, hasta el ataúd. Sin voltearnos a ver, sofocando un sollozo con el pañuelo sobre el rostro, se hincó, sacó un rosario de una bolsa y se largó con el primer misterio. Todos nos fuimos hincando como poseídos por una ola de arrepentimiento. Estelita fue la última en hacerlo. Durante el padre nuestro se quedó sentada, pero apenas empezaron las aves marías, dio un hondo suspiro, empezó a chillar y se hincó. Su voz tenía un no sé qué de plañido obstinado. Nuevas rutas de rímel surcaron su cara. «En serio que qué bueno que no traje a Marina», me dije, «si no, capaz que desquitan conmigo el coraje que deben traerle al difunto». (Dos meses después, esta intuición se confirmó. ¡Mierda!, ¿por qué seré así?, ¿por qué solamente las malas corazonadas me salen ciertas, me puede decir?).

Cuando terminó el rosario, María Luisa Mateos fue y abrazó a la nueva viuda. La manera como ésta se lanzó a llorar, con alaridos y hasta con un «mi Doroteo tan bueno que era», habla del intenso dolor que la embargaba y que de la pura vergüenza había tenido inhibido hasta el momento de ese pésame. Después siguieron algunos de mis primos. Mi papá me dio un empujón y fuimos a decirle a Estelita cuánto lo sentíamos. Mientras la abrazaba me percaté de la similitud del caso de mi tío Doroteo y del mío. A saber: él y yo teníamos un amor escondido; ninguno de los dos nos habíamos atrevido a confesarlo; a mí, mi madre me había amenazado ya con que nunca aceptaría a otra mujer que no fuera Laura; y a mi tío, como en misa de cuerpo presente, la Conchona lo remataba con una tesis semejante; él estaba muerto y yo, jodido; éramos, desde todos esos puntos de vista, un caso sin remedio. (¿Sería esto a lo que mi tío se refería con lo del alma que era nuestra semejanza?) Intensifiqué el abrazo y le dije a Estelita que yo había querido mucho a mi tío, que había sido mi consentido.

—Qué lástima que no me la presentó antes, yo lo hubiera entendido todo — agregué atortolado.

Francamente me había dejado arrebatado por la emoción y sobre todo por el paralelismo que había descubierto con el difunto. Estelita tomó mis mejillas y me dijo, pizpireta, que qué lindo era; bajé la mirada y mis ojos se toparon nada menos que con sus dos poderosas tetas. Me sonrojé todito y me separé de ella. La familia en pleno me estaba mirando. Al fondo, mi hermana Magali movía la cabeza para indicarme que qué poca vergüenza tenía.

Fui inmediatamente a saludar a mi mamá, que me dio un beso friísimo. Magali me pellizó y Aurora me dijo que yo siempre haciéndole a la telenovela Palmolive. Mi tía Chelo, que hacía mucho que no veía, le preguntó a mi mamá que si era yo, y me dijo:

—Pero mira nada más qué feo te has puesto, Enriquito. Quitate esos pelos de la cara.

—Ya su papá le dijo —agregó mi madre— que se deje la barba de candado, se va

a ver mejor, pero no hace caso, Chelo, es muy terco.

Mi prima política Lucy, mejor conocida en los círculos íntimos como la Chisme Caliente, me dijo que qué raro, que ella recordaba que yo tenía el cabello como púas y no así, ondulado y tan sedoso. No le contesté nada, volteé a ver a Estelita. Mi papá la había abrazado con ternura y ahora, con un pañuelo todo arrugado, le limpiaba las lágrimas. Mi mamá, mis hermanas, Lucy y mi tía Chelo, decidieron a punta de miradas, que era un degenerado.

—Váyanle a dar el abrazo a Estelita, ándenle —les dije nomás por fregar y me fui al pasillo. Las dejé con un palmo de narices, sin saber qué contestarme, pero eso sí, sospechando lo peor de los que ya habíamos dado el pésame.

Afuera me encontré con el corrillo de mis primos. Abracé a Godonche y a Paco. El Peneque se había hecho ojo de hormiga. Como nos quedamos callados, Godonche se arrancó el cigarro de la boca, lo estrelló en la pared, y empezó a contarnos cómo se había enterado de la muerte de su padre.

—Me habló esta pendeja a mi despacho —la pendeja era sin duda Estelita—, me dijo que no le preguntara nada, que yo no la conocía, pero que mi papá se había puesto muy mal. Me citó en la farmacia El Fénix, en Gabriel Mancera y Ángel Urraza. Ya desde entonces me chocó su voz chillona. Pensé que era una jalada, pero de todas maneras fui —Godonche siempre parecía reír, aunque estuviera triste o enojado, pues cuando se emocionaba se le salía la parte de adentro de los labios, como si se le quisieran voltear—, la vieja estaba llorando en la puerta de la farmacia y había un chorro de cabrones rodeando un taxi. «¿Usté es Godenche?», me preguntó y sin esperar a que le dijera nada, me señaló el cuerpo de mi papá tendido dentro del taxi. Corrí al auto y les juro que no lo podía creer. No sé de dónde saqué fuerzas, pero ni lloré ni nada. El taxista me dijo que él no podía llevarse al muertito, que por favor lo sacara de su coche y me olvidara de lo que debíamos. La mera verdad me medio reencabroné, pero empecé a sacar a mi papá. Los cabrones me ayudaron y entre unos ocho, lo cargamos de las manos y los pies y lo llevamos a mi volsvagen. Lo sentamos adelante, y sin que me diera cuenta, ya estábamos yo, el cadáver y la vieja, camino de no sé dónde. Fue ahí que la badulaque me contó lo de la boda.

Pense que mi tío Doroteo había sido siempre fiel a su vocación de romántico, a ese lado que, aunque contenido, se le desbordaba sin querer. Su muerte, sin embargo, lo había cogido en una situación fuera de tono. ¿Dónde se quedó la poesía que tanto había amado? Pasó por mi cabeza la imagen de mi tío, pataleando en el taxi, pidiendo que al menos lo enterraran en la rotonda de los hombres ilustres.

—Me contó también —mi primo carraspeó, pero después empezó a hablar como tarabilla— cómo se había muerto papá. La había invitado a pasar la noche al Camino Real, pero que primero irían a comer. Se fueron al Chato de la Palma. Tragaron y bebieron hasta saciarse. Ya en la calle caminaron abrazados hasta el coche. Se subieron para irse derecho al hotel. En un alto, papá abrió la puerta para escupir un gargajo, tosió, se agarró el pecho y se enderezó: ya estaba muerto.

Godonche había contado todo esto casi sin respirar, se detuvo jadeante y nos recorrió a todos con la mirada. No me quedó más que imaginar la continuación de la escena: «Doroteo, Doroteo, ¿qué te pasa? ¡Contéstame Doroteo!», gritaba, abobalicada, Estelita. Mi tío, impávido. Ella lo besa y siente el frío de la muerte en sus labios. «¡Chin!», dice sintiendo una sospecha de albores remotos en la negra oquedad de sus pensamientos, y sale corriendo a buscar un taxi. Siente una fuerte presión en el pecho. Está como loca, empieza a llorar. A lo lejos se inicia el crepúsculo.

—Ya no la quería ni oír, pinche vieja loca, ¿pero qué le iba a decir? ¿La bajaba del auto? —algo como un recuerdo le hizo fruncir el entrecejo y amurrió la cara con fastidio—, ¿y si de veras se habían casado? Mi papá, sentado a mi lado, se me venía encima; otro poquito y chocamos y la vieja diciéndome que lo mismo le había pasado al taxista, que él le decía que le detuviera al muertito, pero que ella no podía porque estaba muy pesado. Pendeja. Fuimos al hospital 20 de noviembre, y nos costó mucho trabajo bajarlo. No nos lo quisieron aceptar porque ya estaba muerto; les rogué, les dije que por su mamacita, que por lo que más quisieran, les ofrecí una feria y ni así quisieron.

—¿Y para qué querías que te lo aceptaran? —preguntó, escondiendo una sonrisa, el inconsciente de Tito, siempre con su morbosidad a flor de piel.

—¿Quién sabe? Ya te quisiera ver en una situación igual a ver qué hacías —le contestó Godonche arrugando la boca con su mueca capciosa.

Hubo un silencio en que Tito quedó achicadísimo y con cara de no lo hice adrede, manito.

—¿Y qué pasó, pues? —intervino Danilo.

—Le hablé a Fidencio, le conté todo y me dijo que me fuera a Gayosso. Les juro que todo lo hice como autómeta, no me daba cuenta de lo que pasaba. Regresarlo al auto fue mucho peor. La gente se me quedaba viendo pero ninguno se atrevió a ayudarme. Traía a mi padre cargado en la espalda, como si fuera el pescadote de la emulsión de Scott y Estelita nomás llorando y contándome su vida. ¿Para qué chingaos quería saber su vida? Puta madre... Hasta que llegué a la funeraria me di cuenta de todo. Me ayudaron a bajarlo y yo me puse a llorar y a llorar.

Danilo lo abrazó y Godonche se puso a llorar nuevamente. Aquí se desató como loco el asunto de que la vida es así y hay que aguantársela. La voz cantante la llevaba Tito y el muy cabrón parecía regocijarse al decir que ni modo, que a cualquiera le puede tocar. Para callarlo, Godonche y Paco lo rociaron íntegro con una mirada de intensa orfandad.

Todo esto que nos acababan de contar, pasaría a la mitología familiar con el nombre de La última travesía.

—Acompáñenme a ver a mi papá —nos pidió Godonche.

Entramos a la capilla silenciosamente. Danilo abrazaba a Godonche; el Chato, a Paco; Tito iba sonriéndole a mis primas; yo pensaba en mi tío, en su vida desconocida

al lado de Estelita, en que alguien hubiera hecho con todas esas anécdotas de su muerte, de su vida misma, una película a colores.

Marichu, la Conchona y Pelancha, mi abuela; lloraban. Ésta, con resabio de añeja coquetería, se recogía las lágrimas al borde los párpados con un puñado de klínex usados. Marichu gemía con voz impostada por el sollozo. A lo lejos, atrás de Estelita todavía, mi tío Fidencio se crucificó sobre un gesto lacrimoso, abriendo los brazos.

Llegamos junto al ataúd. El Chato lo levantó furtivamente. Vi la cara rechoncha, todavía con un poco de color en las crasas mantecas de sus cachetes. «Ser poeta es una predestinación, tío, y a ti te tocó la de perder.» Se me agolpó la sangre en la cabeza y sentí un ligero temblor en el labio inferior. Me recordé del negro prófugo del P. M. T.; de su endrina voz, que entonces, me pareció agorera: «Son las penas que nos dio la misma adversidad, tío, que así como también nos dio felicidad, nos vino a castigar con el dolor.» Pensé en mi tío, pensé en mí mismo, pensé en Estelita y en Marina. «Dejaste abandonada, tío, la ilusión que había en mi corazón por ti.» Hubiera podido seguir dialogando ahí, junto al ataúd, con mi difunto, de no haber sido por el grito de la Conchona:

—¡Fue su culpa, fue su culpa! —gritó, desgañitándose en un fuelle rencoroso de envidia contenida.

Volteamos. Mi primo Hugo y mi tío Raúl detenían a la Conchona para que no se le fuera a ir encima a Estelita.

—Yo por qué —picardeó la viuda—, yo no le di más que felicidad.

Mi abuela se acongojó, ahogando un grito entre el montón de klínex usados que se metió a la boca. Marichu apartó la mirada, cubriéndose los ojos con un brazo.

—Usted se lo acabó, no se haga. Usted, que sólo fue un capricho —arremetió Concepción, haciendo una seña con el dedo, entre dolorida y obscena.

—¿Yo? está loca, yo fui la única alegría de su vida. Si él hubiera tenido los suficientes tanates les hubiera dicho que conmigo vivía un amor desordenado.

—¡Cállese, pendeja! —contraatacó mi tía, vejancona, con labios hinchidos, como de verdulera, negros y enconados.

—Yo le enseñé a conocer la felicidad y de no ser porque ya se nos fue, sólo volvería a conocer esa alegría arrebatada cuando yo lo quisiera.

—Es una maldita, una arpía —comadreó mi abuela, con voz de cante jondo, acercándose a Marichu.

—Por eso cuando sintió que la calaca le pisaba los talones, me fue a pedir que uniéramos nuestras vidas en una sola —cerró Estelita, más que con lástima, con quiebro de zandunga.

Supuse, oyéndola, que mi tío le había enseñado a declamar. Imaginé sus noches, desnudos en su lecho, entre el estruendo de los camiones de la Colonia de los doctores, leyendo las cien mejores poesías de la lengua castellana. Sudor, semen, palabrotas, poesía. ¿Le recitaba mientras se la echaba? ¿Habría recorrido con ella la amplia gama de las experiencias sexuales? ¿Tanta fuerza tiene el amor?

—Ustedes se creen —gritó Estelita con mal disimulada cuquería— los dueños de su vida entera, de su muerte entera, pero vayan a verle la cara, aún ahí, tendido, inventa nuestra aventura con un amor que aún le dura.

Nadie se atrevió ni a irle a ver la cara a mi difunto tío, y menos aún, a intervenir en la broncudalid. El único ruido, fuera de los alaridos de la viuda, eran los pujidos de mi tío Raúl. Si la Conchona se le escapaba habría lucha libre: cabellera contra chichis.

Marichu fue la única que habló, aunque en realidad no se dirigió a nadie. Estaba junto al ataúd, con la mirada en alto, puesta en el crucifijo de la pared.

—¿Cómo pudo ser, Dios mío, que te lo llevaras si íbamos a sufrir este oprobio? ¿O es que tú que todo lo sabes no conocías a la mujerzuela? Ahora con más fuerza, traspasada de aflicción, te repito, si me hubieras matado a mí en vez de a él, todavía tendríamos poeta y seguiríamos sin mancha.

—Maruchita, me rompes el corazón. ¡Maruchita santa! —dijo la Conchona, deshecha, abrazándose a mi tío Raúl.

Pensé en el paralelismo de mi vida con la de Doroteo. Pensé en que si le pedía a Marina que nos casáramos, a lo mejor me moría. Imaginé de todas maneras que si la muerte me sorprendía sin que nadie conociera a mi actual mujer, a la que cortarían el cuero cabelludo era a ella. ¿Qué iba a pensar ella de mis papás? Para ese momento yo tenía un concepto más bien sombrío de mi familia, pero aún me preguntaba si Marina los tacharía de clasemedieros. ¿Los aceptará tal cual son? ¿Y cuál sería la opinión de mis padres? La duda existencial que tantos días me torturó empezó a tomar cuerpo: ¿sería Marina una buena muchacha?, ¿opinarán que es una advenediza?, ¿gritarán que lo único que busca es aprovecharse de mi talento? La duda, ahí merito, se volvió angustia existencial.

No quise quedarme un minuto más. Empezaba a sentir que todo ese pleito era por mi culpa, que yo yacía en el ataúd de mi tío, y que Marina era ya con quien descargaban su ira. Si hubiera sido por mí, en ese mismo momento me iba derecho a la Siberia, ¿pero y mi amor por Marina?, ¿la nueva juventud que me había dado? (usted sabe que estas preguntas no estaban de más, que ella es una mujer extraordinaria, pero con un sentido más bien peculiar de lo que es enfrentar los problemas), ¿mi nueva vocación?, ¿y, sobre todo, la apuesta que había hecho con mis amigotes?

Una vez afuera, le eché una ojeada al cielo, porque de repente (así son los presentimientos) lo sentí excesivamente capotón. El aire olía a humedad y corría un viento como de aguacero. Recordé la canción de Lino Luján, que ni mandada a hacer, nos quedaba a mi tío y a mí: «Yo siempre sostuve que no hay en el mundo ningún otro ser, que tenga belleza de pies a cabeza como una mujer. Ellas son la vida, la chispa divina, la razón de ser.» ¿Qué de raro tiene, tío, que nos hayamos perdido por una mujer?, ¿qué de raro tiene que nos estemos muriendo por una mujer?

Sentí las primeras gotas de una llovizna que pronto se convertiría en chaparrón.

Una señora pasó a mi lado jalando a un niño. Los que esperaban el camión corrieron a protegerse bajo el toldo de una tortería, y otros más, se metieron al portal de Gayosso, que se atestó en seguida. «¿Quién les habrá dicho a los mexicanos que ésta no es una ciudad lluviosa?», pensé yo. Salí corriendo a mi coche con la conciencia de que no me quedaba otra, de que así como Marina me traía felicidad, mi apuesta me venía a castigar con el dolor, y que habría, desde ese momento, que esperar la llegada de la hora cero: el viaje a Acapulco. ¿Pensarían mis padres que el mal ejemplo de mi tío Doroteo había corrido como reguero de pólvora? Ni modo, estaba de por medio mi dignidad, y el sueldo de un mes entero.

Cuando llegué a casa, entré a la recámara y prendí la luz. Marina se sentó en la cama y lo primero que hice fue comunicarle mi decisión.

—Dentro de un mes nos vamos a Acapulco para presentarte a mis padres.

Ella, con su habitual perspicacia, me dijo que las treinta y dos mujeres que estaban arriba no la iban a dejar. Estaba viendo con grandes ojotes hacia el techo. Yo le dije que se olvidara de ellas y ya, pero repitió que no podía, que sin el permiso de las mujeres nunca podría salir de aquel caserón. Lo que me hizo sospechar algo turbio en nuestra plática fue lo del caserón, pues vivimos en un departamento de ocho por diez. No repliqué nada más, recordé que Marina es de esas mujeres a quienes despertar les lleva entre nueve y diez y siete minutos. Estaba más dormida que qué. Empecé a desvestirme dándole el tiempo justo para que saliera de su sueño.

—¡Ay qué horror! —gritó Marina al verme.

Yo me había quedado en calzoncillos y no veía el horror (es más, esa noche llevaba las trusas negras que ella me regaló y que incluso tuve que modelarle un día mientras me tomaba fotografías como para anuncio de Rimbros). Antes de que pudiera reclamarle, continúo:

—Tuve un sueño horrible, mi amor.

—¿Qué soñaste?

—Fíjate que vivía yo con treinta y dos mujeres, pero no te vayas a creer que jóvenes, no, eran de ochenta para arriba. Vivíamos en un caserón bruto que tenía una gran escalera, como para celebrar una fiesta de quince años. Ya sabes como cuáles te digo, ¿no? Bueno, pues sin que nadie te esperara, escuchaba que me chiflabas para que yo saliera. Te veía por una ventana, traías tu saco de pana verde y te veías guapísimo... entonces, bajaba corriendo las escaleras que te digo para ir a tu encuentro, pero las viejas se asomaban al barandal y me decían que no me daban permiso de verte. Y tú, chífleme y chífleme desde afuera. Regresaba a mi cuarto para hacerte señas de que no me dejaban salir y que mejor te fueras. En eso llegaba una de las octogenarias y me decía que te iba a matar. Te gritaba desesperada para que te largaras, pero tú, en vez de correr, te empezabas a desvestir en plena calle. En eso que te veo desnudo y pus claro, me asusté.

A mí, los sueños de Marina me parecen deslumbrantes. «¿Qué sensibilidad tiene esta mujer!», pensé. Nada más acabó su narración, me le eché encima y la cubrí de

besos. Mientras Marina me acariciaba con acaramelada destreza bajo la trusa, me dijo que le había dado mucho miedo quedarse sin mí.

Parecía que la lluvia había amainado, pero de pronto llegó una ola de nuevos relámpagos, y con un nuevo aliento arreció el aguacero, tanto, que los goterones que golpeaban los cristales parecían hacerle comparsa a la pesadilla de mi mujer.

—Ya no pienses en eso —le dije, sobándole los senos.

—¡Qué bueno que ya llegaste!

Entonces, en vez de explicarle que se había muerto mi tío Doroteo, y que su vida corría peligro si la presentaba a mi familia, la convencí de llevar a cabo mi plan acapulqueño, omitiendo, también, la apuesta en que el día anterior me había comprometido. Ella estuvo encantada. Dijo que ya era hora de que conociera a mis papás y que así, en caliente, era mejor. Acordamos que yo me iría en auto al mediodía para preparar el terreno, y que ella lo haría a la mañana siguiente en avión.

Para entonces, ya intuía que mi dichoso plan se iba a ir mucho a la chingada. En mi cabeza surgieron las imágenes de mis anteriores viajes a Acapulco, y no pude sino imaginar que todo volvería a ser un fiasco. Porque fiasco había sido el descubrimiento sexual del primer viaje, y también la enterocolitis que pesqué en el segundo, para no citar la vergüenza que padecimos en el tercero... Pero para que no vaya usted a creer que me la estoy jalando, será mejor que explique aquí por qué la Perla del Pacífico me provocó tan funestos pensamientos y no piense que se me estaba arrugando así nomás por que sí. No, tenía mis poderosas razones, ya verá usted, y después, que cada uno saque sus propias conclusiones.

CUARTA PARTE

*Caminos donde sangrara mi corazón*



Fui a Acapulco por primera vez cuando tenía once años. Mamá había logrado «robarle» al gasto tres mil pesos en el curso de dos años. Nos lo anunció una noche en la que la comadre Amparito estaba cenando con nosotros y mis hermanos y yo estábamos jodiendo con que nos queríamos ir de vacaciones a alguna playa en Semana Santa, que era la siguiente. Mi madre se levantó de la mesa, fue a su habitación y trajo una latita de la que extrajo los tres billetotes de a mil.

—Con esto vamos a irnos de vacaciones, hijos de mi vida —nos dijo muy emocionada, golpeando los billetes sobre la mesa.

Ninguno lo podía creer, menos mi padre que se había quedado mudo. Nos levantamos (los hijos), y le caímos encima a mi mamá para besarla. Papá, cuando recuperó el habla, fue solemnemente hacia su mujer, nos hizo a nosotros a un lado, y le dio un abrazo de medio lado en el mejor estilo de Arturo de Córdova, repitiendo «gracias, gracias, gracias». En estas ocasiones la gente dice «milgracias» y ya, pero mi papá se creía en la obligación de dar una por una las mil veces gracias. Después se dirigió hacia nosotros (mi hermana Aurora ya estaba llorando) y nos dijo que éramos muy afortunados en tener a aquella mujer por madre. No dijo que era una santa porque Ignacio, dando un alarido, se puso a llorar y fue a abrazar las piernas de mamá. Yo fui el último en unirme al abrazo-lloriqueo múltiple. Nunca he sabido por qué en mi familia les da por llorar tanto.

Cuando nos recuperamos de la emoción, la comadre Amparo, que era una de esas mujeres que lo conocen todo, con reto de cantante vernácula, se puso de pie, y con los brazos en jarra, nos recomendó un hotel muy bonito y muy barato, «nada del otro mundo», en el que especialmente nosotros la íbamos a pasar sensacional, y ya que era imposible conseguir una reservación en Acapulco para Semana Santa, ella misma nos podría arreglar en ese lugar para cuatro noches en tres cuartos. Hizo el final de la escena, con un revuelo de faldas, en los medios del comedor. La verdad es que la comadre Amparito siempre fue muy cabrona, pues cuando a la semana siguiente llegamos al hotel no lo podíamos creer, ya que la dirección que teníamos no correspondía a ningún hotel sino a una fonda medio cochinita que despedía un intenso olor a fritanga.

Hacía un calor como de treinta y seis grados esa mañana. El sol estallaba en una de las ventanas de la fonda, en la que apenas y se alcanzaba a leer:

MARÍA DEL SOCORRO  
para familia decentes

—¿Qué tenemos nosotros para pasarlo sensacional en esta porquería? —comentó mi papá acordándose de su comadre.

—Yo creo que nos equivocamos, Felipe —dijo mamá—. Amparo nos dijo que era un lugar muy limpio, pero...

—Ésta es la dirección, ve.

—No, vamos a dar una vuelta. Yo no creo capaz a mi comadre de esto.

Dimos una vuelta haciendo todas las combinaciones con los números que nos había dado, pensando que Amparo era disléxica. Una nos llevó a una zapatería, y la otra a una vecindad que tenía un perrazo que otro poco y deja cojo a mi papá.

Mamá ya nada más decía «¿tú crees Felipe...?»

Regresamos a la fonda. Papá se bajó del auto y fue a preguntar. Para nuestra sorpresa ahí era el hotel. Una mujer gorda, de piel morena, lo llevó hacia el fondo del restorán, corrió una cortina que hacía las veces de puerta y ahí estaba el pasillo al que daban las diez habitaciones. Papá regresó con la buena nueva. Mis hermanas, que ya eran unas señoritas bien desarrolladas, pusieron el grito en el cielo; mamá, de cuya entereza nos sentíamos tan orgullosos la semana anterior, casi se desmaya; los únicos que no repelamos, fuimos: por un lado, Nacho y yo porque ya queríamos ir a ver si de veras el mar tenía tanta agua; y por otro, Tere, la nana de mi hermano, porque el sitio le parecía bastante bien. Se armó una discusión de los mil demonios, que eso estaba refeo, que ni modo, que cómo iban los niños a dormir ahí, que si acaso no había visto el titipuchal de familias que estaban durmiendo en el camellón de la Costera, que qué barbaridad con esta Amparo, que todo estaba llenísimo así que era ahí o en las hamacas que alquilan en Hornos, que ya no le siguiéramos haciendo al cuento y que ni modo, para abajo, aquí nos quedamos, niños.

Conviene aclarar que por sus tres mil pesos, mi mamá pensaba que lo mínimo que nos merecíamos era la suite presidencial del hotel Papagayo. Toda la semana que precedió a nuestro viaje se la pasó diciendo que ya íbamos a ver lo que eran unas buenas vacaciones; que estaba ilusionadísima por volver a Acapulco (ahí había pasado su luna de miel), y esta vez sí iba a ser distinto; que esperáramos a ver nomás. Por eso, lo de la pocilga en que habíamos caído la puso tan mal. Incluso, esa noche, ya que como verá, de cuarto a cuarto se oía todo, escuché que mi mamá le decía a papá, con un suspiro que fue casi un grito, que bien le había dicho que reservara en un hotel de primera.

—Pero cómo crees, Adalgisita. No nos hubiera alcanzado.

—¿Porqué no, si yo me la pasé ahorrando dos años?

—Sí, mi amor, pero en esos hoteles no cobran por antigüedad de ahorro, sino en dinero contante y sonante, sea viejo o sea nuevo.

—No te creo.

—Ve y pregúntales.

—Lo que no te creo es que no nos alcanzara.

—Igual, ve y pregúntales.

Dio otro de aquellos suspiros-grito, y para rematar dijo:

—¡Ay Felipe, todo nos sale siempre mal!

—No es para tanto, mujer, ya viste que los niños se divirtieron mucho hoy. Eso que dices no refleja más que un complejo de inferioridad.

—Pero yo para ellos quiero lo mejor, ¿lo oyes? lo mejor.

De ahí, siempre pasaban a que necesitaban más dinero, y que los chicos deben criarse en un buen ambiente, y que a fulano o sutano le estaba yendo de maravilla, por lo que papá tenía que ofrecer que para el próximo viaje ya vería, la iba a llevar a los Estados Unidos, que se iban a comprar una casa en el Pedregal y que cambiaría de coche.

—¿Qué otra cosa te gustaría mi amor? —concluía papá.

Con eso mi mamá se medio calmaba y le decía que era un soñador.

Del hotel garnachero aquel, recuerdo sus deslavadas paredes verdes que no llegaban hasta el techo, por lo que, como ya le expliqué, se podía oír lo que pasaba en cualquier lado, y que era causa de que fuera imposible dormirse antes de que cerrara el restorán, pues los meseros, que eran todos jotísimos, gritaban melosamente las órdenes de los clientes. Otro recuerdo, fresquísimo, es el de los huevos rancheros que preparaban para el desayuno, ¡eran riquísimos, qué bárbaros! No creo haber tomado mejores en mi vida. Pero sobre todo, nunca podré olvidar que en ese hotel se realizó mi despertar al sexo. Sucedió una noche que no podía dormir a causa del ruido. Algún comelón había pedido como ocho veces chicharrón en salsa verde y después, gritaba un carajo estruendoso.

Tratando de conciliar el sueño, prendí la lámpara de noche y descubrí aquella visión fascinante, dura, cruel, deslumbrante, real, y por lo mismo, inolvidable... los senotes morenos de Tere (no era un sueño, como podría suponer usted, ya que para cuidar que Nacho no se cayera de la cama, Tere dormía en nuestro cuarto). A la luz mortecina de aquella lamparita, vi que Tere estaba con el torso descubierto y que bajo su luido camisón morado se le transparentaban sus pezones. Aquella emoción sólo puede ser comparable a la que sentí cuando vi a Ninón Sevilla en *Sensualidad*, de Tito Gout, pero eso sucedió un año después porque me metí disfrazado de enano al cine Gloria.

En aquella hermosa noche acapulqueña, yo había llegado al clímax de una situación que se había prolongado a lo largo del día, pues desde que fuimos a la playa, Tere me tenía bien chiveado. Creo que cualquiera que la hubiera visto coincidiría conmigo en que era un reventón de la naturaleza: ostentaba unas tetas duras y salidas, que apuntaban obscenamente hacia los ojos de uno; tenía las piernas cortas y torneadas, piernas que sólo le servían para sostenerle un culo alto y redondo. Su único defecto no era físico sino emotivo: cuando escuchaba lo que uno le decía, fuera esto lo que fuera, se quedaba con la boca abierta y los ojos saltones, como si lo que se le estaba diciendo la sorprendiera muchísimo. Aquella mañana yo me le acercaba con cualquier pretexto y le decía pendejada tras pendejada, ella sin embargo, no hacía más que soltar el maxilar inferior y abrir sus ojotes, y yo nerviosísimo, le veía aquel cuerpo tan propenso al cachondeo. (Esta expresión, como comprenderá, no pasaba por la mente del niño, sino que es una manera de evocar los sentimientos que entonces me embargaban.) No era más que mirarla enfundada en su traje de baño negro (de esos de faldita), para que yo sintiera una punzada en el bajo vientre. Era el

sexo, no vacilo en confesarlo, el sexo precoz, del que había tenido noticias apenas unos meses atrás en casa de mi amigo Gustavo, cuando estábamos en la azotea de su edificio, escondidos entre los tinacos, fumándonos unos Carmelitas que yo acababa de conseguir. Del otro lado quedaban los cuartos de las sirvientas, los lavaderos y las jaulas para tender la ropa. Era la hora del crepúsculo, el edificio que teníamos a la espalda estaba teñido de anaranjado y destacaban sobre la orilla de la azotea unas macetas llenas de rosas blancas. Pichín, un primo de Gustavo, nos había dicho que nos iba a decir algo muy importante. Estábamos callados cuando lo soltó:

—¿Saben para qué sirve eso que train entre las piernas?

—Ni maiz paloma —le contestó Gustavo.

El mencionado Pichín, aspiró profundamente del cigarrillo, le dio el golpe y no tosió. Nos miró fijamente a la cara pelando unos ojotes en los que juraría vi encenderse la malevolencia, el entusiasmo, la sensualidad, el sadismo, el placer y quién sabe qué tantas cosas más. Sentenció con voz de locutor de radio Éxitos:

—Pa' coger.

Gustavo y yo nos vimos sorprendidos. Entonces, servía pa'coger. Miramos alternativamente nuestro miembro, la cara desconcertada del otro y la sonrisa libidinosa de Pichín. ¡Pa'coger! Y el primo se dio cuenta de que no habíamos entendido un carajo y con cierto desencanto, nos aclaró:

—No sean brutos. Pa' metérsela a las viejas; y para que se lo sepan, eso no se llama ni el pipí, ni el tilín tolón, se llama la verga.

La muchacha del ocho pasó corriendo cerca de nosotros, se rió y con un portazo se metió en su cuarto. Ya había oscurecido.

En la siguiente media hora, el buen Pichín se convirtió en el guía que nos introdujo en el difícil arte de dejárselas ir a las mujeres. Gustavo y yo apenas hablábamos mientras se nos describía el complicado mecanismo. Para ilustrar sus palabras, Pichín nos narró que durante unas vacaciones que pasó en Yurécuaro, se sopló a una muchacha del pueblo, a la que siempre llamó por su apodo, la Changa. Pues a la tal Changa (cuya descripción física omito por no convenir a los objetivos del relato), le dijo que qué tal si lo acompañaba al río, que él ya había ido y que la verdad estaba bien padre, y ella, que según Pichín ya sabía a lo que se arriesgaba, aceptó. Allá, entre que te baño y no te baño, que mira qué mugrosa estás de ahí, ¡que se la coge!

—¡Ay cabrón! —exclamó Gustavo.

No recuerdo haber recibido revelación más importante en toda mi infancia. Tenía las orejas calientes y aunque estaba haciendo frío, me sudaba la espalda. No lo podía creer. Sin embargo, minutos más tarde, el entusiasmo se derrumbó, pues no sé a cuento de qué, Pichín pronunció la palabra fornicar, y como Gustavo y yo estábamos yendo a la doctrina para hacer nuestra primera comunión, sabíamos que fornicar estaba prohibido por la ley de Dios. Todo se me confundió en ese momento: la cara de Pichín con la del señor Elizondo que dirigía la doctrina; la aventura con la Changa,

con la clase en que memorizamos los diez mandamientos; la explicación confusa del sexto, «No fornicarás», con las minuciosas descripciones que acabábamos de escuchar; la voz tímida de un compañero que le había preguntado a su mamá que qué era fornicar, con la voz etérea de esa supuesta madre, contestando que si el señor Elizondo nos había advertido que eso estaba prohibido, entonces no tenía ningún caso que averiguáramos qué era. Entendí, en fin, que el sexto, no fornicarás, significaba en realidad, no cogerás. Dentro de mí quedó claro que tenía que optar entre el espíritu científico que me nacía al escuchar a Pichín y continuar yo solo mis investigaciones en el terreno del sexo; o, por el contrario, ir por el camino del bien y hacer la primera comunión. Ésa fue la primera vez que sentí que mi cuerpo y mi alma se descuartizaban entre sí, se lo juro.

Pichín nos propuso que nos volviéramos a reunir en el mismo lugar después de cenar, para ver si podíamos piratear a alguna de las sirvientas mientras se encueraba. No había luna y la azotea estaba sumida en las tinieblas del erotismo clandestino.

No asistí a la cita porque me dio miedo caer en un abismo pasional. En cambio, tuve la primera de una larga cadena de noches de insomnio, y mientras imaginaba a Gustavo y a Pichín, atisbando tras los tinacos a la sirvienta del ocho, yo tomé una de las decisiones trascendentales de mi vida: haría la primera comunión en octubre.

Por los siguientes seis meses seguí con dificultad por la senda del bien (hice la primera comunión, tuve un desayuno sorpresa en la Flor de Lis, saqué medalla de aprovechamiento a fin de año, y en vacaciones trabajé de cerillo en Sumesa). Fui, en resumen, un niño modelo hasta que viajamos a Acapulco. Nunca, durante aquel tiempo de santidad, hubiera sospechado que la descripción detallada que Pichín hizo para explicarnos cómo se echó a la Changa, volvería a inquietarme, y mucho menos que esa ocasión tendría lugar en la playa de Caleta mientras veía a Tere quitarse la arena que se le había metido en el traje de baño.

Para la noche estaba que no resistía. Traté de dormirme pero fue peor. Tere aprovechó para bañarse, y mientras yo escuchaba el ruido de la regadera, me imaginaba su piel morena toda enjabonada. Estaba tendido en la cama, recordando (imaginando) la aventura de Pichín con la Changa, a Gustavo que me había contado que cuando regresó a la azotea no se veía muy bien, pero que estaba segurísimo que vio a una de las sirvientas en brasier estraples. Con estos recuerdos empecé a sentir un algo dentro de mí que primero me recorría las piernas, y de repente, me saltaba al pecho, para después manifestarse en mi cabeza en forma de punzada o de la imagen de un ombligo de mujer. Era algo así como un desasosiego. «¿Qué hago», me preguntaba, «entro al baño como si nada y me le quedo viendo? ¿Me meto y le pregunto que si no está muy quemada? Chance y hasta me dice que le zacetée la espalda». Entretanto, mi estado febril iba en aumento lo mismo que el algo que me saltaba de las piernas al pecho y a la cabeza. Hasta en mi propia cara se inició una sensación curiosa: se me paralizaron las mandíbulas. Entonces me acordé que el señor Elizondo me había dicho que cuando el pecado quisiera dominarme, dijera

insistentemente unas cuantas jaculatorias. Quise acordarme de las que me habían enseñado en la doctrina, pero no pude. Empecé, en cambio, a murmurar fervientemente, «no debo pensar en eso, no debo pensar en eso, no debo pensar en eso...», hasta que, no sé cómo, me quedé dormido.

Había pasado con bien la prueba de fuego, cuando el infeliz del chicharrón en salsa verde entró al restorán y me despertó. La primera sensación fue de dolor en las mandíbulas, la segunda de que no sabía dónde estaba. Encendí la luz y ahí si ya no pude contenerme, quedé de una pieza cuando descubrí a la Tere acostadota en su cama. La atracción fue tan poderosa que me levanté y sin saber ya de mí, obedeciendo a una urgencia entonces desconocida, fui a ver de cerca los dos pezones negros, negros y maravillosos. Los miré como a tres milímetros de distancia y sin pensarlo más, se los agarré. Tere dio un brinco y se levantó. No sé por qué no gritó, pues a los once años uno no tiene una erección como para asustar a nadie. Sin embargo, ella se me quedó viendo a los calzones con su boca entreabierta, los ojos inmóviles pero brillándole, como si a pesar del susto, le hubiera invadido cierta frivolidad. Yo, que hasta ese momento no había comprendido lo que hacía, sentí que se me achicaba por completo. Regresé corriendo a la cama, me metí bajo las sábanas y apagué la luz.

Al día siguiente fuimos a Caleta y Tere me acusó con mi mamá de que le había cogido las chichis. Mis padres me mandaron llamar a la palapa. Papá tenía un coco entre las manos y mamá se había puesto los lentes oscuros. Se veía que estaban ahí como esperando pésames. Por eso, cuando dijeron que no se explicaban cómo había caído tan bajo, no me quedó otro remedio que enfrentarme con los hechos y expliqué verazmente que no sabía lo que hacía, que quién sabe qué me había pasado. Como prueba de mi sinceridad dije que no sabía lo que eran las chichis. Me regañaron y dijeron que cómo era posible que me hubiera atrevido, que lo único que faltaba era que yo enlodara el apellido de mi familia en ese hotelucho, que si no me importaba que mis hermanas se enteraran, y en fin, dijeron todo lo que se dice en estos casos. Yo me aferré a la versión de que no sabía lo que hacía, de que había estado como loco. Creí que mi papá me iba a abofetear o agarrar a cinturonzos; sin embargo, lo primero que hizo entonces, fue decir una frase que con el tiempo se convertiría en una especie de estribillo que acompañaba todos sus malos ratos. Se dio un manazo en la frente y exclamó: «Ay Acapulco, me vas a matar.» Estaba mirando hacia el mar. En la arena reverberaba el calor y la luz del sol.

Esa noche mis papás me llevaron a dormir con ellos y cuando creyeron que ya estaba dormido, papá dijo riéndose que yo ya no era un niño y a mí me entró un remordimiento del carajo. El «cómo es posible que nos hagas esto», que había dicho mi mamá en la mañana, todavía me retumbaba en la cabeza. Por otro lado no podía borrar de mis manos la sensación de acariciar los senotes prietos de Tere. De esa noche conservo una herencia: asociar el remordimiento y el sexo con el olor de las garnachas.

Nos regresamos a los dos días. Cuando íbamos por la carretera, antes de tomar la curva desde donde se ve el mar por última vez, papá nos dijo que volteáramos a ver y dijéramos adiós, que ya no volveríamos a ver Acapulco hasta el próximo viaje. En el radio, Elvira Ríos cantaba «camino de ayer, pasado de un romance que fue, camino donde sangrara mi corazón». El sol se ocultaba tras las montañas y el cielo estaba rojo. Mi mamá me miraba con ojos centellantes como si quisiera fulminarme. «Ora sí voy a ser bueno, lo juro», me dije a mí mismo.

Volvimos a Acapulco en dos ocasiones más. En una se nos descompuso el coche en Tierra Colorada y mientras lo arreglábamos, mi abuela que iba con nosotros, nos invitó a tomar unas aguas frescas con quesadillas de sesos que vendían en un jacalón cercano al taller donde estaban ayudando a mi papá. Estuvieron sabrosísimas, pero nos pasamos los siguientes seis días, allá en el puerto, en cama y con unos calenturones de miedo, pues habíamos pescado una enterocolitis de pronóstico. Recuerdo muy poco de aquellos días, excepto que fuimos por primera vez al hotel Versailles, y que mi hermano se la pasó toda la noche jodiendo con que ya iba a entrar la tarantulota, o sea la tarántula monstruo que recientemente había visto en una película de terror. Yo le decía que se callara, pero él, terco que siempre ha sido, empezó a gritar hasta que en vez de la tarantulota entró mi abuela seguida de mi madre. La primera, que profesaba la doctrina del melodrama hasta la obcecación, nada más se lamentaba «se nos muere el niño, ¡se nos muere, por Dios!». Mi madre, ariscándose, la veía con ganas de comérsela, mientras abrazaba a Nacho. Después llegó mi papá y ella, mi abuela, permitió que se le rodara una lágrima, acucó la voz y dijo que éramos una familia muy desafortunada.

—¡Ay mamacita, tienes corazón de pollo!

Yo, que no estaba menos enfermo que mi hermano, me volví para ver a la abuela, que es una mujerona rolliza, regia y plebeya, de más de cien kilos, y no me explicaba cómo podía tener corazón de pollo. Mucho tiempo después entendí que mi papá quería decir que su madre era muy sensible, beatona, y que cualquier asunto lo convertía en tragedia.

No regresamos a Acapulco en los siguientes seis años. Aquellas primeras experiencias habían puesto al descubierto nuestro destino y la mala fortuna que nos cargábamos. Seguro alguien nos había echado mal de ojo. Por ese tiempo Aurora tenía un novio que le había enseñado a «manejar» la ouija, y según ella, la había consultado acerca de nuestros fracasos acapulqueños, poniéndose en contacto con la tía Julia, una vieja antepasada nuestra que había vivido en el puerto, y que ella, o más bien su espíritu, le dijo que la familia Guerra tenía jetatura, así nada más dice que escribió la ouija: HAY JETATURA. Lo crea o no, la ouija, el espíritu de la tía Julia o quien fuera, reafirmaba que estábamos marcados por un negro maleficio.

Lo peor vino cuando se organizó la excursión familiar en la que participarían tíos, abuelas, primos, amigos, etc., ya que mis padres fueron débiles y accedieron a ir. Yo estuve a punto de pedirle a Aurora que consultara la ouija, pero ya estaba de novia de

un muchacho que tocaba la guitarra y no se interesaba más que en la música. Sin embargo, hubo cierto temor por nuestra ida, pero mi tío Fidencio dijo que cómo íbamos a faltar nosotros en la caravana «Aguerrido-cultural del Clan Guerra» (así había bautizado el oaxaqueño a los doce coches y tráiler en que nos fuimos todos).

—Mira Felipe —dijo—, yo vine desde Oaxaca nada más por este viaje. Es muy importante hijo, yo diría que nos jugamos el honor de la familia.

Sus palabras fueron proféticas, pues ésa fue la vez en que mi madrina Marichu estuvo a punto de ahogarse en Caleta, mi abuela de cumplir la vieja promesa de que ese año se nos moría, y por una serie de malos entendidos, todos acabamos en la cárcel, poniendo el honor de la familia, que estaba en juego, como trapeador.

El episodio que sigue es tan conocido en mi familia que de él debió usted haber oído al menos tres versiones distintas. Si ahora voy a referirme detalladamente a aquel viaje, es con la sola intención de precisar algunos hechos.

Salimos en caravana a las cinco de la madrugada. Nos habíamos revuelto en los coches y el contingente más vacilador se organizó en el tráiler. Los hermanos mayores, o sea, Fidencio, la Conchona, Doroteo, Marichu, Clemen, Narciso (esposo de la última) y mi abuela (que no era su hermana, sino viuda del difunto Baraquiél, gemelo de mi tío Fidencio) se distribuyeron la autoridad de la comitiva. A Doroteo y Fidencio les correspondió el tráiler, donde fundamentalmente estábamos los primos; a la Conchona y Marichu, los coches en que iban las muchachas; mi abuela, Clemen y Narciso, estuvieron a cargo de los niños; los hijos (como se conocía a la generación de mis padres: mi tío Raúl y mi tía Josefina; mi tío Gregorio y mi tía Chelo; y mi tía María Luisa Mateos, que no era hija de nadie conocido, pero que de todos modos era tía y formaba parte del grupo de los hijos), no estuvieron encargados de nada. De todos mis familiares, solamente faltaba mi tío Tacho, esposo de la Conchona, que como tenía un alto cargo en el Departamento Central, no pudo ir porque se le presentó un problema de última hora.

Cuando apenas íbamos por el monumento a Morelos, antes de llegar a Tres Marías, la caravana se detuvo y Marichu nos bajó a rezar tres padrenuestros, para que Doña María, la difunta abuela (madre de los hermanos mayores), nos protegiera en aquel viaje. Hacía frío, se estaba levantando la niebla y el sol se asomaba a lo lejos iluminando la arboleda de rojos esfumados. Nos hincamos en rededor de Marichu, que rezaba sola la primera mitad de la oración, y después la completábamos todos a coro. Cuando terminamos, mi tía Conchona estaba llorando porque extrañaba mucho a su esposo. Para que la lamentación no se extendiera, Chelo sacó de quién sabe dónde, tres canastas de tacos sudados y tamales, y además, varios termos con atole de fresa. Fidencio pasó, clandestinamente entre los muchachos, un garrafón con mezcal de Oaxaca. El campo mexicano, a la luz muerta de la madrugada, tenía la vastedad desolada y vacía de un mar petrificado.

Después nos fuimos. Yo iba en el tráiler donde los encargados de imponer disciplina eran los más atolondrados. Mi tío Doroteo, que ya tenía en la cara los



primeros signos de la irracionalidad que poco después sería la causa de que estuviéramos en la cárcel, nos hizo prometerle que íbamos a hacer de aquel viaje una epopeya. «Quiero que hagamos todo lo posible para que estos días queden grabados en nuestra memoria», dijo así, y no que iba a romperle la jeta a los que no echaran desmadre, como mi primo Godonche le echó en cara la navidad siguiente.

Llegamos a Acapulco poco después de las once. Teníamos reservados dos pisos enteros en el hotel Versailles, y los encargados de la autoridad repartieron rápidamente los cuartos. Nos ordenaron que a más tardar estuviéramos en media hora de regreso en el lobby o perderíamos la mañana.

Poco después del mediodía ya estábamos en Caleta. Era una mañana estupenda, por la lontananza amarilla del piélagos, el sol resplandecía. Todo iba saliendo a pedir de boca, nada más nos faltaba un poco de alegría, y yo fui, lo confieso, el que fue a decirle a Fidencio lo del ambiente.

—Calmantes montes, alicantes pintos. Todavía no lo hemos organizado, pero ya se me va a ocurrir algo.

Nunca hicimos el buen ambiente porque antes llegó el remolino que nos levantó, o sea los gritos que venían de la playa.

Para que ni usted, ni nadie me tilde de mentiroso, reproduzco aquí las palabras de mi tío Fide, según se leen en el acta que esa noche levantó un juez del municipio de Acapulco, Gro.

*A continuación, el señor Fidencio Guerra pasó a describir los acontecimientos de esa mañana: «Estábamos todos muy quitados de la pena, señor Juez, disfrutando de estas vacaciones que nos pintaban extraordinario. Los mayores preparábamos unas cubas con las cocas que había traído mi hermano Doroteo, y los jóvenes estaban divididos entre si caerles a unas muchachas, que según ellos estaban muy buenas, o defender a sus primas, las que ya eran presa de la acechanza de un puñado de pelafustanes. Me acuerdo que yo estaba diciéndole a mi sobrino Danilo, así le decimos a ese flaco que está escondido allá atrás (Don Fidencio señaló a uno de los muchachos que también se encontraba en el juzgado), que no dejara que sus primas se mezclaran con la pelusa, y no me hizo caso, pero Godonche, este otro, que cree que siempre tengo la razón en todo, ya iba camino a madrearse con los tipejos. Cuando en eso vemos que en la playa empieza a juntarse la gente y que escuchamos que alguien grita “se nos muere, se nos muere, ¡ay, Dios de mi vida, se nos va!”. Y cuál no sería nuestra sorpresa, señor juez, cuando reconocimos que la gritona era Pelancha, mi hermana política. Ni tardos ni perezosos pelamos gallo rumbo al mar. Ni tiempo tuvimos de darnos cuenta de lo que había pasado porque vimos que el salvavidas venía con Marichu en brazos. Estaba pálida, con la mirada extraviada y daba unas pataditas rete feas. El tipo la llevó hasta una de las palapas, y ahí, dizque le dio respiración de boca a boca, y después de moverle los brazos para arriba y*

*para abajo, que la cochinita de mi hermana vomita. No sé cómo, al rato ya estábamos en el hospital».*

Todos estuvimos de acuerdo en que la versión de mi tío Fidencio era lo más apegado a lo sucedido. Todos menos mi tía Conchona, que, por lo general, tiene crispaciones, gritos, ahogos, soponcios y otros mil remilgos de dama nerviosa; y por ráfagas, fulgura en su pensamiento la certeza de una conspiración en su contra o de alguno de sus familiares (generalmente mujeres). Por eso, cuando mi tío finalizaba con aquella narración que debió hacerlo famoso, lo interrumpió. Presa de la angustia y la tensión común a este tipo de situaciones, acusó a su hermano de asesino.

—No mientas canalla, lo que tú querías era matar a Marichu que es una santa, y no como tú, un tarambana.

La Conchona se refería a que Marichu sufría desde hacía tiempo de repentinos ataques que la paralizaban, por lo que ella (Conchona), le había pedido que no se arriesgara, que para qué tentaba a Dios de paciencia metiéndose al agua, no quería asustarla pero tenía una corazonada muy fea. Fidencio intervino y le dijo que hierba mala nunca muere, que dejara de estarle metiendo esas ideas a Maruchita y la dejara ir a disfrutar del ritmo acariciador de las olas del mar. Mi tía le dijo al juez que por eso no insistió, que ella no quería pelearse con nadie; sin embargo los acontecimientos habían venido a demostrar que tenía razón.

—Me imagino —agregó mi tía totalmente fuera de sí— que ya lo tenías todo planeado. Desde chiquito la traías con la Marichu. ¡Tú la querías matar, canalla!

La exclamación de la Conchona fue risible, la mueca de mi tío Fide, en cambio, fue tormentosa.

No bastándole con lo ya dicho, mi tía quería que el juez levantara un acta especial en que constara que ella acusaba a su propio hermano de intento de asesinato. Solamente la intervención de mi primo Hugo, hijo de la en ese momento histérica, hizo que ésta se calmara. El señor juez, profundo conocedor de las contradicciones del ser humano, pasó por alto esta acusación, y por eso en el acta no se nos imputan, también, los delitos de resquebrajamiento familiar y fratricidio frustrado con agravantes.

Pero eso pasó en la noche y no es bueno que le adelante el desenlace de esta historia. Volvamos a la recuperación de mi madrina Marichu, todavía en la playa: cuando su respiración se volvió más o menos normal, el salvavidas nos dijo que la lleváramos urgentemente al hospital. Salimos pitando para allá e hicimos una llegada apoteótica. Adelante iba Gregorio con su mamá en brazos; atrás, mi tía Conchona jalándose los pelos, y mi abuela rezando; después venían Fidencio echando pestes y refiriéndose a la accidentada como la pendeja de su hermana, y mi tío Doroteo muy cariacontecido; y hasta atrás, en bola, todos los demás, con cara de arrepentimiento, acordándonos de todo lo que le habíamos hecho a Marichu cuando éramos chiquitos.

Ya dentro del hospital, el doctor Heredia, un tío lagartón, medio engréido, ordenó que le dieran a mi madrina un poco de oxígeno, un calmante y que se la llevaran a un lugar apartado en donde pudiera estar en reposo. Después de una hora más o menos, el galeno regresó a la recepción (nos habíamos instalado en ella como si estuviéramos de protesta e impedíamos el paso), y nos dijo que para él la crisis estaba superada. Nos sugirió, además, que nos lleváramos a la enferma al hotel y le diéramos todo nuestro cariño, que se veía que estaba muy necesitada del afecto de sus familiares.

—Usted no nos puede pedir eso, doctor —dijo la Conchona muy seria— no me refiero a lo del cariño sino a lo de llevárnosla. ¿Qué tal si se nos agrava? ¿Qué tal?

Nos volteó a ver. Tenía encendidos los ojos y la contracción de una sonrisa en la boca. Todos permanecimos de lo más callados y le dimos a entender con nuestro silencio que estábamos de acuerdo.

—Mire, doctor —agregó todavía muy seria y yo diría que aún con forzada circunspección— mi hermana es el pilar y espíritu de nuestra familia, no nos podemos arriesgar.

(Dijo «pilar y espíritu de nuestra familia», muchos están dispuestos a atestiguarlo si es necesario, y no como ella se las estuvo dando cuando fue a la marcha en pro de los derechos de la mujer: «Yo siempre he sido feminista, por eso una vez dije que mi hermana Marichu era el pilar y espíritu de nuestra femineidad.» Miente.)

—Doctor —suplicó mi abuela con voz meliflua— por lo que usted más quiera, deje que Maruchita se quede a dormir en el hospital.

Nadie se va a ofender aquí si digo que Marichu era más bien apocalíptica, y que teníamos miedo de que, en el hotel, le fuera a entrar uno de sus múltiples espeluznos y nos hiciera una escena similar a la del temblor del 57, en que salió a la calle y se confesó a gritos.

El doctor Heredia accedió a nuestra petición y asignó a la accidentada la habitación 308. Inmediatamente abandonamos la recepción y nos fuimos al tercer piso. Trajeron a mi madrina en camilla. La parentela le hizo una valla de honor desde el elevador, a lo largo de todo el pasillo, hasta la puerta de su cuarto. Todos le decíamos frases comprensivas.

—Nunca te vamos a abandonar, hermanaza —venía diciendo Doroteo, que caminaba al lado de la camilla, tomando la mano de mi madrina— ¿verdad que no familia? A ver, una porra, una porra.

En un tiempo récord le echamos un siquitibún, un goya y un güélum. Maruchita estaba conmovidísima.

—Aquí vamos a estar al pie del cañón, mamá —concluyó mi tío Gregorio, arrebatado por las lágrimas, antes de que metieran a su progenitora a la habitación y la enfermera nos dijera que esperaríamos tantito en el pasillo.

En la noche pasó algo que puso en duda la afirmación de que nos íbamos a quedar al pie del cañón: hicimos la votación para nombrar una guardia nocturna. Se eligió un representante de cada uno de los grupos. Por los hermanos mayores se nombró a la

Conchona; por los hijos a mi padre pero mi abuela dijo que eso no lo iba a permitir y se ofreció a sustituirlo; por los primos se quedó Hugo, que ya desde entonces se creía diputado y se la pasaba pensando en la forma de grillar a la familia. El resto de la familia se dividió en tres bandos: el contingente que se fue al hotel, principalmente compuesto por mujeres y niños; el de los señores, que se fue al frontón a ver el jai alai; y el de los primos, que nos quedamos afuera del hospital sin saber qué hacer hasta que se nos ocurrió la brillante idea de irnos a un burdel. (Ahora se sabe que la sugerencia inicial provino de mi primo el Chato, aunque él con frecuencia lo niega, pero esa vez dijo que como era antropólogo social, conocía un cabaret llamado «Aquí me rindo», al que en una ocasión había ido a hacer un levantamiento de campo. Tito siempre lo jode con eso, sobre todo cuando está borracho. «¿Todavía tienes esa idea tan putañera de la antropología, Chato?», le dice por cualquier cosa.)

Nadie sospechaba que la páfida fortuna nos asestaría un mandoble de padre y muy señor mío, y que en esa misma noche tendríamos que comparecer como viles delincuentes ante el Ministerio Páblico, acusados por las autoridades del hospital donde descansaba mi madrina, de disolución social y faltas a la moral en la vía pública. Los hechos se encadenaron de la siguiente manera:

Llegamos muy quitados de la pena al cabaret y nos recibieron como reyes, sobre todo al Chato, que no sé por qué le decían señor doctor, unas y Fito, otras. (No sé por qué, pues el Chato se llama Guillermo y no Rodolfo; y no es doctor, sino antropólogo como le había dicho.) En aquel alarde de risas, alburess, y frases toreras, se advertía la amanerada repetición de un rito. Mi primo hizo que rápidamente nos juntaran varias mesas y nos trajeran botellas de aguardiente de caña, de la sierra de Guerrero, que él decía que era una delicia para el paladar, aunque la verdad cuando lo prueba uno parece que se está cepillando la campanilla.

El cabaret estaba iluminado con luz negra. Frente a nuestra mesa quedaba la pista de baile, en que muy apretaditas había tres parejas, y un viejo greñudo y narigón, que era el encargado de recoger los vales o cobrar un peso por cada pieza. Atrás de la pista estaba la barra con el coime, un cantinero, y dos meseros. A nuestra derecha quedaba el lugar de la orquesta (compuesta por tres carcamales que tocaban respectivamente la batería, una guitarra y un violín; además, había un muchacho con el pelo envaselinado, con una flauta en la mano). A la izquierda, encandilándonos, estaba un mural en el que se mezclaba el foro romano con la torre Eiffel, surgiendo ambos de un mar verde fosforescente; por este mismo lado se iba al pasillo que conducía a los cuartos y a los baños.

Hasta este momento he omitido referirle los sentimientos que me embargaron desde que decidimos irnos al burdel, y que la verdad me habían hecho olvidar los sucesos de aquella mañana. Pero es tiempo de confesárselo: ésa era la primera vez que iba a una casa de putas y como fácilmente comprenderá, el miedo me estaba consumiendo. Mientras todos se veían de lo más contento, yo traía los ojos pelones, me tropezaba a cada rato y en vez de reírme, enseñaba los colmillos. Sin embargo, el

Chato fue el único que notó mi nerviosismo.

—Tú eres quinto, ¿no? —me preguntó con los ojos entornados, como quien intenta adivinar.

Me cubrí la cara con las manos y dije un sí apenas audible, pues me daba mucha pena que a los diez y siete años todavía fuera virgen. Chato me revolvió los cabellos de la nuca y me dijo que no me preocupara, que lo dejara todo en sus manos.

—Cómo quiero yo a este cabrón —agregó en voz baja.

Mientras tanto, varios de mis primos se estaban organizando para pasarla de maravilla. Danilo empezó la colecta del cambio, o sea que nos pidió que soltáramos la feria y se fue a comprar los boletos para entrarle a la bailada. Godonche, que pensábamos que era de una timidez ejemplar, reclutó a las muchachas, y nos las presentó por los apodos que en ese momento les inventaba: «La miniputa de transistores», «nalgas tibias», «ochichornia», etc. El Peneque, que tenía vocación de imitador, se fue a cantar con la orquesta; su primera interpretación fue *El beso*, la cantaba igualito que Juan Lejido, «el churumbel»; Tito, Fide chico y Paco, le hicieron el coro. «En España, bendita tierra, donde puso su trono el amor, sólo en ella el beso encierra, armonía, sentido y valor.» Cuando llegaron a lo de el beso, el beso, el beso, mis primos lo coreaban tirándole besos a las muchachas.

En ésa estábamos, cuando el Chato se paró al centro de la pista, pidió un minuto de atención e hizo que la orquesta se callara. A su lado se encontraba una muchacha morena, delgada, con el pelo suelto hasta los hombros, y vestida con un vestido de holanes como los que usaba Annabelle Gutiérrez para hacerse pasar por buena gente.

—Esta noche —se arrancó el Chato con desgaire rancheroso— es muy especial para mi familia, porque mi primo Enrique, a quien tanto quiero, se va a estrenar.

Después de esta última frase, el griterío no me dejó oír qué más dijo, nada más vi que mi primo me señalaba a la morenita y le acariciaba una nalga. Las voces se mezclaron, unos decían que al fin; otros, que ya ni la chingaba, que ya estaba bastante güevoncito para salir con ésas; la mayoría coreaba a los gritos «que se la coja, que se la coja, que se la coja». Un señor que quién sabe de dónde salió, fue por mí, me tomó de la mano y me llevó hasta donde estaba el Chato. Como yo iba todo de blanco, con la luz negra, relumbraba. Los gritos se volvieron un único y constante chiflido.

—Maestro —dijo el señor desconocido dirigiéndose a la orquesta y sosteniéndose de mi brazo porque andaba bien pedo— tóquenles un vals para que bailen.

La orquesta, por propia inspiración, o a sugerencia de el Peneque, continuó con la música de los churumbeles. El ruco del violín se paró al borde del pequeño estrado y empezó a tocar *La leyenda del beso*. Yo tomé del talle a mi compañera, ella se me acercó, me abrazó, y me dio el beso más perfecto que hasta entonces hubiera recibido. Se me nubló la vista y me flaquearon las rodillas, pero empecé a bailar mientras todos aplaudían. Miré al Chato que se fue, agitando las manos. Los aplausos, el ruido, la música, todo se me fue alejando, acallando, hasta que el salón quedó en silencio, como pasa en algunas películas para recalcar las emociones de los

personajes. Nosotros bailábamos en cámara lenta. Miré a mis primos. Parecían de retablo. Sin pasado ni futuro, sin hablar siquiera, hechos tan sólo de movimientos detenidos, sin más razón de vida que la de estar entre aquellas luces, festejando mi estreno. Un mordisco que mi compañera me dio bajo la oreja hizo que la música, hueca y zumbona, llegara nuevamente hasta mí. Cerré los ojos y empecé a sentir mi erección entre los muslos. ¿Estaba todavía en Acapulco? ¿Cuánto tiempo había pasado desde nuestra llegada? ¿Qué noche había sido aquella en que le agarré los senotes a la Tere? No escuchaba más ruido que los latidos de mi corazón y el murmullo, apagado, del violín tocando *La leyenda del beso*. Pensé en el cuarto al que la morenita me murmuraba que nos fuéramos. Lo imaginé rojo; con gruesos manchones de salitre en los rincones; con un botellón de barro sobre un buró; las sábanas percutidas, cubiertas por un sarape azul chillante; un collar de ajos colgados tras la puerta; y en vez de la estampita de un santo, una imagen, enorme, de Tongolele bailando al ritmo de los bongóes. Poco a poco iba entrando en un ensueño. Me sentía en un concurso de baile, mi número trece en la espalda, la gente viendo cómo, lentamente, mi compañera y yo movíamos los pies; al fondo, un letrero de luz neón, sobre el mural fosforescente. No tenía necesidad de que nadie me dijera lo que seguiría, vendría el juez y me daría la copa con los quinientos pesos; el humo de los cigarrillos se dispersaría bajo las aspas del ventilador, yo alzaría los brazos en señal de triunfo, y me iría, entonces sí, a esa habitación que me sabía de memoria, que el cine, las canciones de Agustín Lara, las pláticas con mis compañeros, me habían enseñado palmo a palmo.

Un aplauso estremecedor me hizo abrir los ojos y el chillido continuado me sacó del ensueño. Mi compañera, con exagerada morisqueta, me tomó del brazo y empezó a caminar rumbo al mural fosforescente. El pasillo se iluminó y desde ahí me sonrió un tipo que era igualito a Rodolfo Acosta, es más, yo creo que era el verdadero Rodolfo Acosta. Tomé del talle a la morenita y pensé en una naturaleza llena de cantares contenidos, de gritos ahogados, de saltos maestros y besos sin fin. Pensé en si Acosta iba a resistir la envidia que le estaba dando al verme con aquel cuerazo.

Mis primos se acercaron en bola y me dijeron que ellos me invitaban.

—Este palito va por nuestra cuenta —me gritó Danilo desde la orquesta.

Después se pusieron en fila, y uno a uno, besaron la boca a mi futura desquintadora. Cuando terminó la fila, el Peneque empezó a cantar como Pedro Vargas: «En la eterna noche de mi desconsuelo, tú has sido la estrella que alumbró mi cielo. Y yo he adivinado tu rara hermosura.» Estaba pensando que alguna vez haría una película romántica con aquella experiencia; yo actuaría como mí mismo, y en el papel de mi compañera pondría a Lyn May. Cerré la puerta. La voz de mi primo se volvió un mero murmullo. «Santa, sé, sé mi guía en el triste calvario de vivir. Aparta de mi senda todas las espinas, alienta con tus besos mi desilusión.» La morenita se estaba sacando el vestido; se avizoraba, encendida y ambiciosa, batiendo los párpados pintarrajeados; traía tirantera negra, y las medias estaban luidas. Me quité la playera,

los pantalones y empecé a sentir que entraba en el reino de los cielos.

Cuál no sería mi sorpresa cuando al regresar al salón me encontré con toda la prole masculina de mi familia. Si le digo que toda, me estoy refiriendo a que los que se habían ido al frontón, también estaban ahí. No fue más que verme para que levantaran los brazos y empezaran a agitar sus pañuelos blancos. Mi padre me recibió en primer lugar, me abrazó diciéndome hijo de mi vida, eres canela pura, hijo mío, me has llenado de orgullo; después me levantó el brazo como si yo fuera el Pajarito Moreno y acabara de madrearme al Toluco López.

Cómo fue que los mayores llegaron al cabaret, se preguntará usted. El acta judicial a la que antes me he referido, lo consigna de la siguiente manera:

*Sobre lo que los llevó a tan incómoda situación, el señor Doroteo Guerra dijo: «Estábamos a toda madre en el frontón, hasta que a mi sobrino Raúl se le ocurrió que apostáramos todo el dinero que tuviéramos a los rojos, y ni tardos ni perezosos, que le llegamos a la apuesta. Con eso ganamos un chorro de dinero y nombramos a Raúl administrador único de nuestros fondos, por algo es contador de la Iem Westinghouse. Hubiera usted visto señor juez, la alegría que nos dio. Lo malo fue que al rato habíamos ya ganado tanto dinero, que Fidencio sugirió que nos fuéramos de putas, perdón, pero así dijo Fide, y nos fuimos. La llegada al cabaret “Aquí me rindo”, se registró al filo de las 12:30 a. m. Ahí nos encontramos con toda la sobrinada, que para esas horas ya era la dueña de la pista, hasta mi hijo, el Peneque, cantaba con la danzonería del lupanar. Se la estaban pasando como en el paraíso, se traían un ambientazo que no vea. No puedo negar que hasta envidia nos dio, los veíamos a todos tan cachondones, tan jóvenes, tan... tan... no sé como explicarlo, y nosotros, como usted notará, ya no estamos en la flor de la vida, más bien estamos medio vejestorios, pero eso sí, señor juez, muy entrones, y por eso, haciendo de tripas corazón, que le llegamos a la pachanga. ¿Para qué le cuento más? Aquello fue inenarrable. Le entramos al bailazo, a la guarapeta, a todo, a todo. Y en eso que mi sobrino el Chato viene a brindar con nosotros, porque Enriquito, el hijo de Felipe, estaba en una encerrona con una de las muchachas. Nada podría habernos alegrado más. Perdóneme que entre en detalles, señor juez, pero son muy importantes, de otra manera no se entendería nada. Le digo, pues, que nos dio mucha alegría, sobre todo a Felipe, que no paraba de echar gritos del tipo ¡ése es mi muchacho!, o, la debe traer zumba, etc., etc. Porque la verdad, mi estimado señor juez, Enriquito nos traía muy preocupados, imagínese, ya tiene diez y siete años, y de aquello que le cuento, pues nada, así como lo oye, nada. Su papá, nomás para festejar, invitó una copa a todo mundo. Ahí sí que el jolgorio alcanzó proporciones que rebasan la imaginación. Recibimos a Enriquito con hurras y lo bañamos con una botella de ron. Nos reunimos al centro de la pista con toda la concurrencia y bailamos La raspa. ¿Qué más podíamos pedir? Todo siguió de maravilla hasta que*

*Gregorio, que siempre tuvo fama de ser muy decente, se cayó de una mesa en la que estaba bailando con una gorda horrible. Todo lastimado, sobándose un ojo y limpiándose los mocos, nos dijo que cómo era posible que estuviéramos de juerga, si su mamá, nuestra amada Maruchita, estaba tirada en el hospital. Nos sentimos de lo peor, y Raúl, que seguía administrando nuestros fondos, dijo muy solemnemente que tenía razón, contrató a la danzonera y nos ordenó que nos fuéramos a darle gallo a mi hermana. Todos creíamos que era lo mejor que se le había ocurrido a Raúl en su vida, la verdad. Y ahí vamos, señor juez, pero le juro que lo que queríamos era demostrar nuestro amor, teníamos el pecho inflamado, lo de Enriquito nos había llenado de orgullo, y aunque todo haya acabado en lo que usted ya sabe, nuestra intención era sana, por ésta, señor juez, no soy yo el que le va a inventar excusas nomás para que nos perdone».*

Yo apenas y me di cuenta de todo eso pues ya estaba más bien trompeta. Parece que en los tres coches en que habíamos llegado y cuatro taxis más, nos fuimos al hospital, familia, danzonera y hasta algunas putas. Yo, huelga decirlo, llevaba a mi compañera bien agarrada. A partir de ese momento todo es confuso. Dice Danilo que insistía en presentársela a mi mamá; Godonche, en cambio, insiste en que le reclamaba y le decía que me regresara lo que me había robado; Chato asegura que me quería casar en la playa al estilo apache; Paco dice que fuimos bien putos porque lo que él quería era que fuéramos por mi madrina y la lleváramos al burdel; mi tío Doroteo siempre afirmó, hasta el día de su muerte, que aquel gallo encerraba el sino de la familia Guerra, pero ni aun en ese nefasto día aclaró en que consistía ese sino; el Peneque me contó que una vez que estuvimos en la acera de enfrente del hospital, él empezó a cantar y que el resto nos dedicamos a bailar, menos mi tío Fide que le hacía segunda y le decía qué era lo que debía cantar; según el mismo Peneque, antes de que llegaran los policías, cantamos *Canción mixteca* (que es la preferida de Marichu); siguieron: *Como dos puñales*, *La chancla*, *Mi querido capitán* y *El corrido de Rosita Alvérez*, La autoridad irrumpió cuando con todo y putas, entonábamos a grito pelado *Los hermanos Pinzones*.

Como digo, gracias al estado en que me encontraba no puedo dar una versión precisa de esta parte de la historia; sin embargo, recuerdo vagamente los gritos de la policía, los pitidos prolongados y un sálvese quien pueda que, dicen, fue emitido por mi tío Gregorio. Todo se me mezcla, por ahí me parece escuchar un lamento de mi abuela, creo que era mi abuela porque solamente ella es capaz de gritar de esa forma «San Judas Tadeo, no permitas esto» (ella es fanática de San Judas Tadeo, el apóstol de las causas desesperadas).

Tratando de averiguar la verdad, mi tío Tacho me enseñó una carta que recibió en el Departamento Central y por la cual se enteró de lo sucedido. La carta está escrita en tercera persona, no lleva firma al calce y no se sabe quién se la envió (mi tío Tacho



hasta el día de hoy sospecha que se la mandó Tito, porque en el fondo, dice, mi primo siempre tuvo vocación para cronista de sociales). En uno de sus fragmentos la carta dice así:

*Antes de que la policía pudiera llevárselos, salió la señora Esperanza a suplicar que no se llevaran a su hijo. El teniente, Don Gumersindo Loera, que estaba al mando de la fuerza pública, afirmó más tarde que la mencionada señora no entendía que se los tenía que llevar a todos. Doña Pelancha decía que su hijo no era responsable de nada, que seguro que no sabía lo que hacía. A lo que Don Gume, en un claro propósito por tranquilizarla, le respondió que eso ya lo decidiría el juez, pero que él tenía que llevárselos a todos, que lo disculpaba pero él solamente cumplía órdenes de sus superiores. Entonces, la señora viuda de Guerra, ilustrando con todos los ademanes que tuvo a su alcance lo que una madre puede sufrir, empezó a gritar que si tenían que llevarse a su hijo, al menos no se llevaran a su nieto, que iban a dejarla desamparada en este mundo. El teniente Loera se conservó en una actitud incorruptible, con una firmeza que más tarde el mismo juez ensalzaría. «Es una orden, muy señora mía, que nadie impedirá que cumpla.» El propio Don Gume explicó más tarde la difícil prueba a la que su temple había sido sometido cuando la señora Doña Esperanza Aramburu Vda. de Guerra, le insinuó lo del dinero, y peor aún, cuando sin razón alguna, empezó a proferir insultos de tal calibre, señor, que es imposible reproducir aquí. Lo que sí ya no resistió el temple de Don Gume fue cuando Fidencio dio a entender que el policía era hijo de una de las señoras de mala reputación que les habían acompañado, desde el lupanar, hasta ese lugar. Eso fue, sinceramente, ir demasiado lejos. El teniente Loera ordenó a sus subalternos que se trasladara sin dilación a los acusados hasta el recinto de la delegación, y que si tanto la señora Pelancha, como el poco agraciado de Don Fidencio, se sentían injustamente tratados, que reclamaran a las autoridades del hospital, ya que ellos, y nadie más, habían sido quienes denunciaron el acto delictivo de su familia. Nadie está completamente seguro, pero parece que ése fue el momento preciso en que la humanidad de la señora Vda. de Guerra se vino al suelo. No fue más que oírse el golpazo para que toda la familia se precipitara sobre el cuerpo inerte. El aire se pobló de gritos confusos: «Pelancha, ¿qué te pasa?»; «Tía de mi vida»; «No, mamá, en este momento no»; «Hermana de mi amor»; «Estos del hospital son unos tales por cuales, vamos a quemarles el changarro de una vez». Si he de ser veraz, habré de decir que Don Gume tuvo que hacer uso de toda su habilidad para detener la horda de los Guerra. Pidió, incluso, ayuda al personal de guardia del nosocomio, que a su vez, tuvo que dividir su posible auxilio entre dar macanazos al lado de los policías, y prestar los auxilios pertinentes a Doña Pelancha, ya que una vez recuperada del desmayo, y ante el manifiesto olvido de sus familiares, presentó toda la sintomatología de un nefasto ataque al corazón. Fue en ese momento que la*

*innegable autoridad de Don Fidencio solucionó la trifulca. Una vez que se llevaron, a pesar de los lloriqueos de sus familiares, a la nueva lesionada al interior del hospital, don Fide dictó su último discurso: «Hijos, hermanos, sobrinos, miembros de toda mi estirpe. Nuestra querida Pelancha ha estado a punto de dejar la vida por nosotros, vayamos ante el juez y reivindicemos su esfuerzo. ¡Vamos a ver si estos cabezones son capaces de continuar con sus tiznaderas! y ya saben, si algo indebido nos pasa, le hablaremos a mi cuñado de la capital. ¡Valor familia Guerra!» Dicho esto, todos aplaudieron e insistieron en irse a pie hasta la delegación mientras cantaban México lindo y querido. Para evitar una dificultad más, Don Gume accedió a que se trasladasen de esta manera a lo largo de la calle.*

*El juez, al saber de qué familia se trataba, no tuvo otra alternativa que levantarse de su cama e ir al juzgado. Para esas horas nadie ignoraba ya que el mencionado cuñado que vendría en auxilio de los desahuciados, era nada menos que usted don Eustacio.*

Durante la trifulca yo fui recuperando poco a poco la conciencia. Me acuerdo que estaba llorando, no estoy seguro si por los macanazos que me dieron, porque mi prometida se había escapado, o porque, como dice el Chato que gritaba, me estaban arruinando mi noche de bodas. El caso es que cuando llegamos al juzgado tenía los ojos vidriosos y me había dado hipo.

El señor juez llegó a eso del cuarto para las cuatro de la madrugada, con el tiempo apenas suficiente para evitar un nuevo levantamiento que mi tío Doroteo estaba promoviendo en nombre de nuestra sangre revolucionaria; pero no es cierto que Gregorio estuviera gritando desde el fondo de una celda que quería quebrarse a un policía, que nomás eso quería; ni es cierto, tampoco, que cuando llegó mi tía Conchona con su hijo Hugo, éste le diera una patada en los güevos al guardia que nos custodiaba. Todas esas versiones, la mera verdad, son puras echadas de mi familia. En realidad, bastó que llegara el juez para que todos nos pusiéramos quietecitos. Al vernos, dispuso inmediatamente que su secretario tomara nota, letra por letra, de todo lo que dijéramos, nos advirtió que cualquier testimonio podría ser utilizado en nuestra contra y procedió a escuchar las declaraciones. Después vino la pelea de Fidencio con la Conchona y todo lo que ya le he contado.

Una vez concluida la toma, el juez dispuso nuestra libertad, no sin antes reprendernos por nuestra conducta que, dijéramos lo que dijéramos, para él era francamente inmoral. Fumaba puro, muy despacio, cerraba los ojos al echar el humo y, a veces, parecía que hablaba solo. El único castigo que nos impuso fue que a primera hora de ese mismo día abandonáramos él puerto. «Y no lo hago por ustedes —concluyó el magistrado— sino por el licenciado Garay (aquí se refirió muy elogiosamente a mi tío Tacho), pues estoy seguro que todo este acto bochornoso le traerá ya muchas incomodidades.»

Se estaba concluyendo la perorata del señor juez, y éste solicitaba la firma de los mayores en el acta a la que reiteradamente me he referido, cuando llegó un fotógrafo de *El Herald de Guerrero*, y rápidamente todos nosotros, que ya nos podíamos considerar como exacusados, fuimos a posar para la foto haciendo caso omiso de los gritos del secretario del juez.

Desde entonces han pasado catorce años, y todas esas experiencias acapulqueñas pasaron a formar parte del folklore familiar, las comentamos cada vez que nos reunimos, las adornamos con nuevos matices, inclusive creo que hemos inventado varios viajes más, tan frustrantes, eso sí, como los reales. Todos tenemos nuestra propia tragedia personal. Casi creo que se ha vuelto una especie de competencia, pero la verdad es que con el tiempo la desventura nos da risa. Sin embargo nadie, que yo sepa, se había atrevido a tentar al negro destino organizando un nuevo viaje.

Por mi parte lo mejor hubiera sido dejar las cosas así, pero quiso mi mala estrella que un día mi mamá recibiera la desafortunada visita —falda entalladísima, peinado a la desgredñé y escote a medio busto— de la comadre Amparo. Con la pechuga en tembeleque, le contó que acababa de regresar del puerto, y más bullanguera que de costumbre, le deslenguó lo bien que le había ido, pues acababa de pasarse una semana de maravilla disfrutando de su «propiedad». Dijo que las playas estaban muy cambiadas y todo bellísimo, «parece la Riviera Francesa, tú». «Su propiedad» era un condominio que su marido, el compadre Luis, le había regalado el día de las madres. «Es una semana al año, ¿pero para qué quieres más comadre?, con tanta ocupación que tiene una.»

Ésta fue la motivación, digamos, que llevó a la decidida Adalgisa a comprar un condominio igual, de tiempo compartido y toda la cosa. «Una semana para toda la vida en el paraíso mexicano, por solamente 36 mensualidades de cuatro mil doscientos pesos.»

Lo primero que hizo mi madre después de recibir la perorata de Amparito, fue llamarme a la Cineteca. Cuando salí de la proyección de ese día, me encontré en mi cubículo el recado de que era urgentísimo que la llamara. Las dos horas que transcurrieron entre su llamada y mi contestación, le bastaron para hacer una investigación exhaustiva de los condominios que estaban en venta.

—¿Qué pasa mamá? —le dije cuando vino al teléfono.

—Necesito que me ayudes.

—¿En qué asunto?

—Decidí comprar un condominio en Acapulco, ya estuve averiguando cuáles son los mejores y tengo una cita en las oficinas de la constructora para verlos a las cuatro, y quiero que me acompañes.

Bien sabía que era inútil preguntarle cómo descubrió que esos condominios eran los mejores, por qué era tan urgente comprarlos, y menos aún, negarme a llevarla. Así que quedé de ir a comer a su casa y de acompañarla a la cita.

En el camino a la oficina del Club Privado Mocamar, mi mamá, alborozada, me

explicó que se había conchabado a la señorita que atendió el teléfono, que le contó, indiscretamente, que casualmente se había desocupado un condominio (o sea que el cliente no había pagado), y que estaban dispuestos a traspasárselo a ella al precio viejo. Yo traté de hacerle entrar en razón y le recordé lo de los viajes anteriores.

—Acuérdate lo de la jetatura que nos advirtió la ouija.

—¡Qué va! —me dijo cambiando el alborozo por un gesto de arrumaco—, ya Amparo me contó que todo está muy cambiado y ¿tú te imaginas tener una semana de por vida en Acapulco? ¿Qué más puedo pedir para mi vejez?

Fueron inútiles mis esfuerzos, como fue inútil recomendarle que antes de pagar el enganche esperara a ver el condominio.

—A lo mejor no es como la maqueta, mamá.

—No seas baboso, ¿no ves que nos lo dan al precio anterior?

—¿Y si no está bonito?

—Está barato. Además, ya la señorita nos dijo que nuestra semana está apartada.

—Como tú quieras, pues.

—Sí, orita de una vez —selló el pacto con su pintada sonrisa de vieja terca—. ¿Cuánto es señorita?

Mientras mamá firmaba, yo me dije que ni loco iría a conocer el bendito condominio, ni muerto, ni aunque me pagaran mi peso en oro, pero ya se sabe que la voluntad es flaca y que nunca se debe decir que de esta agua no beberé, pues no habían pasado ni dos meses desde la compra del condominio, cuando no sólo sí iba a ir a Acapulco, sino que ya había apostado un mesese de sueldo a mis amigos porque no creyeron que presentaría a Marina con mi mamá, precisamente en el estreno de ese condominio; ya había, también, entusiasmado a mi mujer con el viaje; e incluso, para acabar con el luto que la muerte de mi tío Doroteo había impuesto, a mamá se le ocurrió que la inauguración coincidiera con la pachanga para celebrar los ochenta años de mi tía Clemen, e invitó a toda, todita la parentela. ¿Se imagina lo que yo podía temer de esa fiesta?

*Hay golpes que el destino da sin compasión*

## MI VIDA LA HARÍA ARRANCAR

El Club Privado Mocamar se encuentra en los alrededores del carajo acapulqueño, o sea, en la calle de quién sabe qué Bretón, número 38. Pero eso, al iniciar aquel fatídico cuarto viaje, ni siquiera lo sospechaba. De lo único que me acordaba era de una maqueta en la que parecía que el condominio estaba enclavado en medio de un paraíso tropical. Con esta imagen prendida a la cabeza llegué a Acapulco. Serían como las siete de una noche calurosa, con el aire demasiado pesado y en la que casi no había brisa. La luna iluminaba, bajo el parpadeo de las estrellas sonámbulas, el contorno de las montañas.

Cruzando la Diana cazadora, me acordé que la vendedora le había dicho a mi mamá que el condominio se hallaba cerca del hotel La Palapa.

—Hasta a pie se puede ir señora —nos había dicho riéndose la muy canija, abriendo el compás de las zancas, para agregar con aire de cotorra vieja—, de veras, está recerquita. Fíjese nomás, si lo compra, puede irse al hotel y pasarse el día en la playa, como si también fuera de usted. N’hombre, si le estoy ofreciendo una ganguísima.

Así que me fui a La Palapa a averiguar si alguien conocía la mentada dirección. Una vez ahí uno de los botones me dijo que el lugar que yo buscaba estaba cerca del Baby O. En ese momento no se me ocurrió pensar que, en pocas horas, ese camino sería la ruta de mi vía crucis. Al contrario, yo había venido repasando mis viajes anteriores a Acapulco y nada más me repetía insistentemente para mis adentros, «me va a ir bien, me va a ir bien, ora verán, me va a ir rebién». Cuando avisté el Baby O, grité con todas mis fuerzas, sintiendo que la sangre me bullía en las venas: «¡Me la vas a pelar Acapulco!» Tras tan rotunda declaración de guerra mandé las supersticiones a la mierda, y pensé que mi mamá debía estar, como odalisca, disfrutando de su condominio.

A la luz intermitente del letrero del Baby O, y antes de que nadie pudiera informarme nada, vi a un grupo de gringas entrar, casi bailando, a la Discoteque. A la más fea se le hubiera podido construir un monumento. Los ojos se me fueron tras sus culos que se agitaban cadenciosamente, como impulsados desde las rodillas. Por un instante me cruzó la idea de meterme a echar un bailazo y después ir a conquistar el Taj Mahal de mi mamá. Me empezaba a sentir medio cachondón, pero me contuve y me aconsejé moderación, lo que visto a la distancia, no deja de ser un mérito, ¿no le parece? Me acerqué a los cuidadores de autos y les pregunté si sabían cómo podía llegar a la calle de quien sabe qué Bretón, número 38. Casi se pelean por contestarme, pero ya que se pusieron de acuerdo, el primero me dijo que no sabía, y otro me preguntó si estaba yo seguro de que esa dirección era de Acapulco.

—A mí se me hace que es de Iguala —agregó con taimada socarronería.

—No, no —le dije—, es de un condominio nuevo que acaban de inaugurar por

aquí.

—Debe ser ése que está allá arriba —dijo el tercero de los cuidadores, señalando una loma descampada. Tenía la cara muy sucia y se pasaba un pañuelo por ella, pero solamente conseguía ensuciársela más.

—¿Por allá? —pregunté incrédulo, viendo un montón de maleza que obstruía el camino.

—Yo creo que sí.

—¿Y cómo subo? —volví a preguntar, sintiendo que la cachondería se me venía hasta las rodillas.

—Váyase aquí derechito. Cuando llegue a la última calle, se da vuelta a la izquierda y de ahí hasta topar con pared.

Siguiendo la muy particular versión de lo que era irse derechito, tomé por la calle que me había dicho. Avancé, entre baches, dos cuadras; después tuve que meterme a un llano, porque la calle, por más de diez metros, estaba anegada y me dio miedo quedar atascado, o mejor dicho, más atascado. El lugar estaba desierto y solamente se escuchaba el concierto de las cigarras del llano.

Continué con la minuciosa explicación que se me había dado y llegué como a la hora y media. Pasé frente al lugar sin darme color que una fachada blanca y sin chiste era la de nuestro condominio. Como no había iluminación, y yo estaba preocupado por la pared con la que me debía topar, no me imaginé que mi búsqueda había concluido. Al verla, decidí bajarme a preguntar. Me bajé pero no pregunté nada, pues antes de tocar el timbre vi un pedazo de madera vieja clavado a un lado de la reja, que decía con letras rojas CLUP PRIVADO MOCAMAR. Hasta entonces reparé en que había llegado a mi destino.

Salió a recibirme un joven. Más bien, no salió a recibirme, pues estaba dormido sobre un catre a unos cinco metros de la reja. Como el timbre no servía, empecé por llamarlo discretamente por el socorrido apelativo de «joven». Lo hice cinco veces sin que ninguno de mis variados tonos perturbara su sueño. Entonces, desesperado, dije «¡Carajo!», y el muchacho, como un resorte, saltó de la cama. Se acercó hasta donde yo estaba y le dije que buscaba a la familia Guerra. El Carajo, muy cortésmente, me respondió que ahí no vivía ninguna familia Guerra, que allí era El Clup Privado Mocamar. Comprendí que me encontraba frente al insigne artista del letrero efímero.

—No, mire —le expliqué gazmoño—, la familia que busco se hospeda en una de las suites de este «Clup».

—¡Güero, Güero! —gritó el Carajo hacia una puerta medio abierta.

—¡Qué chingaos! —respondió una voz.

—Te busca un cliente, ven.

Se me apareció entonces un moreno coquetón, de cabello rubio oxigenado, que venía subiéndose la bragueta.

—Buenas noches —dije, temeroso, reculando de mi exceso de gazmoñería.

—¡Ay, chihuahuas! ¿Ya son noches? —me interpeló con salaces donaires.

El Güero estaba en el colmo de la borrachera. Después de sonreírme y poner cara como de que quería venderme algo, se tropezó con una viga de cimbra y se fue de hocico hasta la reja. De no haber sido por esta barrera salvadora, se hubiera no digamos roto, sino destrozado toda la madre.

—Estás bien pedo pinche Güero —dijo el Carajo.

—No jodas güey, nomás me estaba alumbrando un poco. ¿En qué estábamos señor?

«Capaz de que el Güero es maricón y le estoy gustando», pensé con cierto escalofrío. «Mejor me hubiera ido tras los culos de las gringas.» Pero como se dice comúnmente, ya era demasiado tarde.

—En nada, joven —dije con implacable sequedad.

—¡Ah sí! en lo de las noches.

Sostenido apenas por la reja, el Güero dejó vagar su mirada por el cielo estrellado y una vez satisfecho de que yo no había mentido, me lanzó lo que él hubiera querido que fuera una mirada electrizante y que terminó en un sonoro hipo. «Este muchacho tiene figura de bailarín y cara de tarugo.»

Le dije que buscaba a la avanzada de la familia Guerra, esto es, mi padre, mi madre, mi hermana, una amiga y tres niños entre los que se contaba un bebé.

—¿Cómo dice?

—Son tres mujeres, un señor, y unos niños, Güero, deben haber llegado esta mañana.

—¿Por qué cree usted eso? —preguntó, mirándome de través, bajando una ceja.

—No, no creo, estoy seguro. Salieron en la madrugada de la capital y aunque este «Clup» está medio escondido, deben haber llegado en algún momento de la mañana.

—¿Serán acaso tres mujeres con unos niños?

—Sí, ésas deben ser —contesté, extrañado por la ausencia nominativa de papá.

—¿Y una de ellas, la mayor, que es medio gordita, tiene un tic?

—No que yo sepa.

—Pues ésta que le digo se ha pasado todo el día llevándose las manos a la cara, y haciendo como que va a llorar, pero no llora.

—A mí no me ha querido ni hablar —agregó el Carajo—, en la mañana nomás la oí decir que su sueño dorado estaba destruido. Es rerrara esa señora, tú.

La descripción que daba el Güero bien podía ser la de mi madre, aunque a ella no le hubiera gustado nada oírla. Recordé la vez que mi mamá se sacó una estola de mink en El Club del Hogar. Daniel Pérez Alcaraz anunció que la afortunada era la socia número tantos, Adalgisa Pavón de Guerra; estábamos todos, demudados, frente al televisor; Magali empezó a gritar, y después, todos seguimos gritando: ¡Mamá, no lo puedo creer!, ¡qué suerte!, la vida nos vuelve a sonreír, sí, eres tú, ésa es tu foto, mamá, ay qué felicidad, qué brutos, qué vieja tengo. Esa misma tarde mis padres se fueron a Pielas Manzur, mi mamá me dijo, exagerando un modo fatuo y ceremonioso, que fuera a casa de todos mis amigos de la cuadra y que, como quien no quiere la



cosa, les contara a sus mamás que se había sacado una estola. Nada más me acuerdo del papelón que hice y me da vergüenza, pues yo andaba de bocón, mientras que mis padres, cuando les enseñaron la estola con que habían sido agraciados, les pareció poca cosa y ya que habían tenido tanta suerte, pues bien valía la pena un esfuerquito para hacerse de algo que deveras les gustara. Ahí mismo mamá dejó su premio como anticipo para una piel que le encantaba y quedaron de recogerla la otra semana, cuando llevaran la diferencia. La semana siguiente no llegó pues nunca juntaron el resto del dinero, y mi mamá, por pura casta y orgullo, no quiso regresar por la que le correspondía. Esto, ella misma lo calificaba de un asunto de honor; con una contorsión de teatral jactancia, agregaba que no tenía otra alternativa que hacer mutis. Sin embargo se la pasó como tres meses diciendo que era una barbaridad lo que había pasado, que no sabía por qué las oportunidades que la vida le ponía enfrente, siempre se le escapaban, y dicho esto, rompía dizque a llorar en falsete y se comportaba tal como el Güero la describía. No tenía muchos argumentos como para dudar de que mi interlocutor se refería a ella, así que le dije:

—Tal vez sí, Güero.

Me dijo que le parecía que les había asignado una de las suites de la planta baja, pero que no tenía ni puta idea de cuál era, que bajara y por ahí la encontraría. Fue entonces que abrieron la reja y fui en busca de mi familia.

La primera imagen del Clup Pribado Mocamar, en pleno, la tuve desde las alturas e iluminado por una rumorosa luna blanca. Estaba construido sobre la ladera de una colina; la terraza donde dormía el Carajo era la parte superior y desembocaba a una larga escalera que conducía, como a una treintena de metros más abajo, hasta la alberca. En conjunto, el condominio me recordó mi escuela primaria, el extinto Colegio Latino Mexicano: lo que tenía enfrente, más bien abajo, era un edificio en escuadra, de tres pisos; en cada piso había un pasillo descubierto, al que supuestamente daban, como salones escolares, las suites privadas. Era sin duda la clásica construcción del colegio marista con cada uno de sus elementos: medio barandal, columnas redondas regularmente espaciadas, un solo color (verde pistache), pasillos angostos, etc. Lo que faltaba era el patio de recreo, pero en su lugar estaba la alberca apenas a medio metro del corredor del piso inferior. No cabía duda, el «Clup» y mi antigua escuela, eran igualitos, tan parecidos que por un momento temí que el maestro Narváez, con el que me menté la madre cuando salí de la primaria, saltara tras una columna y me pusiera cero en conducta.

Malbajé por unas zigzagueantes rampas en las que, evidentemente, en algún momento de un remoto futuro, habría escaleras. Al cabo de un trecho se acababa la primera rampa, aparecía un espacio de unos cuatro metros y después se iniciaba la segunda rampa. Para salvar el precipicio había que hacer equilibrios sobre un tablón. Mientras cruzaba escuché la voz lejana del Carajo: «Estáte quieto Güero; ya vete a dormir güey. ¿No ves que estás bien pedo?». Me imaginé al muchacho que, hastiado de su jefe, le decía que un cliente lo llamaba en una de las suites de hasta abajo; el

Güero, vinoso y somnoliento, bajaba con aire sonámbulo, decidido a cumplir con su deber; cuando caminaba por el tablón, el Carajo le gritaba, «¡Cuidado Güero!» y éste perdía el equilibrio; antes de precipitarse al vacío, con el rostro aterrorizado y totalmente repuesto de la borrachera, el Güero lanzaba una última mirada sobre su original victimario. La escena termina cuando el Carajo ilumina con una lámpara el rostro totalmente ensangrentado del Güero. «Qué cabrón soy», pensé.

Cuando al fin llegué abajo, descubrí, en un pequeño prado, restos de comida y una toalla sobre la que había pantaletas, calcetines y un bikini. Con una especie de siniestra iluminación, no me cupo la menor duda que la mujer que se llevaba las manos al rostro y hacía como que iba a llorar, no era otra más que Adalgisa Pavón de Guerra. Me la imaginaba con esta imagen (el prado) frente a ella, viendo su sueño dorado destruido, aunque la verdad, El Clup Pribado Mocamar no podía corresponder a ningún sueño en su particular escala cromática; es más, si mi madre alguna vez soñó con ese lugar, seguro fue una pesadilla, una especie de secuela de las aventuras de *La momia azteca*.

Sin otra pista que seguir, me dejé guiar por un murmullo musical que venía del corredor; al momento reconocí la voz de Julio Jaramillo: «Hay cosas que se reciben con resignación, hay golpes que el destino da sin compasión». Caminé por el pasillo de la planta baja. Al final del edificio, exactamente sobre la esquina de la escuadra, estaban sentadas tres personas con una casetera al frente, desde donde la voz de Jaramillo emergía nítida, romántica, llena de dolor y angustia. «El día que me olvides alma mía, yo sé que existirás en mi penar. Al verme solo, triste y olvidado, mi vida la haría arrancar; mi vida la haría arrancar.» La luz que salía de una puerta abierta iba a destrozarse sobre la superficie de la alberca. Pensé preguntarles a esos tres personajes, único signo de la humanidad en ese marco desolador, acerca del paradero de mi familia. Mis tres futuros interlocutores eran, un gordo morenazo, en camiseta blanca y shorts azules, que se abanicaba con un periódico; un flaco, que sentado frente a él, tenía un sombrero de palma sobre el rostro y que evidentemente estaba dormido; en medio de los dos había una mujer —o lo que parecía restar de una mujer, que supuse, no sé por qué, esposa del gordo— que comía sopes y acompañaba con un murmullo nasal el vals que entonaba Jaramillo. «Pero cuando se pierde un cariño, no hay nada que calme ese dolor, no hay nada que calme ese dolor.»

Cuando les iba a preguntar por la familia Guerra, como atraído por un imán de enorme potencia, se me ocurrió mirar hacia la puerta abierta a mi derecha y de donde provenía la luz. No tuve que indagar más, allí estaban las tres, esto es, mi madre, mi hermana y su amiga, jugando cartas alrededor de una mesa, sobre la que pendía un débil foco de 40 watts; las tres haciendo muecas francamente depresivas y deprimentes. Cuando mamá me miró, se transformó literalmente: sus ojos lanzaron centellas, las cejas se arquearon cubriendo toda su frente y el pelo se le crispó. Sin esperar un saludo, me disparó un «al fin» irrevocable, al que siguió un francamente imperativo «llévame a un hotel». Se lanzó a mis brazos repitiendo «al fin, al fin, al

fin», y me dio un abrazo que algunos podían haber calificado de apasionado, pero que no era tal, pues era fruto de la desesperación, lo que pude comprobar mientras me estrujaba, ya que de una sola ojeada descubrí que la suite no era más que una pinche covacha. Desde donde yo estaba se podían apreciar tres habitaciones ordenadas horizontalmente; en las de los lados debían estar las camas, y en la del centro, que quedaba al frente de mí, estaban apeñuscados, el refrigerador, la estufa, un lavadero, un sofá cama y una mesa redonda. Ahí, mamá se imaginó que pasaría un paradisiaco fin de semana, y yo creí que en ese idílico ambiente Marina podría hacer su presentación triunfal como mi mujer. No me quedó más que abrazar a mamá y unirme a su desgracia.

Cuando nuestro round de cariño finalizó, mamá preguntó por su marido. Con ese desorden propio de las emociones, provenientes de la sorpresiva recepción por un lado, y por el otro, por la avasallante decoración de la covacha, y aun por otro lado más, por la inquietante ausencia de mi padre, le respondí que no nos habíamos venido juntos.

Mamá me explicó entonces, que ella, con mi hermana, su amiga y todos sus hijos, se habían venido en camión el día anterior. ¿Adalgisa Pavón de Guerra, viajando en camión? Me quedé estupefacto. Lo que mamá agregó después me dejó más estupefacto todavía: papá y yo nos íbamos a venir juntos, y como a usted le consta, yo no tenía ni idea y así se lo dejé saber.

—Lo único que me falta es que me quede viuda —dijo mamá, oprimiéndose las sienes. El gesto doliente agraciaba su expresión de mujer desamparada.

A la amiga de mi hermana le vagaba una sonrisa tonta por la boca, como si no se diera cuenta del sufrimiento que nos aquejaba. Mi hermana, en cambio, tenía los ojos vidriosos y la boca apretada para contener un grito.

Todo aquello combinado (la ausencia de mi padre, el origen del tic, el dolor de mi hermana y la inconciencia de su amigota), debieron parecerme una gran paradoja, un trompetazo de siniestros heraldos negros que anunciaban un catastrófico futuro, pero nada, era evidente que yo estaba en una especie de apendejamiento. Ni de la ouija, ni de la maldita jetatura me acordé.

En ese momento, después de un requinto melancólico, reapareció la voz de Julio Jaramillo: «Ya no creo en nada, hasta dudo de ti, siento desconfianza, ya no creo ni en mí.»

Tal vez para aliviar lo que debe haber sido un dolor enorme, mi mamá me narró aceleradamente los sufrimientos por los que había pasado desde que llegaron. Me voy a permitir hacerle nada más un resumen general de sus puntos de vista.

1) El viaje en camión había sido eterno y el bebé de la amiga de mi hermana se vomitó sobre mamá, por lo que cada vez que quería dormirse, el olorcillo agrio, impregnado a su blusa, la despertaba.

2) Al llegar a Acapulco, un taxi les dijo que el Club Privado Mocamar estaba por Caleta; mi madre le dijo que no, que debía estar por La Palapa; el taxista le contestó

que él se conocía el puerto como la palma de su mano y que por favor no le dijera ni cómo llegar, ni dónde se encontraba el lugar al que querían ir.

—Las muy brutas nos subimos y hasta la Roqueta fuimos a dar sin que el pelado ése encontrara nuestro condominio.

3) Cambiaron de taxi, y al fin llegaron a la calle de quién sabe qué Bretón N.º 38. Mamá confiesa que se quiso como morir al ver lo que había comprado, y que aun cuando el Güero le decía que ahí era el Clup Pribado Mocamar, ella le decía que no, que no podía ser. Que sí que no, todo hasta que el Güero exhibió un papel en el que efectivamente se certificaba que ése era el lugar al que se dirigían.

—Y ni modo de irnos si ustedes iban a venir, pero por mí, en ese mismo momento me vuelvo a subir al taxi y me regreso a México.

4) Bajaron hasta la covacha y empezaron a desempacar.

5) Se instalaron; mi hermana, su amiga y el bebé en la recámara de la derecha; los hijos de mi hermana en la otra habitación, donde están las literas; a mi madre le tocó el sofá-cama de la pseudosala.

6) Para soportar el día se salieron a la alberca, y mientras cuidaban a los niños, la amiga de mi hermana fracasó en la demostración de la teoría que dice que basta con arrojar a un bebé a una albercapara que aprenda a nadar. Los vecinos de suite quisieron intervenir en lo que abiertamente parecía ya intento de infanticidio.

7) Nada más de pensar en que tenían que salir a comer les daba pánico.

—Incapaz de volver a pasar por esas escaleras, si cuando llegué estuve a punto de caerme, ¿te imaginas? y estábamos con un hambre loca, y los niños ya pedían a gritos su comida. No sabes la que pasamos.

Se las arreglaron para que una vecina del primer piso las invitara a comer chilorio con huevo que ella misma había cocinado. En el curso del ágape, la señora —botana en mano, delantal de florecitas, y rubor hasta en la frente— les contó que era de Culiacán, que hacía poco había quedado viuda y que con lo que el seguro le pagó, se había dado ese «pequeño gusto» del condominio, pues ya no aguantaba la vida en su tierra, ¡tanto que se había fregado con la enfermedad del difunto, que creía que se merecía un descanso! Ahora estaba feliz de conocer a mi mamá y ya que se iban a ver al menos una vez al año, pus que se hicieran reamigas, que ella sabía hacer muchas cosas y se las iba a enseñar, ya vería, pues.

8) En la noche se dieron cuenta de que el calor se había ido encerrando en la covacha y encendieron el aire acondicionado, pero no sirvió. Al fin, de tanto darle y darle funcionó, pero era como si solamente llevara el calor de un lugar a otro de cada habitación. Una hora después de que supuestamente todos los niños se habían dormido, se despertaron iniciando un coro a tres voces, en que «todos», incluido el bebé, lloraron a pleno pulmón.

9) Haciendo acopio de sus últimas fuerzas intentaron dormir a los niños. Probaron primero con el método del consentimiento; con el de «esto es una orden»; le siguió el socorrido «haz lo que quieras, a mí no me importa»; hasta que al final, los

amenazaron con enseñarles a nadar con el método experimental que había inventado la amiga de mi hermana. Parece que hasta el bebé entendió pues se durmieron inmediatamente.

10) Se pusieron a jugar chinazo.

11) Llegué yo.

Lo primero que se me ocurrió decirle a mi madre fue que se lo había advertido, pero que era muy, muy necia. Tengo que confesar que utilicé un tono más o menos cruel.

—Ya sabía que me ibas a decir eso. Sí, soy muy tonta, soy muy tonta y muy acelerada. Quiero irme de aquí.

Esto me lo dijo después de alejarse unos pasos, mirándome de reojo y acomodándose el cabello sobre la frente.

Era evidente que se había pasado un día deplorable y no lo ocultaba, pero aun en su estado, cuando requería de una expresión precisa, sacaba de un arsenal interno recursos tan variados, que estoy seguro hubieran sido la envidia de Charito Granados. Esta faceta de mi madre, para qué más que la verdad, me fascina.

—He hecho mal, estoy de acuerdo. No me lo repitas que me lastimas.

Estaba, dándome la espalda, recargada sobre el fregadero y parecía hablarle a los trastes sucios. Después se volvió y me lanzó una mirada retadora. Me acordé de Dolores del Río en *La otra*. ¿Era ésta mi madre? ¿Era su doble? ¿O era su prima Blanca Estela que en realidad no se había muerto, sino que había venido supliendo a Adalgisa por todos estos años, haciéndonos creer que ella era mi madre? Viéndome así, fijamente, me dijo que a lo hecho, pecho. Me dejó pasmado.

Ahí podría haber acabado todo, pero quién sabe por qué instintos sádicos me puse a discutir, y en un minuto más estábamos en las mismas, que ya ni la fregaba, que qué turbio destino, que se lo merecía, que no seas tan cruel y entiende a la pobre de mamá, que qué pobre ni qué ocho cuartos, que sí, y bien pobre, si ese lugar era un muladar, que cómo sufría, pero que por otro lado no era para tanto, que cómo no, que ya me quería ver en su situación a ver cómo me ponía, que después de todo, ¿cuánto había dado de enganche?, que no se lo recordara porque le entraban unos como vértigos, ¡qué bruto eres!, no ves que la estás mortificando más de lo debido, y también tú, no te hagas, te llevé para que me aconsejaras y mira nada más, pero si no me dejaste ni hablar, ora sí, ¡ay Dios mío, por qué te ensañas así conmigo! Finalmente llegamos a la siguiente conclusión: ella no había sabido comprar, pero yo tampoco había sabido aconsejarla. Era culpa de los dos.

Nos quedamos los cuatro callados, chasqueando la lengua o diciéndonos que qué barbaridad. Al ver que mi padre no llegaba, decidimos ir en su busca y de nuestra todavía más mala suerte.

Salimos al pasillo y le dijimos a mi hermana que no se preocupara, que no nos tardábamos. Nuestros vecinos seguían ahí: el flaco, despatarrado sobre su silla, roncaba; la mujer se había sentado en las piernas del gordo y le estaba dando un

pedazo de sope en la boca. Yo creo que nos vieron tan mal que nos dijeron que si no gustábamos; les contestamos que no, que muchas gracias. Mi mamá se llevó, una vez más, las manos a la cara.

No sé por qué oscura predestinación, cuando caminábamos por el corredor, Julio Jaramillo volvió a que hay cosas que se reciben con resignación, que hay golpes que el destino da sin compasión.

Cuando ya estábamos en el coche, mamá volteó a ver las rejas del club y al Carajo que con floreo se despedía de nosotros. Por todos lados se oía cantar al grillerío. Allá a lo lejos, el relumbrar de la Costera se me hizo como un oasis.

—Y yo que compré este condominio para que mis amigas me dijeran «qué bárbara, Adalgisa, mira nada más que maravilla te compraste». ¿Tú te imaginas lo que va a ser la fiesta de mañana?

Arranqué el coche con esa pregunta incrustada entre los ojos. ¡Que si me imaginaba yo la fiestecita! Pero no le pude hablar de las imágenes que se me ocurrían, porque me parecieron francamente esperpénticas. Me dije solamente que ojalá y encontráramos a papá y que no le hubiera pasado nada.

Y efectivamente, encontramos a mi padre sin ninguna dificultad, exactamente cuatro minutos después de que abandonamos las Covachas Mocamar. Estábamos en la calle que lleva al Baby O. No sé qué me hizo tocar dos veces el claxon de la manera que siempre lo hacemos en mi familia. Nuestro destino se iba cumpliendo con exactitud matemática: papá escuchó nuestro llamado, se detuvo bruscamente y a punto estuvimos de chocar pues se había parado en medio de la bocacalle que íbamos a cruzar. Él se bajó, yo me bajé, me abrazó fuertemente y al igual que mi madre al verme, me dijo «al fin, al fin, al fin». No sé qué tenía yo esa noche pero representaba para mis padres una figura mesiánica.

—Llevo tres horas buscando ese pinche condominio —dijo mi padre totalmente fuera de sí.

—No te preocupes, vamos a buscar un hotel. Después te explico lo que pasó.

Como mi padre lo que quería era llegar a algún lugar, al que fuera, pero a un lugar, no puso objeción. Le dije que estacionara su coche ahí.

—¿Dónde? —barbotó papá, mirando de rebote a diestra y siniestra.

—Ahí nomás.

—¿Ahí?

—Sí, ahí, hombre.

La búsqueda lo había atontado sin remedio.

Debo aclarar que ahí era adelantito del Baby O, en la calle que está a sus espaldas, y que por eso cuando mi padre preguntó si no estaba muy oscuro, yo le dije no, que estaba como en cualquier lado, además le señalé al grupo de cuidadores de autos que no hacía ni dos horas me habían malinformado.

—No exageres papá, que se nos está haciendo tarde.

Creí que con esa frase habíamos solucionado un problema, pero, al obedecerme,

mi papá no hizo más que echarnos en brazos de la catástrofe.

Estacionamos su coche y nos fuimos en el mío derecho a La Palapa. En el camino mi mamá le dijo que ni se imaginaba lo que había sufrido.

—El condominio es horrible, Felipe, ¡horrible! Es mejor que ni lo veas. Lo que yo pueda decirte es poco, vámonos a un hotel. Es lo mejor. A cualquiera, es mejor.

Mamá, incorruptiblemente fiel a su papel, iba perdiendo el control. A partir de ese momento no lo recuperaría sino por el intervalo en que conseguimos los cuartos, y la gente de La Palapa la trató con delicadas y condescendientes sonrisas, como a ella le gustaba.

Cuando dejamos el hotel, mamá iba contentísima, como si ya hubiera superado todos sus complejos. Para ella todo era ir por mi hermana, recoger sus cosas y «olvidarnos de la pesadilla Mocamar para siempre. Ya mañana pensaremos qué hacer con la fiestecita». Pidió que nos fuéramos rápido, lo más rápido posible. Para darle gusto nos detuvimos en la calle que nos llevaba al condominio, y le dijimos a mi papá que fuera caminando por su coche para no tener que dar el vuelton.

—Aquí te esperamos, Felipe. Pero vete hecho la mocha para que nos sigas.

Y papá, obediente, se bajó para ir por su auto y seguirnos. Estábamos como a cien metros de donde habíamos estacionado su flamante Dodge Dart y mi padre fue a pie y regresó a pie. Cuando lo volví a ver tenía como mil arrugas más en la cara y miraba, con una atención totalmente nueva, hacia el vacío. No había en sus ojos coraje, deseo, simpatía o desprecio, sino deslumbramiento. Solamente eso: atención, sorpresa. Decía como si estuviera ido: «No está, no está, se lo han robado.» Ya desde que lo habíamos visto regresar, con los brazos colgados y la cabeza echada hacia atrás, empezamos a sospechar lo peor; pero cuando lo escuchamos, la fugaz alegría por la que pasábamos se desmoronó. Alarmado, dirigí la mirada hacia mi madre: tenía los ojos saltones y se había, literalmente, derrumbado sobre el asiento. Apagó el celaje de sus ojos bajo el vuelo de un presentimiento que la llenó de pavorosa inquietud. Se llevó el puño a la boca para contener una honda, hondísima congoja. Aunque de todos modos yo dudo que haya algo que pueda dejarla sin palabras, aquella impresión estuvo a punto de conseguirlo: por una milésima de segundos apenas emitió unos mugiditos inentendibles, pero poco a poco fue elevando el volumen de la voz y desde lo más profundo de su humanidad, algo o alguien repetía con ritmo soso: «No te creo, Felipe, no te creo, Felipe, no...», etc. etc. Por un instante, el murmullo de los grillos fue opacado por la voz de mis padres, que se habían unido (hoy diría que indisolublemente), en una especie de canon. Oyéndolos empecé a sentir que me cosquilleaba el estómago: «No está, no te creo, no está, Felipe, se lo han robado, no te creo, no está, Felipe, se lo han robado, no te creo...» Mis padres se miraban el uno al otro, más allá del tiempo, en una región que discurría sin mí, cumpliendo un ritual que yo conocía desde pequeño y que, hacía un tiempo, revivía cada mañana en la oscuridad de mi sala de proyecciones. Lo que estaba presenciando no era una simple lamentación sincopada, sino la bagatela de treinta y

ocho años de matrimonio; y aún más, frente a mí, se concretó todo el cine sonoro nacional. Mis padres fueron lo imposible: el cine vuelto realidad; pasado y presente salido de *Santa*, *Allá en el rancho grande*, *Un rincón cerca del cielo*, *Ando volando bajo*, o cualquier otra película que se quiera; seres emergidos de los rollos que yo clasificaba, sacándolos del fondo de las bodegas, en la Cineteca Nacional. Ellos, y nadie más, demostraban con ese asombroso acoplamiento de sus lamentos, que estaban en plena magnificencia de un estilo. Eran, sin saberlo, el símbolo de todo aquello que en la niñez había descubierto: que el cine es la vida misma. Porque, ¿qué más da que sus vidas se hubieran entreverado en el cine, o que ellos fueran verdaderos artistas del celuloide mexicano metidos a vivir un melodrama de la vida real? ¿No es esto, al fin y al cabo, lo mismo?

Papá se acercó a la ventanilla, recargó la frente en el visillo de la puerta, cerró los ojos y sorbió aire como si se hubiera enchilado; mamá le acarició la mejilla y se mordió el nudillo del índice de la otra mano; papá dijo entonces con voz hueca, «ay Acapulco, me vas a matar». Yo los escuché tan deslumbrado como si me hubiera traído la prueba fehaciente que doña Sara García y Fernando Soler se habían vuelto amantes en la vida real.

Ahí finalizó la primera parte de su actuación. Papá subió al coche y nos fuimos hacia el sitio en que debía estar el Dodge. Era verdad que el auto no estaba (lo que hacía suponer que se lo habían robado) pero también era verdad que mi mamá no lo creía.

Ante la evidencia de los hechos, y no habiendo otra posibilidad, mamá se convenció del robo, pero lo que entonces se negaba a aceptar era no digamos su negro, sino su tenebroso destino. Continuó así, diciendo rítmicamente: «¿Por qué a nosotros, Señor, por qué? No puede ser, Felipe, no puede ser. Por qué siempre a nosotros ¿eh?, ¡por qué! ¡No lo creo, no puede ser!». Era un alud incontenible de negaciones y preguntas. Mi padre, quien rara vez se altera, esta vez sí perdió la serenidad y dijo: «Con una chingada, pues sí es, nos lo robaron y más vale que te lo creas». Santo remedio. No cabe duda de que algunas frases conllevan en sí todo el peso de la realidad, y para qué más que la verdad, esa «chingada» sonora, viril, resumía ahí nomás el apabullante melodrama que estábamos viviendo.

La antigua jetatura no nos perdonaba. Me acordé de Carrasco cuando en la W hacía de El monje loco. Me acordé, también, que Marina llegaría a la mañana siguiente y que no tenía la menor posibilidad de evitarlo. «Nadie sabe, nadie supo, la verdad sobre el horripilante caso de la nuera apaleada en Acapulco», la sonora carcajada de Carrasco, la tocata y fuga de Bach, retumbaron en mi cerebro.

Estacioné mi coche y nos bajamos a contemplar el espacio vacío. Papá carraspeó. La calle estaba desierta, la noche era clara y el calor parecía haberse comprimido en ese lugar. Hicimos un involuntario minuto de silencio a la memoria del auto desaparecido. Mi madre, ya que no podía hablar, empezó a proferir esa variedad muy suya de suspiros-grito, pero éstos ahora parecían salirle de las entrañas, mezclados



con alguna palabra que se le enganchaba al grito final. A cada suspiro abría mucho la boca, como si se ahogara de verdad, se llevaba las manos a la cara y hacía como que iba a llorar, pero no lloraba; aceleraba los suspiros, adornándolos con algo de relincho, de nariz y boca abierta, de ojos desorbitados y manos en las mejillas. Yo pasé de la meditación a las ganas de aplaudirle, pero me las aguanté, porque como ya se habrá dado cuenta, en mi carácter existen algunas estúpidas inhibiciones.

Como si oyéramos las primeras paletadas de tierra cayendo sobre una tumba, dimos media vuelta y nos fuimos caminando hacia el grupo que se reunía en la puerta trasera del Baby O. Eran los mismos tres cuidadores y un borracho que se les había unido.

Primero les preguntamos si habían visto un Dodge Dart azul que dejamos «ahí», y señalamos la tumba. Al unísono todos dijeron que no.

—¿Cómo que no? —preguntó papá, impostando la voz.

—En serio señor que no lo vimos.

—Pero no hace ni una hora que lo estacionamos ahí mérito. Lo tienen que haber visto —dijo mamá con canturria lastimera.

—Se lo juro que no, mire, por ésta —el borracho besó la señal de la cruz.

Entonces mi papá sacó un delicados, lo encendió y les contó la historia por primera vez, haciendo un resumen escueto de los hechos. Los miembros de nuestro auditorio, que no pecaban de imaginativos, dijeron que qué horrible, que ¡ah chihuahuas!, que lo sentían mucho, que si creíamos que se lo habían robado, que si no lo habíamos dejado en otro lado, no, n'hombre fue ahí, ahí, qué brutos mano, ¿pero estás seguro Felipe? no puede ser, no puede ser, ¿y si se lo llevó una grúa oigan? cuál grúa güey si aquí no hay grúa. Los comentarios iban de aquí para allá y hasta el borracho sacó unos anteojos negros de la bolsa de su guayabera, vio que estaban rotos, los tiró y nos contó que una vez a él le habían robado una pluma que le regaló su mujer y que un mes después se la regresaron en una cantina a la que creía que iba por primera vez, y que no perdiéramos la esperanza porque la esperanza es lo último que se pierde. Después volvimos a lo de la barbaridad y la tragedia y que Felipe, soy muy desgraciada; por lo que tratando de sacar algo en claro, mi papá contó la historia cinco veces más. A partir de la tercera versión agregó que cuando estacionaba el coche sintió algo raro, «un no sé qué», dijo; en la cuarta corrigió diciendo que lo que sintió fue cierta desconfianza por parecerle que el lugar estaba muy oscuro. Yo me hice el güey por aquello de no te entumas y me fuera a echar la culpa de no creer en sus latidos. Cuando terminó el relato por quinta vez agregó trágicamente que presintió que se lo iban a robar. Todos hicimos cara de que nos iba a producir un trauma. La pobre de mamá, al escuchar esto último, se quedó paralizada. Muchas gotitas de sudor le destilaban bajo la nariz. Sacándose de la manga una de sus oportunísimas frases célebres interpeló a papá: «Ay, Felipe, si ya sabías que te lo iban a robar, ¿para qué lo dejaste ahí? Nada más a ti se te ocurre». Sospecho que no lo hizo adrede, pero por si las dudas, todos nos volvimos para ver a papá. Me imagino

que descubrimos que en el interior de mi padre se debatían dos sentimientos opuestos: la venganza y el arrepentimiento. Venganza, deseada por la profunda herida que mi madre le había causado con sus palabras y tal vez se imaginaba haciendo picadillo la lengua de mamá y vaciándole un frasco entero de salsa tabasco; y arrepentimiento, por no haberla dejado en el automóvil, para esos momentos desaparecido para siempre. Todo esto por un cabrón presentimiento.

Fue entonces cuando alguien sugirió ir a dar aviso a la policía. Mi padre, tal vez con la intención de ahuyentar la tentación del conyugicidio, aprovechó para dar una nueva versión, pormenorizada, de los hechos y sus sentimientos. Yo decidí ir a avisar a mi hermana al condominio y prevenirla de que no íbamos a regresar esa noche, que ya mañana le explicaría todo.

Regresé pensando que la historia de mis padres era una película en que se habían mezclado los rollos de varias comedias: en algunas escenas representaban a una pareja feliz, que no podía vivir uno sin el otro; y en la siguiente, a la misma pareja, pero que ya no se soporta más. Evoqué la foto en que están sentados en una mesa al aire libre, mi tío Doroteo y mi abuela los separan; se nota que mis padres están enojados, pero por abajo de la mesa se rozan las piernas indiscretamente. Al pie hay una leyenda críptica escrita tal vez por mi madre: «Cuernavaca. El día que nos volvió a caer el Chahuiztle.»

Cuando volví a su lado, el borracho estaba llorando porque no era justo que a una dama, como se notaba a la legua que era mi madre, le pasaran esas cosas tan horribles. Me costó trabajo arrancarlos de aquel grupo, no se crea, pero una vez que lo logré, decidimos llevar a mi mamá al hotel, antes de ir a levantar el acta de robo frente al Ministerio Público de guardia.

Cuando mamá estaba bajándose del auto, mi padre aspiró su cigarro con profundidad, se miró en el retrovisor, hizo una mueca de valentón, y me dijo una vez más: «Te juro que lo presentí todo».

## SUMIDO EN EL LETARGO, EL PENSAMIENTO IMPLORA

La agencia del Ministerio Público no estaba muy lejos del Baby O, pero como si lo estuviera, porque atrás de la Costera las calles se angostan, la luz eléctrica casi desaparece y en general todo cambia tanto, que parece que se hallara uno a kilómetros de distancia de Acapulco, en un pueblo infecto. Al meterme por la primera callejuela pensé que la Costera era un relumbrón de bisutería a la entrada de la sierra de Guerrero.

La agencia parecía más una funeraria que otra cosa, sin guardias a la entrada, sin un letrero, sin ni siquiera un grupo de niños jugando en su puerta. Me extrañó que frente a lugar tan feo y tan oscuro, mi padre no dijera nada, que se mantuviera tan en silencio como si la confirmación de que lo había presentado todo, lo hubiera sumido

en no sé donde. Pensé decirle que a lo mejor, en medio de aquella boca de lobo estaban escondidos los robacoches, y que si no le latía que también querrían hincarle el diente a mi auto. Lo miré sonriendo a medias. Estaba pensativo, los ojos fijos y la boca abierta. Tenía la cara de Pedro Armendáriz en el final de *María Candelaria*, como si la vida fuera una carga muy pesada. Carraspeó y se restregó los ojos. Seguía sin poder asirse de su maxilar inferior. Lo había maljuzgado. Corrijo: tenía la cara de Pedro Armendáriz en el final de *María Candelaria*, como si la vida le estuviera enseñando que nadie escapa a su destino.

—Ya llegamos, papá —le dije.

Me contestó con un mugido. Se bajó y dio un portazo. Yo me bajé, cerré muy bien el coche y sentí que me la estaba jugando al dejarlo ahí. Entramos a la delegación con cara, de necesitar clemencia, mi papá adelante, con los hombros caídos y el paso patizambo, y yo, inseguro, dando miraditas hacia donde había estacionado mi Datsun.

Las oficinas consistían en un cuartucho apenas iluminado por un foco. Había un mostrador que dividía la estancia en dos; de un lado había dos escritorios, uno vacío y en otro, un muchacho, que leía una historieta, se bebía un jarritos de tutifrutí; enfrente se encontraba un gran espacio vacío, apenas amueblado por un sofá de tres plazas, una silla de paja y una mesa; completando la decoración, se podían ver en una esquina, los guaraches de un hombre que dormía totalmente cubierto por hojas de periódico.

Nos acercamos al mostrador y pregunté por el M. P. al joven del escritorio. Una viejísima máquina Olivetti estaba parada para hacerle lugar a la historieta y al jarritos; a su lado, un radio Motorola, rosa y crema, servía como charola de unas hojas blancas.

—No está —me respondió, con una sonrisa desvanecida, puesta en los monitos.

—Es que fíjese que me robaron mi coche —dijo mi padre saliendo de su ensimismamiento.

—¿Otra vez?

—No —intervine yo—, por primera vez.

—Sí, por primera vez en mi puta vida —enfaticó papá.

—No me refería al de usted, señor, sino que ya han venido a reportar como cinco robos. Estos fines de semana son la alegría de los robacoches.

Cuando se rió noté que estaba chimuelo, lo que explicaba ese silbidito cuando hablaba, y que frases como la de «estos fines de semana son la alegría de los robacoches», las dijera como a ritmo de mambo.

—No se preocupen —agregó el joven en una mezcla de guaguancó con merengue—, cuando regrese nuestro M. P. les levanto el acta. Por lo pronto, mejor se calman.

Pensé que mi padre le respondería que cómo que se calmara, que naranjas agrias, él no podía calmarse, y que entonces le lanzaría un mínimo de tres versiones más de los hechos. Sin embargo, papá se acercó al mostrador, abrió la boca y cuando parecía

que las palabras se le iban a venir a borbotones ocurrió lo imprevisto: se sentó, mejor dicho se dejó caer sobre el sofá y poniéndose con gran furia las manos sobre la cara, empezó a sollozar con mucha amargura. Era un llanto como el de Fernando Soler en *La oveja negra*, que llora porque trae el diablo por dentro y es muy malo, muy malo y no lo puede evitar, y por eso, por ser el mismito demonio, no merece el perdón de su mujer, ni de su hijo, no señor.

El joven me miró como diciéndome que qué onda con el viejo. Me levantó varias veces las cejas y yo se las levanté otras tantas. Quedó entendido, creo, que era mejor guardar silencio por un rato.

—¿Les molesta que prenda el radio? —nos preguntó tímidamente con sonsonete de un bolero que no quiere interrumpir pero interrumpe.

—No, en lo más mínimo —contesté yo sin apartar los ojos de mi padre.

Prendió el Motorola que hizo ruido de chicharra. Como un experto, el joven empezó a sintonizarlo tapándose el oído izquierdo. Después de una mezcla confusa de ruidos y música, se detuvo en una voz excesivamente gutural, como de cantante de camión con abolengo. «Las lágrimas del alma semejan esta lluvia. La noche con su manto tendrá su día de luz. Sumido en el letargo, el pensamiento implora, que aclare nuestro cielo y vuelva a ser feliz.»

—Este cabrón sí sabe cantar ¿no? —nos dijo el jovenazo a ritmo del compás que empezábamos a escuchar. Y para dar más énfasis a esta afirmación, sin levantarse de la silla y con las manos inició algo así como un aire rumbero.

—La verdad que sí —le contesté—: ¿Quién es, perdone?

—¿Cómo que quién es?... Nada menos que el maestro Olimpo Cárdenas. Nomás. Fíjese bien, este galán, sea lo que sea, agarra el ondón y le sabe transmitir a uno lo que se le hincha —cerró los ojos y con la misma inspiración a raudales, empezó a entonar—: «Y con tristeza espero la horrible oscuridad, las lágrimas del alma semejan esta lluvia, la noche con su manto tendrá su día de luz. Sumido en el letaaaargo, el pensamiento implora». —Su perenne, inintencional silbidito, parecía marcar la entrada del requinto—. ¡Qué brutos, éste sí que es un chingón!

Hasta ese momento me di cuenta de que yo continuaba parado al centro de la habitación, sin moverme. Mi padre seguía sumido en el sofá, el rostro arrumbado sobre los puños y la mirada fija en el piso. En el rincón, el guarachudo, se movió, eructó y jaló una hoja de periódico sobre su cara.

Empecé a recordar (yo también, tan lleno de recuerdos), un rostro alargado, una nariz prominente, abultadas fosas nasales, rasgos negroides, un smoking claro, la mirada llena de sentimiento. «Max Factor, las estrellas y usted, presenta esta noche a Olimpo Cárdenas y sus grandes creaciones.» Rebeca Iturbide, ceja levantada, ojazos de alucinación romántica y pasional, nos invita a penetrar al mundo desenfrenado de los sentimientos; en seguida aparece la voz de Olimpo: «Después de un día lluvioso el cielo se oscurece y ahí es donde comienza mi pecho a suspirar.» «Qué nombre tan raro. ¿Qué es Olimpo, papá?» Mi padre, sentado en un sofá —bigote finito, pantalón

ancho, camisa blanca y corbata colorada— leyendo *Excélsior, el periódico de la vida nacional*. «Olimpo es donde viven los dioses, m'hijito.» Y el otro Olimpo, piernas abiertas, iluminado por un solo reflector, cantando en el efluvio de sus emociones. «Recuerdo aquella tarde de nuestra despedida, pues era un día como éste que no podré olvidar.»

«Olimpo es donde viven los dioses.» Se desdibujó el rostro del cantante y observé a mi padre. Se le habían secado las lágrimas de un alma que semejaba no sé qué lluvia. ¿Cuál era su Olimpo? ¿Quiénes eran sus dioses?

Con cara seráfica, como del que está viendo una aparición, mi padre bajó del monte de sus deidades (acompañado por Marte, en esa ocasión interpretado por el Indio Bedoya), y se decidió a hablar:

—¡Carajo, tenía todo en la cajuela! —cortó mis meditaciones con hipo de guajolote encabritado.

—¿Qué es todo?

—¡Todo es todo! Mi máquina de escribir, mi maleta, mis pinceles, mi casetera y hasta una marina que le pinté a tu madre para el condominio.

—Chin.

—Me quedé sin coche —continuó con tono de comadreo—, sin ropa, sin pinceles, sin casetera y sin marina. Estoy jodido.

Se le habían tensado los músculos de la cara y del sollozo no le quedaba más que la huella, gris, de una lágrima que había caído desde los ojos hasta la comisura de los labios. Se le veía como una cicatriz a la mitad de la cara.

—Puras pendejadas, ¡carajo! A mí siempre me pasan puras pendejadas.

Se restregó la cara con la mano pero la cicatriz de su dolor quedó intacta. Era eso, solamente una cicatriz de su dolor. Papá se alejaba del sufrimiento para entrar, ariscado, en una de esas crisis mentales en que se hace un recuento de pendejadas.

—Estoy jodido. Creo que no me sentía tan mal desde el día aquel en que me llevaron a la cárcel. Por pendejo. ¿Te acuerdas?

Por un momento dudé de la pregunta. ¿Me acordaba que lo habían encerrado por pendejo, o nomás quería que me acordara de que lo habían encerrado?

Al ver a mi padre en este estado comprendí que había caído —o al menos eso parecía— en uno de esos trances famosísimos, en que después de reflexionar se arrepentía de todo. Ya me diría al cabo de un instante que nunca más volvería a estacionar su coche, no digamos en un lugar oscuro, sino que no lo volvería a estacionar en ningún lado. Pero no, me equivoqué. En su Olimpo surgían los duendes del recuerdo y los espíritus que atosigan la introspección culposa (estos últimos interpretados por Manolín y Shilinsky). Dio dos largos suspiros estremecedores, estremecedores más que por la largueza, por no sé qué sincronía con la violencia de sus pupilas.

—¿Te acuerdas o no?

—Claro que me acuerdo, ¿pero qué tiene que ver con que te hayan volado el

coche?

—No sé, no sé... algo.

—¿Como qué?

—Es una especie de corazonada... —maduraba en los rincones de la boca, su gesto de viejo soñador— será tal vez que desde entonces no estaba en una delegación... será que hay una liga interior que me hace pensar que sigo siendo tan pendejo como entonces.

Eché la cabeza hacia atrás, levantó los hombros, escondió el cuello, puso los brazos tensos y las manos sobre las rodillas, rascándoselas. Con los ojos como brasas y las orejas pegadas a los hombros, parecía un médium arrebatado por un espíritu desconocido (el de Cronos, interpretado por Joaquín Pardavé).

Yo seguía sin entender por qué se remitía a aquella ocasión nefasta en que lo entamaron. Creo que aquello pasó en agosto del cincuenta y ocho, pues yo acababa de cumplir doce años.

Aquel año fue clave, trágicamente clave, para la biografía de mi padre. Por ese tiempo dibujaba una historieta que se llamaba *Rex, el hombre de bronce*, que trataba de un tipo que había nacido en el Tíbet, aprendía la sabiduría del Gran Lama y después se venía a México a buscar a sus padres a quienes nunca conoció.

Papá tenía su despacho en la parte trasera de la casa, y ahí pasaba todo el tiempo. Un día llegaron unos señores de gabardina y sombrero a preguntar por él. Le gritamos y papá vino hasta la puerta; no sé qué le dijeron y él lanzó una carcajada. Nos dijo que no se tardaba y se fue con esos dos señores. Mi madre no estaba. En la tarde, uno de los ayudantes (al que le decían el Príncipe Charro, por no decirle pinche chaparro), la llamó y le dio una noticia que casi la desmaya. La muy cautelosa no nos dijo nada, se fue a su cuarto y empezó a hablar por teléfono. Yo me acerqué a su puerta, escuché que lloraba y decía «usted es el único que me puede ayudar, Tacho». Mucho tiempo después me enteré que a papá lo acusaban de haberse robado unos cartones de otro dibujante (creo que eran de Pancho Flores, el dibujante de toros), que estaban en el almacén de la editorial para la que trabajaba. Los cartones desaparecieron (o los hicieron desaparecer), y vámonos, que se llevan a mi jefe a la octava.

De aquel fin de semana quedarían dos momentos grabados en mí: uno, la noche que papá no fue a dormir; y el otro, al día siguiente, cuando lo soltaron y en mi casa se hizo un fiestorrón.

Tengo idea que fue un viernes. Yo no había dormido pues con el revuelo que se armó en la casa a partir de aquella noticia misteriosa, mi mamá no volvió a ocuparse de nosotros y no se dio color de que me quedé a ver el noticiero de Martínez Carpinteiro. Mamá no había querido decirme nada fuera de que no me preocupara, que no pasaba nada y que no le estuviera dando lata porque andaba de mal humor. Del noticiero me impresionó mucho un documental sobre los guerrilleros cubanos que andaban en la sierra prometiendo fregarse a los que estaban en el gobierno. Las imágenes eran explícitas, pero lo más raro para mí fue que Fidel Castro usara dos

relojes en el mismo brazo. Lo que más deseaba era estar con mi padre para que me explicara qué era todo ese relajó de la Sierra Maestra. Después de la cerradita de ojo, Carpinteiro se despidió y yo apagué la tele. Me fui a dormir pero no pude pegar los ojos, a cada rato me levantaba para ver si mi papá ya estaba en su cama. ¿Para qué quiere ese barbón dos relojes, papá? En una de éstas, escuché voces que venían de la sala. Bajé y desde las escaleras, sin que me vieran, descubrí a mi madre con mi tío Doroteo, mi tía Clementina y mi abuela. Quedé impresionado por la extraña escena que formaban: mamá, al centro del salón, con las manos en la cara; mi tío a su lado; Clementina, con el rostro abatido, sentada en un sillón; y mi abuela, con el ceño adusto y la barbilla recogida en la papada, parecía el garabato de una paloma buchona conteniendo la ira en el cogote. Discutían. El movimiento de las figuras, aquel ir de un lado a otro con los brazos abiertos, tenía el espíritu de una tragedia de fantoches.

—Mire Adalgisa —decía Doroteo como en un arrebato napoleónico—, es mejor que entienda; si no lo hacemos así, lo van a dejar encerrado por un rato largo.

—Pero no tienen por qué, Doroteo, Felipe no ha hecho nada malo.

—Pues será el sereno, pero si no le llegamos a la mordida, a Felipe... —aquí dijo qrwikkk y se pasó el dedo índice a lo largo del cuello.

—No sé qué hacer, Dios mío, no sé qué hacer.

—Yo le aconsejo —intervino Clementina lúgubrementemente— que no lo piense más.

—¿Pero sólo por unos cartones que él dice que no se clavó?

—No fueron los pinches cartones, Adalgisa. El asunto es mucho más serio. ¿No ha visto cómo está el país? ¿No ha oído lo que pasa en todo el mundo? —agregó Doroteo—. No se haga la desentendida, no se me haga, caray.

Aquí fue donde la enemistad tomó cuerpo, y mi abuela vio la oportunidad de iniciar la guerra campal.

—Lo que pasa es que mi hijo nunca te ha importado —cacareó, frondosa, sentándose a sus anchas—, prefieres unos cuantos centavos a su libertad.

—¡Señora! ¿Cómo puede usted decir eso? —un incendio subió a la cara de mamá.

—Lo digo y lo repito —agregó mi abuela forzando una sonrisa sádica.

—¡Cálmate, Pelancha! —intervino Clemen.

—Déjenme hablar que es la pura verdad —contratacó mi abuela, envalentonada—, pero ora verás, te voy a dar una lección, mañana mismo empeño mi brillante blanco azul, único recuerdo que me quedaba de Baraquiel, óyelo bien, ¡único recuerdo! y con ese dinero sacamos a m'hijito.

—Es usted una malvada, de veras —respondió mamá con voz ahogada— el dinero lo tenemos ahorrado y no me importa darlo, pero Tacho me dijo que ni se me fuera a ocurrir dar mordida, que así le íbamos a hacer más daño a Felipe y que él iba a arreglarlo todo.

—¡Ay, mira! Tacho y la carabina de Ambrosio son lo mismo, y tú eres una discípula.

—¡Ya cállate, Pelanchona! —gritó Doroteo, señalando a mi abuela con el dedo—. Eres muy injusta con esta muchacha.

Mamá se hundió en un silencio enajenado, abismándose en la aridez de una contemplación interior: mirada que parecía sólo descubrir la continuidad de un dolor largo y mezquino. Tal vez entonces pensé que ese afán marchito, desilusionado, era su vida. Entonces vi que mi mamá muy enojada, más bien, muy desesperada, trató de correr hacia las escaleras. De no ser porque mi tío la agarra del brazo, me cacha espiándolos. Me dio tanto miedo que me regresé volando a la cama. Recordé a mi tío pasándose el índice, como si fuera un cuchillo, por el cuello, creando una imagen que me perseguiría por muchos años. ¡Qrwikkk!

Al día siguiente, como a eso de las siete de la noche, mi papá regresó a casa. Venía acompañado de toda la familia, de sus ayudantes y de un grupo numeroso de mariachis. Entraron a la casa al son de *La negra*. Doroteo traía cocacolas y una caja de ron Bacardí; mi abuela llevó tamales de La flor de lis. Se organizó un fandango fenomenal; y a los niños nos dejaron estar hasta que se acabó, como en año nuevo.

Antes de que la fiesta alcanzara su momento sublime, ocurrieron varias cosas: el Peneque y yo nos empedamos con dos cubas que quién sabe quién nos dio; a Danilo lo sorprendieron, atrás de una puerta, con la mano puesta entre la pantaleta y la nalga de su novia; con la ayuda de cinco tequilas, la Conchona puso de manifiesto rasgos que antes habían permanecido ocultos: anduvo sentándose en las piernas de todos los sobrinos; y como a la una de la madrugada que Marichu se saca, no solo el sentimiento, sino su vocación de política. Primero se puso a llorar y todos nos quedamos callados, hasta los mariachis, que estaban tocando *Poeta y campesino*, poco a poco se callaron. Marichu nos explicó que lloraba porque su madre, quien se había muerto diez años antes, no estaba ahí para ver que todos seguíamos juntos. Después, dio un discurso. Dijo que doña María había sido una santa en vida, y que por boca de ella se congratulaba de que su nieto predilecto (aquí señaló a mi papá) se hubiera convertido en el baluarte de los ideales de la familia Guerra. Pidió un minuto de silencio a la memoria de aquel testigo, por desgracia mudo, de la recuperación de nuestra felicidad, al cabo del cual todos fuimos a abrazarla. Los mariachis tocaron una diana.

El Chato, desde quién sabe dónde, gritó «Saluuud», y todos nos unimos al brindis, levantamos nuestros vasos y coreamos, «Saluuud». Un ambiente denso, cargado de humo, pero quién sabe por qué dulzón, flotaba en la sala de mi casa. El Chato, desde el mismo sitio desconocido, chungueó con un tonecillo como de consigna:

—Que recite Doroteo, que recite Doroteo —e inmediatamente lo seguimos, otra vuelta todos: «Sí, sí, ¡que recite Doroteo!, ¡que recite Doroteo!».

Mi tío pasó al centro del medio círculo que formábamos. Se abrochó el botón de su largo saco, se ajustó la corbata, acomodó la larga cadena, que desde la cintura caía hasta casi las rodillas y subía al bolsillo de su pantalón. Pidió su sombrero panamá, y



nos miró muy circunspecto, pidiendo silencio. Su tacuche nos impuso. Nos callamos, eso sí, guardando nuestro vaso entre las manos. El tacuche elevó la vista, puso una mano sobre la panza, levantó el brazo derecho y con los dedos muy estirados empezó a declamar con voz trémula:

—Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida, porque nunca me diste ni esperanza fallida, ni trabajos injustos, ni pena inmerecida; porque veo, al final de mi rudo camino, que yo fui el arquitecto de mi propio destino —aquí hizo una pausa, miró a mi padre, y suspirando caminó hacia donde él estaba. Puso una mano sobre su hombro; papá bajó la cabeza y empezó a sollozar con toda el alma en las lágrimas; se cubrió la cara con una mano (en la otra tenía su cuba). Mi tío le apretó el hombro como para darle ánimos y continuó—: que si extraje las mieles o la hiel de las cosas, fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas: cuando planté rosales coseché siempre rosas... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno: ¡Mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno! Hallé sin duda largas las noches de mis penas; mas no me prometiste tú sólo noches buenas; y en cambio, tuve algunas santamente serenas... Amé, fui amado, el sol acarició mi faz. ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Con esta última frase saludó con asainetada reverencia, y nos puso el rostro demudado. Doroteo abrazó a mi papá. Fue un abrazo largo, en que se apretaron y se dieron, espaciadamente, palmadas reconfortantes en la espalda. Desde su escondite el Chato nos increpó: «Saluuuud.» «Saluuuud», le contestamos. La Conchona dijo, exhibiendo sus puños en alto, que qué sensibilidad tenía su hermano, que qué lección nos había dado. Trató de ir hacia ellos lentamente, pero se tropezó y se los llevó de corbata. Quedaron en el suelo apachurrando a mi hermana Magali. Ésta me contó que la Conchona, como a dos centímetros de la cara de Doroteo, le dijo: «Eres sensible pero feo, lo que sea de cada quien».

Recuerdo que más tarde (porque el Peneque: roncando de bruces sobre el mantel, me había dejado hablando solo), me acerqué a mi tío. Se había vuelto a aflojar la corbata, estaba en un sillón, con las piernas cruzadas y fumándose un puro. Se estaba confesando a solas con su décima cuba. Su rostro moreno, rechoncho, en el que despuntaba una barba cerrada y entrecana, reflejaba lo que en verdad era, lo que siempre había sido: un pachuco apasionado.

—Estuviste muy bien, tío —le dije.

En un extremo de la casa estaba mi papá discutiendo con mi madre. En la sala, cerca de nosotros, Clementina quería que mi abuela comprendiera no sé qué.

—¿Tú crees, sobrino?

—Estoy seguro.

—Más hubiera querido decirle a tu padre un poema mío, pero no tengo ninguno. He intentado escribirlos, te lo juro, pero no me ha salido nada bueno.

Absorbió de su puro, se tomó un trago de su cuba y dio el golpe marino. Papá trató de abrazar a mi madre, pero ella no se dejó. Clemen le estaba dando un beso a mi abuela que repetía que oquey, oquey. Mi tío, con el puro en la comisura de los

labios y un ojo guiñado por el humo, lo miraba y oía todo sin especial interés, concentrado simplemente en su impotencia.

—Me he tenido que resignar siempre con amar la poesía de otros, acostumbrarme a que no soy poeta sino declamador. La vida, la caprichosa vida, sobrino, no me otorgó el precioso don de la versificación. ¿Qué le vamos a hacer? Si al menos hubiera recibido una mirada de las musas, con todo esto que traigo aquí tan encerrado en el pecho, el pinche Nervo no me hubiera servido ni pal arranque, te lo juro.

Se le iluminaron los ojos y de un trago se bebió el resto de su cuba. Se quedó aletargado en nieblas alcohólicas, mecido en un confuso y alterno marasmo de confianza y recelo. Del otro lado, mi madre se había dejado abrazar y papá le acariciaba el pelo. Tomé la mano de mi tío y tal vez Doroteo recordó cuando con su mamá fue al entierro de Nervo; era un chiquillo todavía (él me lo contó una vez); parado en avenida Juárez le arrojó flores al ataúd del gran bardo; «estamos enterrando a la poesía, Doroteíto, nunca lo olvides, a la poesía como Dios manda». Mi padre se había separado un poco, mamá se daba la mano con mi abuela y Clemen las había tomado de las muñecas y no dejaba que se soltaran. Por primera vez mi tío pareció percatarse (aunque a lo mejor lo malinterpreté) de lo que estaba sucediendo frente a nosotros y me dijo:

—Hay una sola regla de oro para la felicidad, sobrino, nunca la olvides: no desprenderse nunca ni del arte ni de la vida.

Al oír esto pasó por mi mente la imagen de mi tío Doroteo, pateando a Nervo y robándole unos poemas que el Vate traía escondidos en los bolsillos.

La pachanga terminó tardísimo. Cuando se despidieron las visitas, me quedé perplejo al ver a mis padres abrazados en el recuadro de luz que se formaba en la entrada. Aquellas siluetas, vistas con ojos de sueño, componiendo no sé qué símbolo, son el último recuerdo de aquella noche.

La fiesta para celebrar la libertad (bajo fianza) de mi padre, quedó como una de las fechas memorables de mi familia, a la que por cualquier cosa todos hacían alusión. Mi tío Fidencio, que no fue a la pachanga, pero que la conocía al detalle por referencia de mi tío Doroteo, decía siempre que había terminado como una leyenda saturada de romanticismo. Y cuando tenía que enseñarle algo a alguien, agregaba: «Cuídate, no te vaya a pasar como a tu tío Felipe cuando se lo llevaron al bote, que por andar de tracalero, le querían meter la tranca por el lero lero», y narraba toda la historia. Pero insisto, nada tenía que ver con la desaparición de nuestro Dodge Dart azul.

—¿Por qué te entamaron aquella vez?

—Por pendejo.

—Sí, ya me dijiste, pero ¿cuál fue la otra causa?

—No fue otra, fue la misma: por organizar un sindicato.

—¿No fue porque te clavaste unos cartones?

—Eso dijeron, pero no, fue porque todos los dibujantes de historietas nos

estábamos agrupando en un sindicato y a mí me nombraron presidente. Parece que el asunto no les gustó ni a los editores ni a las autoridades. Tomaron lo de los cartones como pretexto y yo, que de pendejo había aceptado liderar a mis compañeros, fui a parar a la cárcel.

Nunca lo hubiera pensado. La imagen de mi padre (mi padre, el dibujante del aire, el ingeniero en fantasías y el perito en promesas) como líder sindical sí que era una revelación.

—¿Cuánto tiempo te tuvieron adentro?

—Poco más de un día, pero te juro que fue horrible. ¡Qué injusticia, caray! Yo iba muy creído de que tenía que aclarar una falsa acusación. Al menos eso fue lo que me dijeron los agentes —remedando la voz de un supuesto agente chismoso, agregó—: «Una señora dice que usted le robó su bolso.» Y así te voy de inocentote a la octava para desmentir a la susodicha.

—Y cuando llegaste, ¿qué pasó?

—Pus nada, que me dicen que el asunto era más serio de lo que yo pensaba, que la orden de encerrarme venía de muy alto, y pácatelas, que me meten a uno de los separos —al finalizar esa frase precisamente, un recuerdo le hizo fruncir el entrecejo—. Ahí estaban los otros líderes, el Pichirilo, Tano, el abuelito Barajas, nomás faltaba yo.

—¿La pasaron muy mal?

—Mal es poco, la pasamos pal carajo. A cada rato venían y nos interrogaban. Uno por uno, enfrente de los demás. No nos dejaban ni chistar, lo sabían todo, hasta a qué hora cagábamos. Nos traían fintos. Eran puro hijo de la chingada; al pobre Tano le sacaron sus trapitos al sol, quesque le gustaban los hombres, ¿tú crees?, si el chaparro era bien macho. Cuando se fueron no sabía qué hacer, se puso a llorar y nosotros tratando de consolarlo a lo pendejo... —con la barbilla levantada y los ojos en rendija, agregó—: Tano no era joto. Como dice tu tío Fidencio, por tres cosas se conoce a los hombres cabales: por la manera de beber tequila, de mirar a las mujeres y de agarrar el taco, y Tano nunca tomó su taco con los cinco dedos, nunca.

—¿Los golpearon?

—No llegaron a tanto, pero creo que poco les faltó. «Muy machitos ¿no?», nos decía un tipo que era igualito al Ratón Macías, «pus ora si nos los vamos a chingar sabroso. Mejor hubiera sido que se quedaran haciendo sus pinches monos, ya verán». Y nos empezábamos a cuartear toditos. A mí se me subieron los güevos.

Cada vez que imitaba la voz de alguien, la adornaba con gestos y ademanes. Me recordó a los Polivoces de los primeros tiempos.

—Ya me imagino, ¿y cómo le hiciste para salir?

—¿Cómo crees? ¿Cómo se arreglan las cosas en este pinche país? Con influencias m'hijito, con influencias. Me sacó tu tío Tacho. Él fue el que me hizo ver que yo era un pendejo. «Con el país no se juega, Felipito, a ustedes los agarraron de puerquitos para que los maestros aprendan y ya calmen sus ánimos» —esta imitación

de mi tío Tacho era más o menos facilona, y casi todos en la familia la hacíamos, pues Tacho era el vivo retrato de Pedro Armendáriz y siempre hablaba levantando una ceja y marcando el final de cada frase—. Así me dijo, en seco y a la cara. Como los maestros traían de cabeza al gobierno con sus demandas, a alguien se le ocurrió que si nosotros nos uníamos en un sindicato, íbamos a apoyar el movimiento del magisterio y que de ahí a hacer que la Familia Burrón apoyara a la revuelta, nomás había un paso. Hazme el chingao favor.

En mi cabeza se había mezclado la imagen de Tano (en su nueva versión de invertido), con la de los maestros protestando en la calle aumentos salariales, con los dos relojes de Fidel, y con las tardes en que sabía que el mejor momento sería cuando me dejaran ir al despacho de mi papá. Recordé una lejana imagen, atisbada mil veces, cuando iba a verlo trabajar: él, recargado, casi acostado, sobre su restirador; el lápiz en una mano ágil que se movía sobre un cartón blanco; el cigarro en la boca y el rostro puesto como él sabía: ojos entrecerrados, mirada inmóvil y los músculos muy tensos. Cuando lograba la figura deseada se sonreía y se sacaba un moco con el dedo meñique. Los tirones de sol que se filtraban por la ventana alumbraban sus dientes blancos, y siempre, el cigarro en la comisura de sus labios. Ése era el hombre que yo había conocido, el que me enseñó a leer en los Super Sabios; el que me llevó por primera vez al fútbol; el que después de llevarme a conocer librerías de viejo en el centro, me invitaba a cenar churros con chocolate en Passapoga; el que, cuando escribí mi primer guión, aunque lo sabía, no me mencionó siquiera que me había plagiado a Rice Burroughs; el que me abrazó al salir del cuarto en el burdel «Aquí me rindo». Ése y no otro. Del líder sindical que el niño y el adolescente fueron incapaces de descubrir, nunca supe nada.

En eso entró un tipo alto, moreno, de pelo chino envaselinado, vestido con una playera blanca que tenía un gran dibujo de palmeras estampado en todo el pecho, un pantalón semicaqui y un sombrero de ala ancha en la cabeza. Tenía un cierto aire de Víctor Parra en *El Suavecito*.

El joven de la máquina de escribir le dijo que nos habían robado el coche. El tipo nos miró como a dos sujetos de una raza extraña. Dándonos el visto bueno se nos presentó como el M. P., licenciado Velázquez. No quiso enterarse de los detalles del hecho delictivo, y en seguida se notó que nuestro correspondiente M. P. era un hombre sin corazón, pues apenas le dimos las generales del trágico suceso, se acachazó burlón, preguntó que como a qué hora habría sido el robo, y todo ello sólo para decirnos que nuestro auto ya debía ir por Iguala.

—¿Lo tenían asegurado?

—Sí.

—Pues levánteles un acta —le dijo al joven con una sonrisita fatigada—, la van a necesitar. No hay nada más que hacer, créanme.

El joven le pidió a mi papá que se sentara frente a él y después de acomodarse en la máquina original y cinco copias, escribió algo. Preguntó el nombre de mi papá para

levantar la mentada acta.

Vi tan serio al jovenazo que me pareció que se había olvidado totalmente de Olimpo Cárdenas. Pensé en mi padre encarcelado mientras narraba el robo de su auto con una cierta, extraña parsimonia. Me vi a mí mismo, parado todo el tiempo al centro de la habitación, como si hubieran transcurrido cien años en mi cabeza. ¿Había yo asistido al entierro de Nervo, al de la poesía como Dios manda? Me percaté que estaba cantando para mis adentros: «Sumido en el letargo, el pensamiento implora que aclare nuestro cielo y vuelva a ser feliz.»

## UNA NOCHE DE DEBUT Y DESPEDIDA

Salimos de la agencia del Ministerio Público, acta en mano, con la mirada perdida y como si el Indio Fernández nos estuviera filmando en la última secuencia de *Víctimas del pecado*. Se me ocurre ahora que desde algún lugar impreciso, una voz hubiera podido decir «Aquí van dos hombres a los que el torbellino de la vida ha vuelto a unir».

Cuando nos subimos al coche, le pregunté a mi padre dónde quería ir. Su respuesta fue lacónica:

—Vamos a tomar unos tragos.

—¿A qué lugar?

—Al que tú quieras —contestó, pero se arrepintió inmediatamente, como si de veras lo fuera a llevar a donde yo quisiera. Todo lo contrario a un soponcio se le fue cara arriba hasta revolotearle en las pupilas, y en algo así como un extraño trance de sonrisa, me dijo—: No, mejor vamos a la Perla Negra.

La Perla Negra fue un night club famosísimo en los años cincuenta. Competía solamente con el Burro, que estaba en lo que era el otro extremo del puerto, o sea, frente a la playa de Hornos, cerca del hotel Papagayo. En el camino mi padre me contó que en La Perla Negra conoció a Kitty de Hoyos cuando su primo Gregorio la pretendía y se quería casar con ella.

—Yo creo que era la vieja más bella del mundo, bueno, aparte de Christian Martell. Había un escandalazo por no sé qué película, y tu tío que siempre fue muy cabrón, quería caerle. Pinche Gregorio.

Se rió. Algo pasaba dentro de él: había pasado de las lágrimas a una rara mezcla de melancolía con risa; de evocación con análisis filosófico, que lo hacía, ante mí, un ser inasible. Evidentemente, y por quién sabe qué prestidigitaciones, lo pendejo que se creía y el robo del coche, habían dejado de ser importantes. Era como si se hubieran borrado las últimas dos horas. Lo cual sólo podía significar dos cosas: a) que el coche ya no le gustaba y lo sucedido era un buen pretexto para cambiarlo; o b) que bebiendo cubas a mansalva iban a devolvérselo por puritita compasión.

Llegamos a La Perla Negra, y apenas entramos mi papá me murmuró al oído:

«Está igualito a como lo dejé». En la pista había un conjunto de música tropical que se parecía al Combo de Lobo y Melón; frente a él, dos rumberas que bien hubieran podido ser las Dolly Sisters, se tropezaban en lo redondo de una pequeña pista; un mulato de cabello afro cantaba acompañado del resto del combo: «Yo soy el ruletero (que sí, señor, el ruletero). Yo soy el chafirete (que sí, señor, el chafirete). Yo soy el macalacachimba (que sí, señor, el macalacachimba). Yo soy el icuiricui (que sí, señor, el icuiricui)».

—¿Tú sabes quién fue el icuiricui? —me preguntó papá.

—No.

—Nadie lo supo jamás, yo creo que ni el mamón de Pérez Prado.

Con estas nostalgias echó a andar hacia adentro y con estas nostalgias (que le daban risa y suplían no sé qué), nos fuimos a un rincón desde el que se podía observar perfectamente el acantilado de la Quebrada y escuchar el run-run agitado de las olas del mar.

Sin consultarme, mi papá pidió una botella de ron y unas cocas. Después, entrecerrando los ojos, dejó vagar su mirada por todo el cabaret, y con una frase de final feliz para los infortunios de esa noche dijo:

—Parece que nada ha cambiado, ¡coño, está igualito!

Miré el cabaret lleno de recelo y hasta con un poco de envidia por no haberlo conocido en su época de esplendor. Lo único que se me ocurrió preguntar fue que por qué igualito.

—Porque sí, así lo dejé, romaticón y cachondo.

Me detuve a observar a mi alrededor: en varias mesas había algunas parejas cachondeándose sabrosamente; más allá, en la barra, unas pirujas no nos quitaban la vista de encima; una de ellas, toda de negro, fumaba con lentitud reclinada sobre un banco. Un cliente, ebrio, la abordó y ella, con un gesto digno de Ninón Sevilla, se deshizo de él despectivamente; caminó con lentitud a lo largo de la pista sin importarle las rumberas. No faltaba más que Pedro Vargas cantando *Aventurera*. Del otro lado estaba la Quebrada iluminada por un poderoso reflector. Efectivamente, era romaticón y cachondo.

—Desde allí se avientan los clavadistas más famosos del mundo —me dijo papá señalando una especie de trampolín natural que sobresalía hasta arriba de la escarpada—. Una vez Johnny Weismuller quiso tirarse pero no lo dejaron, es muy peligroso.

Una mesera nos trajo la botella, las cocas, una cubeta con hielo y un platito con medios limones. Cuando se retiraba, papá le murmuró entre dientes:

—Adiós tremendona, que estás más buena que los chongos zamoranos.

Se fue contoneando. Nosotros nos quedamos con la mirada fija en el cierre de la falda de la tremendona «Dan ganas de bajárselo a traición, ¿verdad?», me dijo papá, y luego se puso a preparar las cubas, «con el limón quemado, como debe de ser». Me alargó mi vaso y brindó por La Perla Negra. Inmediatamente después del primer

sorbo, se puso a tamborilear con un cierto estilo nostálgico, con una mano sobre la mesa, y con el agitador, alternativamente a los vasos y la cubeta. Su gesto bonachón hizo que me diera el patatús de las confesiones. Comprendí que ése era el instante preciso de caerle con la noticia:

—Papá, tengo que confesarte algo —dije, poniendo mi carota de niño malcriado.

—¿Qué cosa?

—Tú te imaginas que no vivo solo ¿no es así?

—No.

—¿No te imaginas o no vivo solo?

—No me imagino. Salud.

—Bueno, pues imagínatelo.

—Oquey, ¿y qué?

—Nada, que he decidido presentarles a la mujer con la que vivo.

Papá se pasmó y nada más picardeó una pregunta:

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Mañana.

Silencio. Nos quedamos viendo. Él, amontonando el ceño; yo, tragando saliva.

—Por si éramos pocos, parió la abuela, como dice tu tío Fidencio —murmuró papá, serenando una sonrisa—. Salud nuevamente.

Papá soltó una carcajada sonora que cortó mis razones de cuajo.

—Por favor, déjame continuar. Para mí es muy importante que la conozcan, no lo puedo evitar, es un asunto visceral, ya llevo varios meses viviendo con ella, la amo hasta la ofuscación, y a últimas fechas ya no pienso más que en presentárselas. Imagínate, la otra noche soñé que estaba comiendo con ustedes, era cumpleaños de alguien, no sé de quién, y cuando partían el pastel, un pastelote como de tres pisos, de dentro salía mi mujer y yo me ponía a vomitar. No, ya no puedo más, se las tengo que presentar.

—¿Y dónde tienes escondida a esa mujer? —me preguntó con una sonrisa beatífica en la boca—. ¿No me digas que mandaste a hacer el pastelote? Se te va a ahogar.

—Mañana llega en el avión de las diez.

—¿Te imaginas lo que va a decir tu madre?

—No creo que diga nada.

—No seas pendejo.

—Bueno, está bien, por eso te lo estoy contando, para que me ayudes.

—Es posible —dijo papá poniendo cara de estar haciendo cálculos— que tu mamá no resista el golpe y se desmaje; también es muy probable que lo resista y se reencabrone. Conviene entonces hacer algo que se acomode a las dos cosas —se quedó pensando otro poco y volvió a poner su sonrisa santurrón—. Echale los güevos por delante, es lo mejor.

Acabó la frase con gesto de bravata, sin comprender el escarnio del que me hacía

objeto.

Una posibilidad aterradora se vino sobre mi cabeza: Marina estaba marcada por el síndrome Emilia Guiú y cuando llegara a Acapulco, la inminente tragedia de la que seríamos fácil presa, provocaría que nunca más fuéramos lo felices que hasta entonces habíamos sido. Nos sucedería como le pasó a la Guiú en *Pecadora*, que desde que en la fiesta de recepción de su hijastra se reencuentra con José María Linares Rivas, El Dandy, ya no consigue la calma y va de chinga en chinga la pobre. ¿Sería el destino, también en mi caso, el verdadero villano de la película?

Ante esto, a manera de salvación, como un «¡corten!», yo hubiera querido que mi papá reaccionara de otra manera, que al enterarse del asunto se hubiera levantado de su silla y exclamara: «No puede ser, tenemos que evitarlo a toda costa»; o «busquemos un teléfono, háblale a esa mujer y ruégale que no venga. Invéntale cualquier pretexto, que te rompiste una pierna, que te raptaron y piden un millón de pesos de recompensa. ¡Que se ponga a conseguirlos! Dile lo que quieras pero que no venga, después de todo lo que ha pasado no podemos hacerle esto a tu madre»; o aun, «huye de aquí, ya veré yo cómo me las arreglo con las dos», lo cual, dicho sea de paso, correspondía exactamente con la voz de mis instintos más primitivos. Pero nada, el tipo estaba sumido en sí mismo, y no se percataba de que, conforme avanzaba el tiempo, yo me sentía Johnny Weismuller (me escapaba de la gente que me retenía en el cabaret, me trepaba hasta el trampolín de la Quebrada, me aventaba al mar y me despedazaba contra las rocas). Me indignaba la indiferencia de mi papá. Por eso le dije que si no creía que el problema era más serio de lo que él me estaba demostrando.

—Sí, pero no veo qué puedo hacer —me contestó viendo hacia la pista.

—¿Y qué hago yo?

—No sé. Si no le quieres echar los güevos por delante, pus súpelo y ya.

No me di cuenta que el combo se había ido y que en su lugar había llegado un conjunto que acompañaba a un cieguito que tocaba la guitarra. El ciego empezó una canción con un requinto de cierto aire andaluz, acompañado por castañuelas y todo. Casi al principio de la melodía, mi padre me pidió que me callara pues yo iba a decir algo. «Escucha nada más», dijo. El ciego, después de un suspiro se arrancó con aire de sacrificio sin igual: «Quédate sentada donde estás, hasta el final de la canción como si nada.» Mi padre emocionado, casi con un grito, dijo:

—¡Arrooozz!

«Soy un invitado de ocasión que no pretende figurar en tu programa. Soy, como lo fui siempre en tu vida, una noche de debut y despedida.»

Seguimos oyendo la melodía pero yo, que no podía apartar de mí a la posibilidad aterradora, le pedí que me ayudara de alguna otra forma fuera de aconsejarme sufrir y nada más. Él volvió a sonreírse y a quedarse callado. Por fin, cuando cobró aliento, con voz pausada y tacto admirable, me echó el discurso de los últimos días de su luna de miel.



Yo había escuchado esa historia (la de mi padre, no la del invitado de ocasión, ¿o fue la de los dos?) de labios de mi misma madre. Aquel suceso era la piedra de toque de la vida marital de mis padres y mamá siempre se refería a él de la misma manera: presentaba primero la situación como desesperada, para luego dar el desenlace: a pesar de todo, habían sido felices y se querían mucho. Una vez que me narró la historia (mamá había tenido un pleitazo con papá, y estaba totalmente fuera de sí), me dio una carta y me dijo que la guardara porque por nada del mundo quería leerla, que ya alguna vez me serviría para reconstruir los acontecimientos. En esta carta se da testimonio inigualable de lo que mi papá me relataba, y para que tenga usted una idea certera de lo que sucedió, le agrego una copia. La misiva, dirigida por Adalgisa a su comadre Amparo, está fechada el 20 de mayo de 1942.

*Amparo Querida:*

*No sé por qué te escribo, creo que porque no puedo más. Es la una de la madrugada, me he quedado sola, no tengo con quien desahogarme y lo necesito, lo necesito más que nunca y pensé que qué mejor que decirte a ti las cosas, que lo sabes todo de mí.*

*¡Ay, Amparo! me han destrozado. Hace un momento se lo decía a Felipe, «tan bien que nos estaba yendo», y no le pude decir más porque él se enojó y se fue, yo creo que a beber allá abajo, aunque él no bebe, pero es que tuvimos una discusión muy fea, y cuando me dijo que se iba, la verdad lo preferí para poderme quedar sola y pensar, pues estaba muy ofuscada. Tú te has de estar imaginando otras cosas, pero no Amparo, te pido que me escuches, que ni siquiera pienses por favor.*

*Lo que nos pasó, es que ayer nos cayó mi suegra, así como lo oyes, ni nos había avisado ni nada. Felipe dijo que lo que menos se hubiera imaginado es que su mamá nos fuera a seguir, y al principio le creí, pero ahora ya no sé ni qué pensar, porque como te dije, hace un rato discutimos y me dijo cosas que me hacen dudar. ¿Tú crees que mi suegra se hubiera venido hasta acá sin avisarnos? Bueno, sin avisarle a Felipe, porque yo ni idea tenía. Estábamos en La Perla Negra cuando nos cayó la señora. ¿Te acuerdas que tú me habías dicho que fuéramos a La Perla Negra? Pues anoche, después de pasar los dos días más maravillosos de mi vida, y no pienses mal, por favor, maravillosos no sólo por lo que estás pensando, sino también por todo lo otro. ¡Felipe se había portado muy bien conmigo, y yo estaba lela!, ¿lo oyes? lela por mi marido. Así que me acordé de tu consejo y le dije: «Felipe ¿por qué no vamos a cenar a La Perla Negra y vemos a los clavadistas?» Él se mostró encantado y hasta me contó que hacía no sé cuántos años, él con un grupo de amigos habían querido echarse de clavados, pero que un policía los detuvo porque estaban medio borrachos y no los dejó. ¡Qué lugar tan lindo Amparo! tenías razón, ¡es tan romántico!, ¿quién iba a pensar que precisamente ahí, en un sitio tan divino, fuera a iniciarse mi desgraciada aventura? Nadie, ni siquiera yo, que cuando llegué me*

encontraba en la cúspide de la felicidad. Nos llevaron a una mesa cerca del acantilado y Felipe pidió champaña, ¿tú crees? «No, Felipe» le dije yo, «tú sabes que no me gusta beber». Pero él insistió y dijo que quería que me acordara de esa noche toda mi vida. Y nunca se me va a olvidar, Amparo, te lo juro, no sólo por la champaña, que nunca antes había tomado, sino por la llegada intempestiva de mi suegra. Llevábamos un rato nada más, habríamos bailado unas cuantas piezas y apenas nos habíamos tomado una copa cada uno, cuando nos cayó. Yo le había dicho a mi marido poco antes, cuando nos fuimos a sentar porque iba a empezar el show, que era la mujer más feliz de la tierra. Fue una frase de mal agüero, porque inmediatamente después veo bajar a mi suegra por la escalera. Al principio creí que la confundía con otra mujer y hasta estuve a punto de decirle a Felipe que mirara cómo se parecía a su madre, pero no se lo dije pues pensé que a lo mejor se ofendía, pues la vieja aquella de momento me pareció muy gorda, pero para mi desgracia la visión repentina se hizo realidad. Me quedé como paralítica; ella apenas nos vio y empezó a gritar «hijo de mi vida, hijo de mi corazón, hijo, hijito mío», y se nos vino encima, bueno no a mí, sino al pobre de Felipe. ¿Tú sabes de alguien a quien le haya pasado lo mismo? Y para colmo, la bendita señora no sólo estrujó durante media hora a mi maridito, sino que con el mayor desparpajo se sentó en nuestra mesa. Creo que apenas si me saludó, pero yo ni ganas tú, si lo que quería era que se fuera, y no es que tenga nada particular contra la vieja, sino que no se me hace que se entrometa, ya estamos casados, ¿no? pues que nos deje estar solos y ya. Pero allí se echó y allí se quedó. Cuando vio lo que estábamos bebiendo, gritó horrorizada. «Ay m'hijito, eso debe ser carísimo. Te debes estar gastando todos tus centavos. A mí nada más pídemme un jaibol» (¿así se escribe, Amparo?). Más coraje me dio, pues yo no había obligado a Felipe a pedir la botella de champaña, pero ella me vio como si fuera la extorsionadora de su pobre hijo. Pensé que Felipe le iba a decir algo, pues bien que se dio cuenta cómo me vio su mamá, pero nada, se quedó calladote y a mí pues todavía más coraje me dio. Para qué te cuento, Amparo, todo se me vino abajo en un instante, de la mujer más feliz pasé a ser la más desgraciada. Fue horrible, nada más de acordarme me da rabia. Para no hacértela más larga, nomás te voy a contar que en un momento que la gorda sacó a bailar a su hijito, yo me fui a bailar con su tío, porque no sé si te lo dije, pero la señora vino con su cuñado Doroteo, ¿te acuerdas de él? Es el señor ése de pantalones bombachotes, que al final del banquete andaba de mesa en mesa, ya bastante borracho, contando cómo en realidad habían matado al general Obregón, y que él era amiguísimo de ese señor Toral, o como se llame. Pues Doroteo vino acompañando a mi suegra. Me sacó a bailar como te digo, y cómo se me vería que estaba yo de enojada, que nada más me dijo: «No se enoje Adalgisa, su suegra no es mala, lo que pasa es que está enferma de hijo. Para ella no existe más que Felipe. Por él daría la vida. Es natural que lo del matrimonio le haya afectado tan fuerte. Ha sido no sólo un golpe, sino, perdóneme que se lo diga así, un tiznadazo.» Yo le agradezco mucho que me lo haya dicho, porque llegué a la mesa

más calmada y pensaba que no valía la pena que Felipe y yo nos enojáramos. Pero el encanto de esa noche desapareció, Amparo, desapareció para siempre.

Yo preferí no decir nada y ni Felipe dijo nada. La primera discusión la tuvimos hasta hoy porque la señora nos despertó a las ocho de la mañana para ver si íbamos a ir a desayunar, y tú sabes, Amparo, yo no quería levantarme, pero Felipe insistió. Entonces le dije que no fuera así, que nos quedáramos por lo menos hasta las diez, pero él dijo que qué bárbara, que si a poco no conocía a su mamá. «¿No ves que ya está muy vieja?» me dijo. Nos vestimos y bajamos. Yo tenía, lo que tú bien llamarías una jetota del tamaño del mundo. Bien merecido me lo tengo, pensaba, y no se me podían olvidar las palabras de Felipe, ¡si conocía a su mamá! Soy muy mensa, Amparo, la verdad, porque ya sabía que todo esto me iba a pasar, más bien lo intuía, lo presentía, pero me hice la joca y cerré los ojos, todo porque lo quiero a Felipe.

¿Para qué te digo más? Ya te has de imaginar que nos pasamos todo el día con la señora como estampilla; yo le decía a Felipe que quería estar sola con él y nada más se reía, pues no nos la pudimos quitar de encima. Ni siquiera cuando tomamos la lancha para ir a dar una vuelta por la Roqueta. Pero eso hubiera sido lo de menos, sino que para colmo, la vieja no dejó de echarme indirectas todo el día y yo no pude disimular el coraje que me daba, ya sabes cómo soy, Amparo, cuando siento algo no puedo ocultarlo y cualquiera me lo nota. Todos deben haberse dado cuenta, sobre todo en el restorán, porque la señora se puso a llorar y a decirle a Felipe que ese año se iba a morir, que ella lo sabía ya, que estaba muy vieja; y qué vieja va a estar, Amparo, tú la conoces, está más fuerte que cualquiera y ya verás cómo nos va a enterrar a todos. Pero lo que más coraje me daba es que Felipe se dejara chantajear de esa manera, parecía ciego, te lo juro, nada más diciéndole: «No es cierto mamacita, no te pongas así, a mí no me gusta verte triste». Pero la señora llore y llore y el pobre de mi maridito ya sin saber qué hacer. Yo por supuesto no le dije nada y el tío Doroteo nomás tratando de hacer chistes que no le salían. Así fue toda la tarde, nos la pasamos como de velorio. Pero lo peor vino en la noche cuando el tío subió al cuarto para decimos que se iban. Felipe preguntó que por qué y el tío contestó que porque su mamá había dicho. Bajamos y nos encontramos a la señora en el lobby, con la maleta hecha y de anteojos negros, ¿tú crees? si ya era bien noche y estaba rete oscuro, pero se notaba que había estado llorando. Felipe volvió a preguntar que por qué se iban y la vieja hipócrita le dijo que porque no quería entrometerse en la vida de su hijo, que él estaba de luna de miel. «Ay mamá, pero si no nos estás molestando.» Como comprenderás, Amparo, yo hubiera querido matarlo, y la señora bien que se dio cuenta del berrinche que me encajaba, pues haciéndose la mártir, insistió y al final se fue. Yo me despedí muy seca. La verdad es que no entendía todavía a Felipe y me alegró que se fuera.

Después fuimos a cenar y creí que íbamos a estar otra vez muy bien, después de todo, pensaba, hoy es nuestra última noche. Pero Felipe lo primero que me dijo es que me había portado muy mal con su mamá y que por eso se había ido. «¿Cómo

*querías que me portara?» le dije, «si ella fue la que vino de metiche». Entonces me dijo que no me expresara así de su mamá, que lo que pasaba es que yo no la entendía y me dio tanto coraje, Amparo, que me levanté de la mesa llorando y me fui al cuarto. Felipe me siguió pero yo no quería ni oírlo. ¡Ahora resultaba que yo tenía la culpa! Cuando llegamos al cuarto discutimos refeo y no sé cuántas cosas nos dijimos. Nomás me acuerdo que al final le dije que tan bien que nos estaba yendo antes de que su madre viniera a arruinarnos la vida. Y eso le debe haber dado mucho coraje porque se fue dando un portazo. ¿Tú te imaginas terminar así tu luna de miel? ¿Verdad que es horrible? ¿Por qué me tienen que pasar a mí estas cosas, Amparo?*

*Bueno, Amparo, qué gusto que te escribí, cuando menos me desahogué, lo que ya es bastante. Te lo agradezco mucho. Nada más voy a esperar a que llegue Felipe para que nos contentemos y que todo no termine tan mal. En fin, para qué me lamento.*

*Tuya,  
Adalgisa P. de Guerra*

*P. S. Esta mañana releí la presente y no sé si me atreva a enviártela o la guarde para que si algún día flaqueo pueda revivir todos estos hechos y no me vuelvan a ver la cara.*

¿Cómo había hecho mi madre para no divorciarse?, ¿qué hizo mi padre para burlar la guerra nuericida? Me acordé de la foto de Cuernavaca y entendí el sentido de la nota que mamá había escrito: El chahuiztle era mi abuela, y seguramente los volvió a visitar en esas nuevas vacaciones. Estaban, otra vez reunidos, el cuarteto de la muerte. ¿Puede imaginar lo que pensaban? Mamá: que no creyeran que se iba a dejar, que ya estaba casada ¿no? pus que se agarraran que llevaba bala; papá: que no hacía ni dos años era un hijo consentido y ahora estaba condenado a sobrellevar la pelea de las dos viejas; mi abuela: que siempre sentía lo mismo, ella era la que había donado al hijo y a la que acababan poniéndole mala cara, nomás por quererlo tanto al canijo; y mi tío Doroteo, emulando a Antonio Plaza, recitando para sus adentros: «¿Qué tiene esta ilusión que llaman vida? / Nada en su origen. / ¿Y en su extremo? / Nada.»

Lo que les ocurrió con el tiempo es confuso: mis padres tuvieron cinco hijos (se les murió uno); cambiaron tres veces de casa; recorrieron juntos casi medio siglo y nunca se han dicho las cosas frente a frente. En este lapso, su mente se ha obsesionado con una idea: no pueden vivir solos, no pueden separarse, y nada les interesa en el mundo más que el otro cambie su forma de ser.

El ciego terminó la canción a tambor batiente: «Quédate sentada donde estás, que soy el eco nada más de tu conciencia, soy como un contrato que se archiva, una noche de debut y despedida».

—¿Y toda esta historia qué tiene que ver con mi problema? —con ojos turulatos le pregunté a papá, tratando de no jalarme los pelos, negando, negándome a lo evidente.

—¿Cómo que qué? ¿No te das cuenta? Es como si la historia diera vueltas y se repitiera. Aquí en Acapulco yo no traje a mi madre, pero ella vino solita, y ahora tú traes a tu mujer frente a tu madre, sin que nadie te lo pida. Como vidas paralelas, digamos. Lo único que no acabo de entender es por qué todo sucede precisamente aquí.

—No veo qué tiene de particular que sea aquí.

—Pues mira, muy fácil —contestó papá, arrugándose con una mueca ñoña—, tu madre tiene muy malos recuerdos de este puerto y yo por mi parte nunca he podido recuperarme del chingadazo que representó mi luna de miel. Para ambos es, ¿cómo ce diré?, como nuestro pecado original, desde entonces nos jodemos de un hilo. ¡Y mira a ti lo que se te ocurre! ¿Es risible no?

—Para nada.

—La que más pena me da es tu madre. Pobrecita.

—¿Y yo?

—Bueno, tú no tanto; después de todo algún día tenías que pasar por ésta.

Entonces se me vino encima, con todo su peso, el tamaño de la tragedia: la vida seguía pensando que yo era su esparrin. No había posibilidad aterradora ni nada, sino simple y llanamente la cruda realidad: al día siguiente mamá tomaría venganza en el cuerpo de Marina y la desollaría viva.

Para ese momento ya nos habíamos terminado la tercera cuba y media botella de Bacardí. Cuando se acercó la mesera tremendona a preguntarnos si queríamos algo más, le pedimos la cuenta.

Antes de marcharnos, mi padre, viendo que en mi interior se agitaba un dolor insoportable, me dijo:

—Ni modo m'hijo, hay que chingarse, pero cuídate. Mañana cuando le presentes a esa mujer... ¿Cómo dices que se llama?

—Marina.

—Pues mañana, cuando presentes a Marina con tu madre, tendrás que ser muy cauteloso. Déjalas que se digan lo que quieran, al fin y al cabo son mujeres y se van a entender, pero tú protégete y no hables más de lo debido. Recuerda que, por naturaleza, las mujeres son un accidente en la vida de un hombre. No lo olvides, te lo dice alguien que en vez de haber llevado una vida accidentada, la tuvo de un solo batacanazo, caída de ocho metros y fractura triple en el cráneo. Así es la vida m'hijo.

Se quedó callado un momento, y dudó como si quisiera decirme algo más, pero ya no se atrevió. Así quedó la cosa. (Un mes después, cuando había pasado todo, mi padre me confesó lo que se había callado. Dice que tuvo la intención de agregar que así habían sido las cosas con su esposa, él pensaba en cosas bonitas y resultaban puras tragedias, que nunca había sabido a qué atenerse con el destino. No me dijo

nada porque hubiera tenido que contarme los pleitos con mi mamá y las interminables quejas de mi abuela al teléfono; que le iba a volver, entonces, la conciencia de las innumerables pendejadas que había cometido en su vida. Al responder a la pregunta de cómo se sintió después de mi confesión y del relato de su luna de miel, mi padre describió su estado de ánimo como una mezcla de ganas incontenibles de reír, náuseas y tendencia morbosa a seguir bebiendo cubas. Dice que por eso prefirió, también, que nos fuéramos sin hablar más.)

Yo, por mi parte, me di cuenta de que apenas habían pasado dos meses desde que me envalentoné para iniciar esa aventura, y aun antes de terminarla, estábamos en los créditos más o menos, y ya los hechos parecían indicar que era un churro de René Cardona Jr.

SEXTA PARTE

*De un deseo infinito de amar*

A la mañana siguiente, sin otro remedio que enfrentarme a los hechos, me fui a recibir a Marina al aeropuerto. Antes, le hablé a mi papá y le dije que tenía que salir, que por favor estuviera en la alberca, con mi mamá, a eso de las once, porque les tenía la sorpresa que ya sabía. No dejé que me contestara nada, colgué y salí inmediatamente de mi cuarto.

No tenía todavía ningún plan cuando me encontré con Marina. Usted la conoce y sabe que es una locomotora. ¿Qué podía decirle?, ¿cómo, después de tanta desgracia, iba a tomar mi madre lo de mi unión con esta mujer? Como decía mi tío Fidencio, ya éramos muchos cuando parió mi abuela. Decidí abandonarme al ritmo de los acontecimientos al momento en que Marina —peinado de guaflera, zangoloteo de caderas, gritos frescachones— se me lanzó al cuello y me dio uno de esos besos vampirescos que dejan unos moretones espectaculares en la yugular.

—¿Cómo te he extrañado, mugre! —me dijo, aplicándome el apelativo de «mugre», a pesar de que sabe que me cae en la mera punta de los güevos.

—Muy bien —le mentí.

—¿Cómo va todo?, ¿cómo están los viejos?

—Muy bien —le volví a mentir.

Durante el trayecto de regreso, Marina me dijo que la noche anterior fueron a visitarla el Jeo Alatorre y Taibo. Que los mamones le llevaron una corona de flores blancas, que tenían una actitud muy rara, y que no entendió una palabra de lo que le dijeron.

—Parece que se referían a una apuesta, o a un desaguizado —me contó la muy ingenua, riéndose picaramente—, y las flores parecían como de difunto. Ay, Enrique, tienes cada amiguito...

Yo no supe qué contestarle, pensé que al menos la apuesta sí la iba a ganar, aunque quizás, en el cementerio, junto a mi tío Doroteo, no me iba a servir de nada.

—Me pidieron que te diera un recado —agregó Marina—. Que el señor Gustavo Rodríguez, el tío del Jeo, ése al que le escribes los guiones, iba a venir a Acapulco, y que no te fueras a ofender, pero que le habían dado la dirección del condominio de tus padres, y que te va a ir a visitar ahí.

—Qué poca madre —fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Por qué? Si ese señor es rebuena gente contigo.

¿Cómo le iba a explicar, a esa altura del partido, que no era por usted por el que estaba preocupado, sino por mí? Ya no era solamente enfrentarme a la posibilidad del pleito de Marina con mi mamá, sino que entonces, usted, precisamente usted, al que yo quería darle otra imagen, iba a comprobar la calaña de mi familia, y sobre todo, iba a presenciar, como sucedió, mi deshonra.

Cuando llegamos a La Palapa, fuimos a registrar el nombre de Marina en la tarjeta de mi cuarto, y desde ese momento, una especie de calosfrío me hizo entender que por una de esas piruetas ilógicas que da el mundo, estaba del lado equivocado de la realidad, pero que ya no me quedaba más remedio que apechugar. Creo que en ese



momento, también, empecé a pensar que le escribiría esta larguísima carta.

—¿Por qué no vas a ponerte algo más propio? —le dije a Marina, dándole la llave del cuarto—, yo te espero a un lado de la alberca, ¿okey?

—Como tú quieras, mugre.

Me dio un beso cachondón y se fue contoneándose. (Digo cachondón, porque primero me besó atrás de la oreja, y terminó abriendo con su lengua la comisura de mis labios.)

Caminé, medio obnubilado, hacia la alberca. Tal como se lo había pedido a mi padre, ahí tenía a mi mamá, sentada a una mesa, tomándose unos margaritas.

Al fondo, el mar se extendía hasta perderse en horizonte. Aquella anchura de paisaje, aquel despeje de nubes y montañas, contrariamente con mi estado de ánimo, daba a los ojos hondura y respiro de ánimo. La vieja y truculenta historia del matrimonio de mis padres (puestos ellos en primer término), era lo único que afeaba el horizonte.

—¿Cómo va ese ánimo? —pregunté, colgándome el sambenito de ex alumno marista.

—¿A que no sabes lo que tu papá tenía en la cajuela de su coche? —me preguntó mamá, respirando con dificultad, insinuando ya que pronto iniciaría sus suspiros-grito.

—No sé, ¿qué? —contesté, haciéndome el occiso.

—Su ropa, ¿tú crees?

—¡No!

—Esta mañana tuvimos que irle a comprar ropa nueva. ¡Ay Felipe, es el colmo contigo!

—¿Y qué querías, Adalgisa, que anduviera cargando mi maleta por todos lados, o que no trajera ropa?

—N'hombre, que no te hubieran robado coche, eso es lo que yo hubiera querido.

Miré a mi papá y vi que había aprovechado para ajuarse. Estaba vestido con un pantalón blanco impecable, alpargatas crema y una camisola, de popelina azul claro, con florezotas moradas y magenta estampadas por todos lados; culminaba el atuendo con unos anteojos oscuros de metal plateado y una gorra, como de golf, que decía en la visera: «Acapulco de mi vida.» Tenía con tal atavío un aire de bandolero en vacaciones, que no podía con él. Lo estaba observando detenidamente, cuando algo le llamó la atención al punto de levantarse los anteojos y pelar tamaños ojotes. Casi al mismo tiempo sentí una mano en mi hombro. Era Marina con su muy particular versión de lo que era ponerse algo propio: su diminuto bikini de manta, y una falda azul marino estampada con manos blancas, que dan la impresión de que, habiendo pasado junto a una construcción, un chingo de albañiles la hubieran manoseado. No le dije nada, pues era demasiado tarde para aclarar que cuando dije «algo propio», me refería a un traje sastre, o cuando más, que hubiera venido con sus pantalones beige y la blusa hindú que se anuda exactamente bajo los senos y que tan bien le queda. Mi

madre la veía con esa mirada que las mujeres ponen antes de decir «qué vieja tan corriente». Mi padre, en cambio, observaba a mi Quirrirrus como queriendo saber dónde se podía comprar una igual. Yo, apenas si me volví para verla. Al pensamiento de «me voy a cortar el cordón umbilical de un chingadazo», que vaya usted a saber por qué, se me había convertido, no digamos en mi grito, pero sí en mi pensamiento de guerra, dije:

—Mis padres, Adalgisa y Felipe. Ella es Marina, mi mujer.

Mi madre la miró como si literalmente quisiera despellejarla. Marina ni se inmutó. A la fecha sigo calificando de histórica su valentía, pues yo, con el culo fruncido por el miedo, me sentía como réferi de la Arena Coliseo.

Mi madre se reconcentró en un grito agudo y preguntó:

—¿Cómo dijiste?

—Marina —dijo Marina.

En el rostro de mi madre, como puntitos de un incipiente sarampión, empezaron a ponerse rojos cada uno de sus poros.

—No, después...

—¿Después de qué?

—Después de Marina.

Otro asunto que ya no tenía remedio.

—Mi mujer —aclaré.

—Mucho gusto —se levantó mi papá y le besó la mano.

—¿Quieres tomar algo, chula? —dije usando el adjetivo chula, lo cual constituyó una de mis más desafortunadas metidas de pata de esa mañana, pues creo que si mi mamá se había relativamente contenido, a partir de ese instante perdió todas las proporciones y se lanzó por rutas emocionales, inexploradas por el Cine Mexicano.

—Pídeme un negrone, mi vida —Marina se hizo, toda, un lánguido arrumaco.

Alguien, en ese instante, engendró una fiera, ya fuera en su piel, o acaso en su alma: mamá jadeó, gritó, invocó su furia (la furia por tantos años contenida), para hacer con ella, y mi susto, una zarabanda sin límites.

—Un momento señorita, o lo que usted sea —dijo mamá abriendo el fuego descarado—, aclaremos la situación, pues yo a ti, Enrique, no te conozco más que una mujer.

—Por eso te estoy presentando a Marina, mamá —agregué ingenuamente, pero Marina, quien tiene ese fino olfato de la ironía, continuó mi frase.

—Usted querrá decir que conoció a la ex mujer de su hijo, pero señora mía —dijo el señora mía inflando de una manera muy curiosa las fosas nasales—, eso terminó hace más de un año. Ahora yo soy su mujer.

—No nos habías dicho que te hubieras vuelto a casar m'hijito —replicó mamá dirigiéndose a mí, imitando el tono burlón de Marina, y hasta infló sus fosas nasales de la misma manera, parecía que estuvieran compitiendo a ver cuál de las dos tenía más elásticas.

Marina la miró, entornada la pestaña, y luego continuó:

—No, señora, se vuelve usted a equivocar, no nos hemos casado, ni creo que nos casemos nunca. Lo que pasa es que vivimos juntos, y soy su mujer porque le pertenezco en cuerpo y alma.

Desastre total. Ése era el momento en que para evitar la cercana conflagración, mi papá tendría que haberse levantado y, en tono dramático, haber dicho que se alegraba de que no nos hubiéramos casado, que así se hacían, hoy día, las parejas. Pero nada, se quedó sentado sin intervenir en la conversación, miraba a mi mamá como si ya se supiera de memoria lo que iba a responder.

—No le entendí —dijo mamá, avispándose.

—¿Qué fue lo que no entendió, señora?

—Lo que dijo —y agregó dando brinquitos en su silla—. Todo lo que dijo.

—Muy simple. Que su hijo dijo que yo era su mujer porque le pertenezco —hizo un breve silencio para respirar y aunque mi corazón ya me anunciaba que iba a agregar algo terrible, nunca creí que llegara hasta lo que comúnmente se llama el meollo de las cosas—. Se la voy a poner más fácil, Enrique y yo vivimos en amasiato.

—¿Es eso cierto m'hijito? —preguntó mi madre vociferando.

Preguntas como éstas siempre me han llenado de perplejidad: ¿Quería mamá que le explicara lo que legalmente se conoce como amasiato? ¿Quería que desmintiera a la Quirrirrus? Por un lado entendía que los principios morales de mi madre le impedían aceptar la cruda realidad, pero por el otro, Marina había definido con toda propiedad nuestro estado civil. No me quedó más remedio que asentir ambiguamente con la cabeza.

Marina expandió las fosas nasales en un suspiro que interpreté como un signo de victoria. Me dio coraje, no que el triunfo fuera suyo, sino que no pudiese solucionar el conflicto como usted lo hace en sus películas, con un simple «¡CORTEN! Vamos, vamos ¿por qué esta escena tan fría? No, chicas, no hay que pelear en esa forma. Vamos a repetir la escena y van a tratar de entenderse, ¿oquey? ¡SILENCIO, CÁMARA, ACCIÓN!»:

—No puedo creerlo, me parece una burla, ¿qué ha pasado con las buenas costumbres?, ¿para esto gastamos tanto dinero en escuelas?

Mamá ya no era, ni con mucho, la prima de Blanca Estela Pavón (ni la nuera sorprendida por su suegra durante la luna de miel), se convirtió en un energúmeno, en la fatalidad o en el destino. No recuerdo, unidos, tanto rencor, tal esperpento, semejante coraje.

—Por favor Adalgisa, no te pongas así —suplicó papá.

—¿Que no me ponga así?, ¿cómo quieres entonces que me ponga?, ¿que baile o cante una rumba?, ¿es eso lo que quieres?

—Haga lo que quiera, pero no se azote —dijo Marina, disfrutando en pleno de su triunfo, y empezó a acariciarme la nuca—, si nosotros la pasamos repadre, ¿verdad

mounstrísimo?

—¡Felipe! Me están faltando al respeto.

—No, mami, de ninguna manera.

—No te lo tomes tan apecho, mujer —dijo mi papá, con la mirada pegada a las nalgas de una gringa que acababa de pasar a nuestro lado—, después de todo, el muchacho ya se divorció, ¿no te acuerdas?

—Yo también soy divorciada —comentó Marina, sonriéndole a mi jefe.

Los ojos de mamá, metidos tal vez en los vericuetos de su propio recelo, no sabían si balacearme a mí, devorar a mi padre, o, de poder, estrangular a Marina.

—Mira nomás, divorciada primero, y amasiada después —dijo mamá, pegándole tremendo pellizco a mi padre, yo creo que más por coscolino que por contradecirla.

Ahí se me ocurrió que le podría proponer a usted una película sobre la vida de Marina, que se llamase: «Casada, divorciada y amasiada. La historia de una mujer sin fortuna.» Después de todo, el Jeo Alatorre ya le había sugerido un guión inspirado en sus amores con una tal Vanessa Orozco; y usted andaba duro que dale con filmar la historia de Carlos de Negri, con el espantoso título de «Una mujer de escándalo». ¿Por qué no le podría interesar mi propuesta?

Salí de esta larga meditación porque Marina no estaba dispuesta a dejar títere con cabeza.

—Ya basta, señora, yo vine aquí porque su hijo me lo pidió y no porque tuviera muchas ganas de conocerla.

—Cómo fuiste capaz de hacerme esto... tú... —murmuró mi mamá, queriéndome matar con la mirada.

—Bueno, señora, señorita, digo... Marina —volvió a intervenir mi papá para ver si acababa el lío de una vez por todas— tampoco se ponga así. ¿No se da cuenta que no sabíamos nada y nos agarraron desprevenidos? Por mí, todo está bien, sólo que no le dan tiempo a uno de digerir el divorcio, cuando ya le traen un nuevo argüende. Ustedes, los jóvenes de hoy, van muy rápido, y disculpe, pero mi mujer es muy impulsiva.

—Qué impulsiva ni qué ocho cuartos, lo que soy, es una mujer decente —aspaventó mi madre.

Ya sé que Armando Suárez, y usted mismo, pensarían que la realidad estaba obsesionada en sugerirme una película. Si hasta me parece oír a Suárez: «Chato, siempre te lo he dicho, tu destino es el Cine Nacional. No sé qué hiciste antes. Escribe tus memorias y vas a ver, seguro te sale una cinta de Alejandro Galindo, o de perdis, de Ismael Rodríguez.» ¿Qué mejor pie, para esas supuestas memorias, que lo que me estaba sucediendo?, ¿qué mejor? Pero usted se imagina que si todo eso sucedía nomás porque vivía con Marina, si alguien se sintiera retratado en la pantalla, me manda unos guaruras a darme una buena madriza.

—Lo dice como si la decencia fuera simple mojigatería, señora —arremetió Marina, linda y mariposera—. La dignidad es algo más que eso.

—¡Felipe!

—A mí ni me digas, yo no dije nada, fue ella —agregó papá, cruzó los brazos sobre el estómago, como si ya estuviera de cuerpo presente, y cerró los ojos con alivio.

—Sí, yo, ¿y qué?

—Felipe —ordenó mamá—, ve a pagar la cuenta y vámonos. Prefiero mi condominio a soportar este oprobio.

Dicho esto, mi padre se levantó, se fue, y ninguno de los que nos quedamos volvió a chistar palabra. Nos quedamos tan callados como si estuvieran izando la bandera. Yo fui el único güey que habló.

—¿Todavía quieres el negrone? —pregunté a Marina.

—No, mugre, mejor nos lo tomamos al rato solitos.

La Quirrirrus volvió a hacerme piojito en la nuca. La situación se estaba poniendo nuevamente tenebrosa: por un lado, mi madre se estaba fastidiando del cachondeo, y por el otro, la sobazón en el pelo me había producido una erección molesta (no porque las erecciones sean molestas en general, sino que en el caso de ésta, no podía acomodarme el miembro con tranquilidad).

En ese momento llegó un trío y, en la mesa de al lado, se pusieron a cantar. «Soy, prisionero del ritmo del mar, de un deseo infinito de amar, y de tu corazón.» La situación se tornó aún más tenebrosa, pues la letra, como anillo al dedo, venía a calzar con mi situación. «Quiero llegarte a querer en un amanecer de quietud de cristal. Quiero llegarte a tener en un atardecer de inquietud tropical.»

Al fin, llegó mi padre. Bien se veía que no sabía cómo contener la risa.

—Dame las llaves de tu auto —me dijo guiñándome un ojo—, ya empezaron a llegar los invitados a la fiestecita. Allá te esperamos, tómate unos tragos y nos alcanzas.

Tomó la mano de Marina, se la besó, le dijo que mucho gusto y se fue. «Ven mi cadena de amor a romper, a quitarme, la pena de ser, prisionero del mar.» Mamá se levantó muy indignada y lo siguió, no sin antes darme un pisotón, que hizo que la erección se desvaneciera entre mis piernas. Me acordé de mí mismo, un titipuchal de años antes, en aquel memorable primer viaje al puerto, explicándole a mi madre que no sabía lo que eran las chichis, y prometiendo, ahora sé que vanamente, que iba a ser bueno. Pensé también que la ouija tuvo razón. HAY JETATURA.

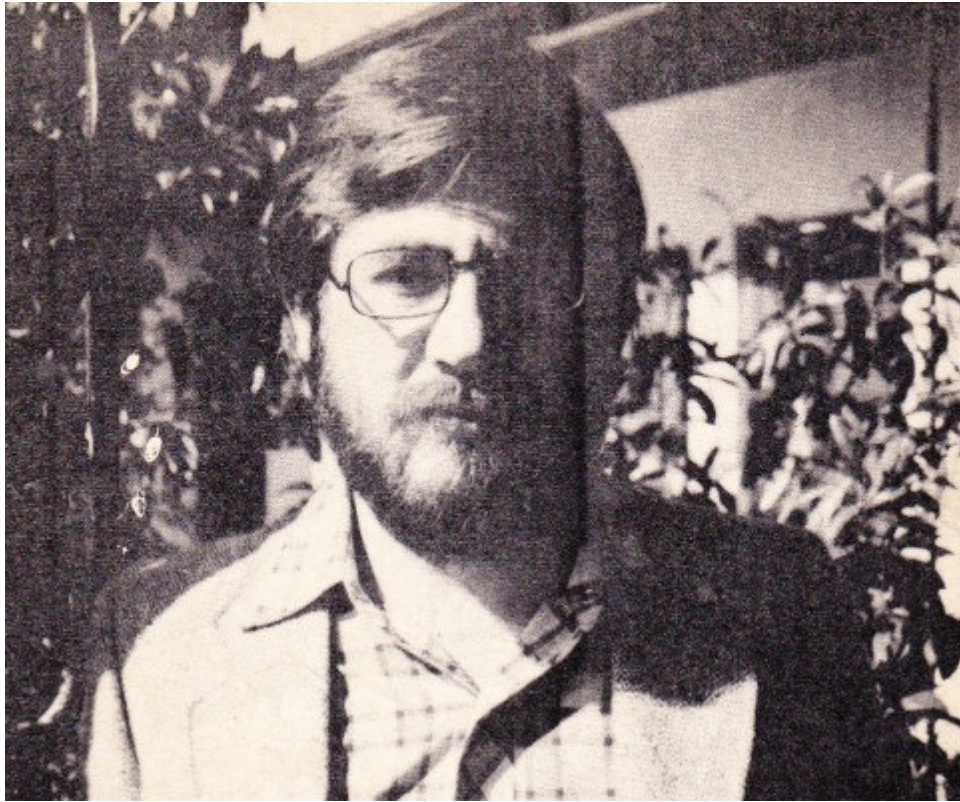
¿Entiende por que paso todo lo de la fiesta?, ¿cómo iba yo a saber que usted llegaría ahí, que se pondría tan amigo de mi padre, y que en el colmo de la borrachera, lo haría confidente de sus cuitas?

¿Entiende, también, ahora que le he dado los pormenores del asunto, que me niegue a escribir, o incluso autorizar que usted filme la bochornosa fiesta acapulqueña? Para mí, la celebración y sus antecedentes, son una y la misma cosa; no podría describirla sin poner al descubierto todo lo que aquí le he relatado; y creo que frente al público me resultaría insufrible. No, mire, ni aunque me prometa que la

dirige Alcoriza.

Como diría mi tío Doroteo que en paz descanse: para la felicidad hay una sola regla de oro: no desprenderse nunca, ni del arte ni de la vida. Y lo que usted intenta va contra esta norma elemental. ¿No nota la contradicción? Hacerlo equivale a lanzarse en brazos de la puritita desgracia. Y no, gracias, con lo que me pasó, para escarmiento, ya fue suficiente.

Acapulco 1978, México 1983



SEALTIEL ALATRISTE (México, D. F., 1949) siempre ha estado vinculado profesionalmente al mundo editorial y dirigió Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara. Fue colaborador asiduo de varias revistas y suplementos culturales. Publicó las novelas *Por vivir en quinto patio*, *Quien sepa de amores*, *En defensa de la envidia* y *La misma historia*. Con *Verdad de amor* obtuvo el Premio internacional Planeta/Joaquín Mortiz, 1994. El 15 de febrero de 2012, cuando ocupaba el cargo de coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y poco después de haberse anunciado que él era el ganador del Premio Xavier Villaurrutia (2011) por *Ensayo sobre la ilusión* y *Geografía de la ilusión*, renunció a ese cargo y al premio tras una larga lista de acusaciones públicas de plagios literarios y periodísticos.